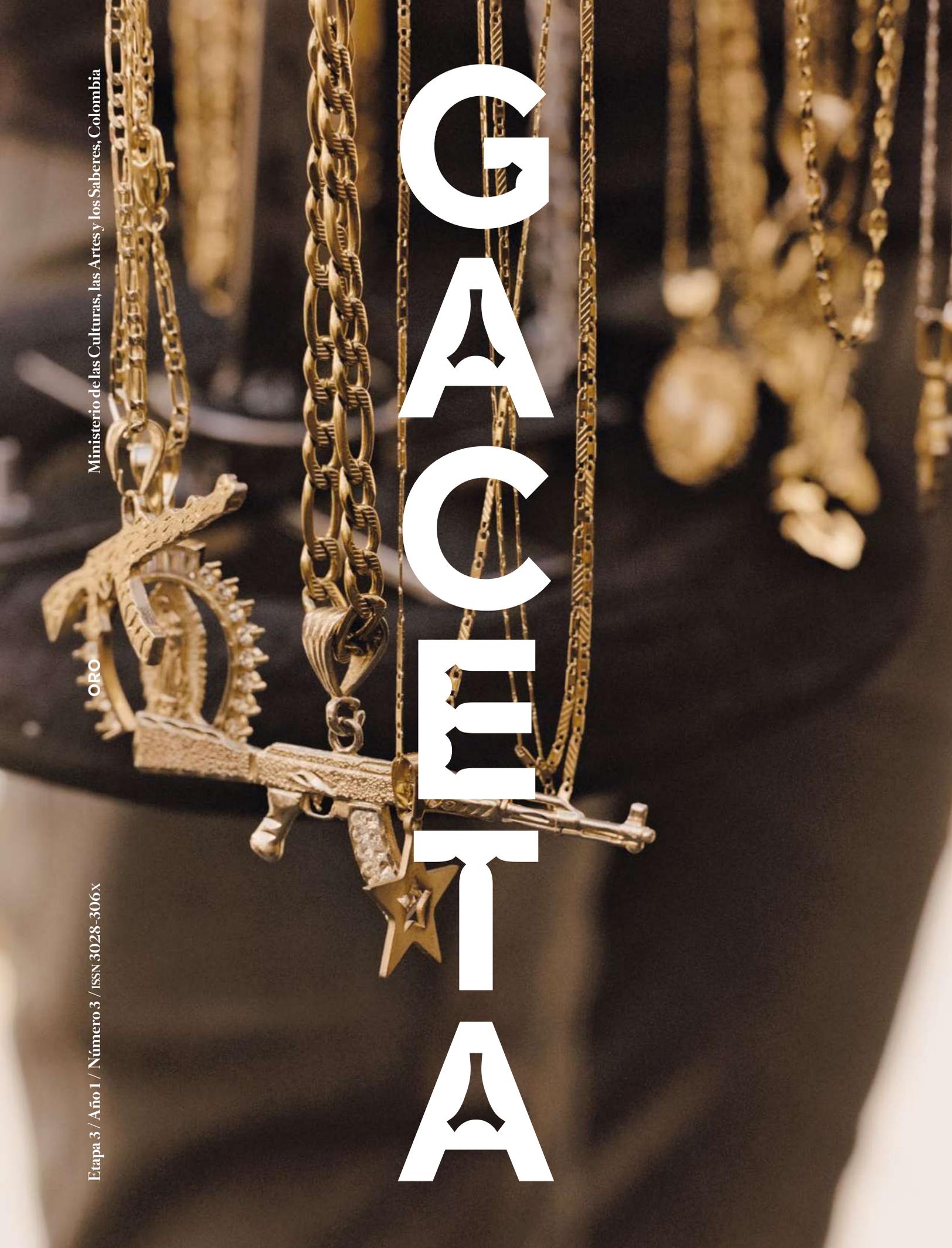


Ministerio de las Culturas, las Artes y los Saberes, Colombia

ORO

Etapas 3 / Año 1 / Número 3 / ISSN 3028-306X

G A C C E T A



ORO

Etapa 3 / Año 1 / Número 3

A-T-M-C-A-G





**Ministro de las Culturas,
las Artes y los Saberes**
Juan David Correa Ulloa

**Viceministro de los Patrimonios,
las Memorias y Gobernanza Cultural (e)**
Luis Alberto Sanabria Acevedo

**Viceministro de las Artes y la Economía
Cultural y Creativa**
Jorge Zorro Sánchez

Secretaria general
Luisa Fernanda Trujillo Bernal

**Directora de Audiovisuales,
Cine y Medios Interactivos - DACMI**
Diana Díaz Soto

**Coordinador del grupo
de Comunicaciones - DACMI**
Jaime Conrado Juajibioy

GACETA
Etapa 3 / Año 1 / Número 3 / **ORO**

Director
Hugo Chaparro Valderrama

Editor general
Daniel Montoya Aguillón

Editor adjunto
Sergio Zapata León

Comité editorial
Mauricio Builes, Hugo Chaparro
Valderrama, Daniel Montoya Aguillón,
Marta Ruiz, Sergio Zapata León

Asesoras editoriales
Alhena Caicedo
Liliana Angulo

Jefe de prensa
Carlos Hernández Oso

Coordinadora administrativa
Vannessa Holguín M.

Textos

© de todos los autores
Carmen Elisa Acosta Peñaloza, Andrea
Aldana, J. Blanco Bautista, Alhena Caicedo,
Douglas M. Cujar Cañadas, Giselle Figueroa
de la Ossa, Alfonso Hamburger, Juan José
Hoyos, Carl Henrik Langeback, Muntú
Bantú, Contraalmirante Hermann León,
Pilar Madrid, Juana Méndez Uribe, Ignacio
Piedrahíta, Simón Posada, Santiago Rodas,
Santiago Rueda, Tania Tapia Jáuregui,
Simón Uprimny Añez, Gabriela Wiener.

Documentos fotográficos, ilustraciones y obras de arte

© de todos los autores
Estudio Agite, Freddy Barbosa, Juan
Brenner, David Consuegra, Jairo Escobar,
Stephen Ferry, Víctor Galeano, Estefanía
García, Pilar Madrid, Jeremy McDermott,
Emel Meneses, Andrea Moreno, Eduard
Moreno, Saúl Orduz (atribuido), Manuel
María Paz, María Lucía Peña, Julio Racines,
Miguel Ángel Rojas, Julián Santana, Juan
Carlos Zapata.

**Dirección de arte, montaje
y preparación digital**
Tangrama

Corrección de estilo
Liliana Tafur
Catalina Trujillo-Urrego

ISSN 3028-306X

Derechos reservados para los autores
Prohibida su venta



Atribución - No comercial - Sin derivar

Esta edición de **GACETA** se terminó
de imprimir en Bogotá en la Imprenta
Nacional de Colombia en agosto de 2024.
Se utilizaron tipografías Maax Micro y
Romain BP Headline.

**Ministerio de las Culturas,
las Artes y los Saberes**
Calle 8 n.º 8 - 55, Bogotá
Teléfono: 601 342 4100
gaceta@mincultura.gov.co

portada Cadenas de imitación de oro y plata con motivos religiosos y de estética «norteña». Reflejan la obsesión poética de las Tierras Altas por el metal. Esta fascinación contrasta con la dura realidad de un estado de delincuencia que ha dominado durante décadas. Los adornos simbolizan tanto el deseo de belleza y estatus como la influencia omnipresente de la narcocultura, revelando la compleja interacción entre la fe, el poder y la supervivencia en las comunidades del altiplano guatemalteco. San Pedro Sacatepéquez, San Marcos, 2019. Foto de **Juan Brenner**.

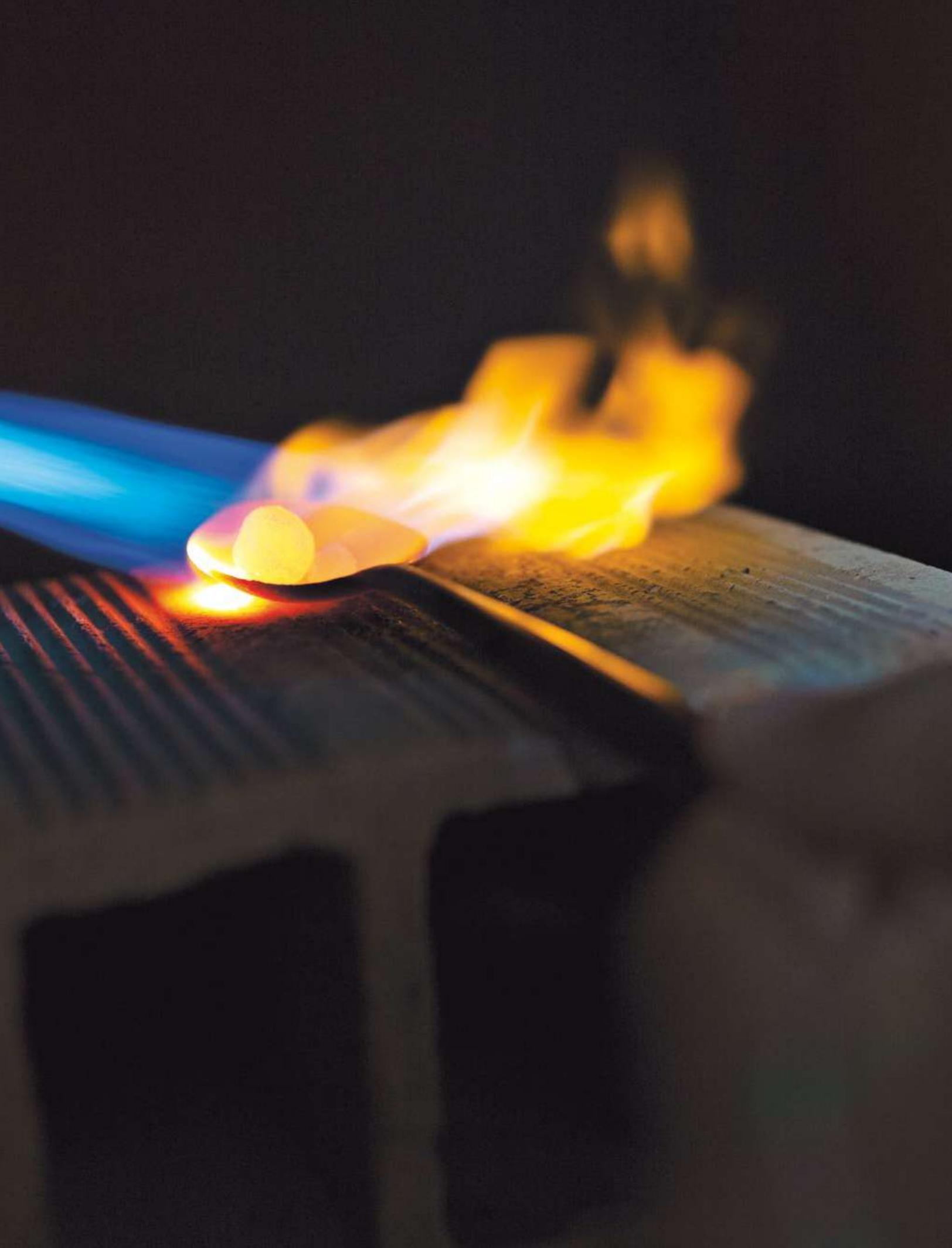
p. 1 *Pinta de oro*, 2016. El barequeo, movimiento de rotación con agua, separa el mineral de aluvión de la arena. Así se obtiene la pinta de oro. Foto de **Carlos Benavides**.

→ En una compraventa de oro en Segovia, Antioquia, funden la amalgama de azogue para separarla del oro. Este proceso libera mercurio en el ambiente, una de las formas de contaminación más común en la minería. Foto de **Víctor Galeano**.

p. 112 Vista de montaña en Marmato, municipio minero colombiano donde se extrae oro desde hace más de cuatrocientos años, 2023. Foto de **David Fayad Sanz**.



descargue aquí
GACETA / ORO

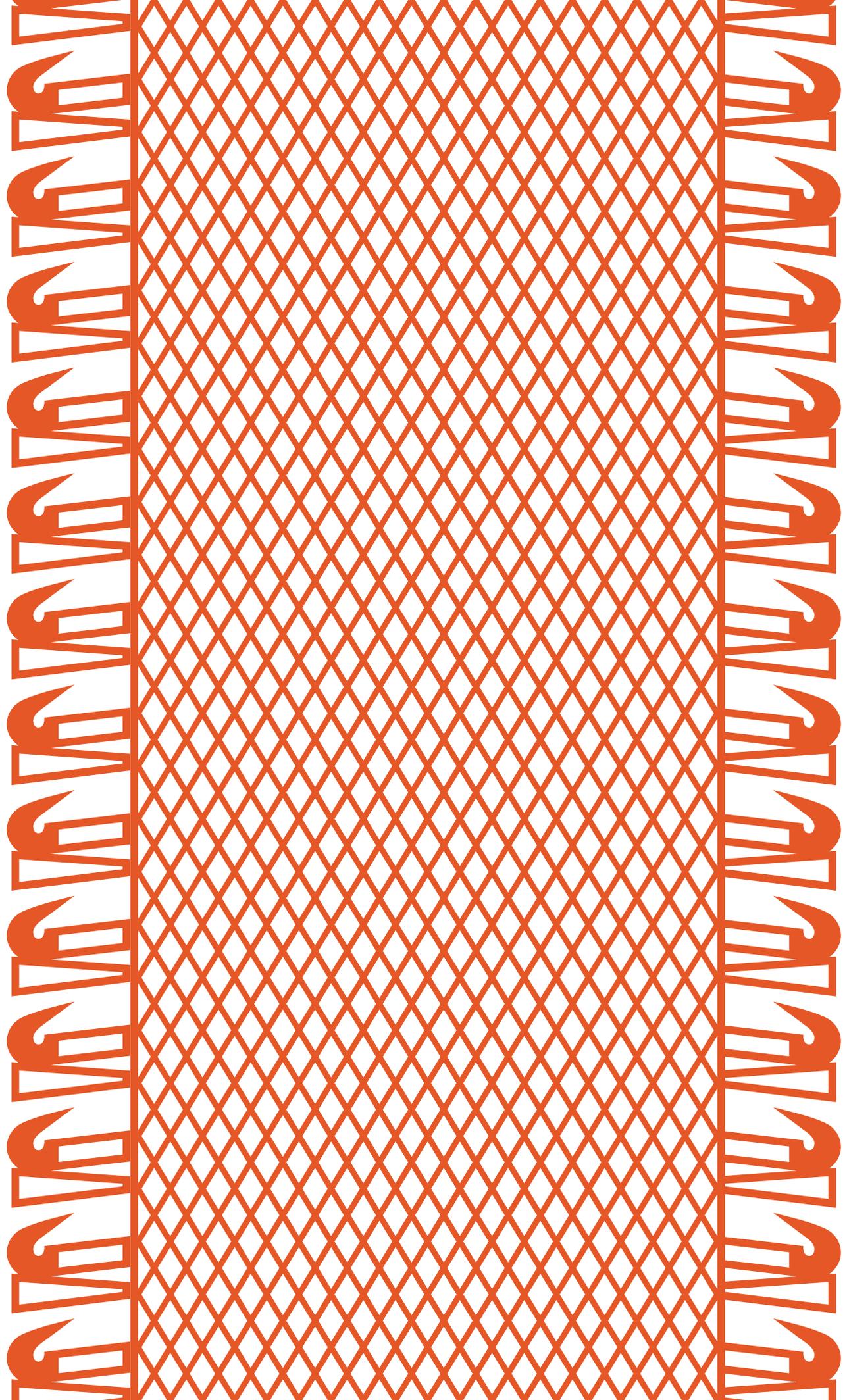




Cuando el hombre corrompió al oro	Carl Henrik Langeback	11
Tumbas de soledad	Andrea Aldana	16
Contra la mina	J. Blanco Bautista	23
Tesoro enfermo	Alfonso Hamburger	26
El oro y la sangre	Juan José Hoyos	35
Nóvita: país del oro	Muntú Bantú	39
El fin de la minería artesanal	Entrevista a Jeremy McDermott	43
Oro y codicia	Giselle Figueroa de la Ossa	49
Un país <i>shiaoshi</i>	Tania Tapia Jáuregui	52
El alma de los objetos	Simón Posada – Alhena Caicedo – Contraalmirante Hermann León	58
El derecho al oro	Gabriela Wiener	67
Bajo la tierra como un rayo petrificado	Santiago Rueda	72
La Carlita y el eco de la mina	Pilar Madrid	79
El litoral orfebre	Juana Méndez Uribe	83
«El Brujo»: secretos de un joyero	Douglas M. Cujar Cañadas	86
Brillante objeto de deseo	Ignacio Piedrahíta	89
¿Quién tiene derecho a un armadillo de oro?	Carmen Elisa Acosta Peñaloza	92
Metales pesados	Santiago Rodas	94
Orofagia	Simón Uprimny Añez	97

← *Restitución*, 2017. Foto de **Miguel Ángel Rojas**: «En los años setenta frecuentemente llegaban a Bogotá gUAQUEROS con objetos arqueológicos a casas de coleccionistas; en aquellos días la nación no tenía políticas claras sobre patrimonio. Algunos de estos gUAQUEROS fueron los primeros en llegar a la Ciudad Perdida, Buritaca y Teyuna. De este sitio traían piezas en cerámica, piedra y oro. Así, desde 1975 tenía en mi posesión una tembetá tayrona en oro [ornamento para barbilla con cabeza zoomorfa, ca. 1090-1400 d. C.]. En el 2009, a raíz de una visita exploratoria a la Sierra Nevada, decidí hacer entrega a la nación de aquella pieza. La llevé a su lugar de origen, hice entrega simbólica de ella en manos de un descendiente de aquellos tayronas, Simón, un niño kogui. Me sorprendió la total extrañeza de ese objeto para aquella comunidad. La idea desde un principio fue entregar la pieza a la nación y en lo posible que permaneciera en la colección del Museo del Oro. El 25 de noviembre de 2009, en presencia del abogado Mauricio Gómez, entregué al Instituto de Antropología e Historia (ICANH) dicha pieza. Pedí al Instituto que iniciara el proceso de restitución oficial al Museo del Oro».

Editorial	7
Oro	102
Colaboradores	104



El oro: esa vaga luz

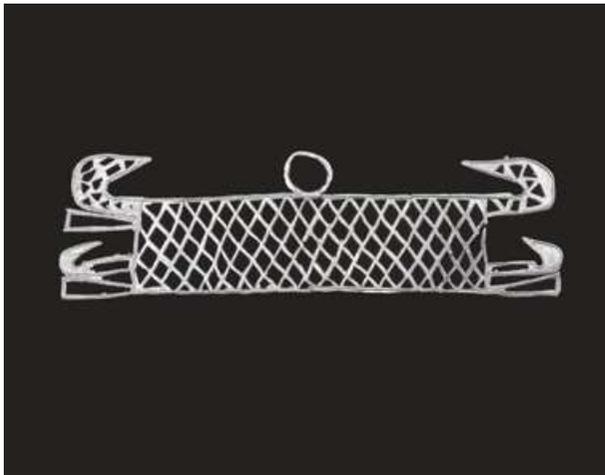
El oro también se oscurece cuando deja de reflejar el sol. Y en nuestra sociedad, su historia ha estado ligada a una constante paradoja: por un lado, es sinónimo de felicidad en cuanto a su profunda transformación artística y simbólica, que ha expresado, desde el amanecer de nuestra cultura, la profunda filigrana ritual y espiritual de nuestros pueblos, que nos siguen explicando y representando; pero por otro, su quimérica metonimia socavó esa belleza ritual debido a la ambición desmedida de quienes colonizaron este territorio. Por ello, el oro representa lo más hondo de nuestras identidades expresivas y lo más intenso de los procesos de la vida: desde las aguas de los ríos andinos contribuye al mismo tiempo a la financiación de la guerra, a la depredación ambiental y a la reproducción de la violencia y de la pobreza, mientras en sus territorios actuales se sigue forjando una de las artes más eximias y representativas de nuestra belleza estética: las orfebrerías momposina o chocoana, herederas de esas filigranas indígenas precolombinas de los complejos Tayrona, Calima, Tumaco o Quimbaya.

Cuando se habla del oro en nuestro país saltan a la vista del turismo y de los debates públicos en los medios de comunicación los extremos más profundos de nuestra historia, y al mismo tiempo los más entrelazados de arte y violencia, como si allí estuviera la contradictoria razón de nuestras virtudes y de nuestros males, siempre articuladas alrededor de lo que pudiéramos llamar las tragedias del cambio en el país. Sus extremos entrelazados son el Banco Central que atesora las reservas nacionales en fríos lingotes, y al mismo tiempo administra el acervo artístico del Museo del Oro. Y lo son la principal puerta de entrada turística al país promovida como aeropuerto El Dorado, y la leyenda de conquista y despojo que ese nombre evoca alrededor de supuestos tesoros aún por descubrir o asaltar, ahora, como siempre, revertidos hacia y desde la naturaleza asumida como cantera,

mina, paisaje o exuberancia biológica, y aquella sustancia como dinero, valor de uso y de cambio, objeto frío y cálido sujeto del arte o de la brujería, la materia más dúctil y la más perenne, la cosa donde se condensan el tiempo de la eternidad y la fugacidad de la luz, al mismo tiempo bendición y maldición, el sol del renacer y símbolo de lo sagrado, el antídoto del mal y la sustancia maldita.

¿Qué, sino extremos entrelazados, son los brazaletes y los collares de protección popular, y al mismo tiempo los distintivos del poder que ostentan muchos agentes de la violencia? ¿O los anacrónicos debates sobre los supuestos tesoros Quimbaya y del galeón San José, en los cuales aún nos vemos obligados a desbrozar la condición de patrimonio cultural dentro de la maraña histórica del imperio y las colonias, y de la civilización y la barbarie? ¿O las máscaras rituales que acaban de ser devueltas a los mamós de la Sierra Nevada, elementos simbólicos y materiales de sus danzas de iluminación, exhibidas por décadas en un museo europeo mientras estos descendientes de los taironas mantenían de forma discreta esos rituales, en zonas de refugio obligado por los eternos ciclos de violencia y depredación de la Sierra Nevada de Santa Marta? ¿O los lingotes acumulados por las extintas FARC y entregados como parte de sus bienes de guerra, en cumplimiento del acuerdo de paz, mientras en el imaginario de nuestras guerras un coronel en retiro como Aureliano Buendía tejía el olvido y la memoria en forma de pescaditos de oro en el patio de la casa en la aldea mítica de Macondo, a donde llegó después de pasar por ríos, al mismo tiempo corrientes de tiempo hacia el mar, y nidos de los más antiguos huevos prehistóricos de nuestra gesta nacional?

En ese extraño, y al mismo tiempo íntimo, deslumbrante y oscuro abanico trenzado de historia, economía, antropología, arte y literatura, se sigue forjando —y valga ese verbo—, al mismo tiempo la materialidad



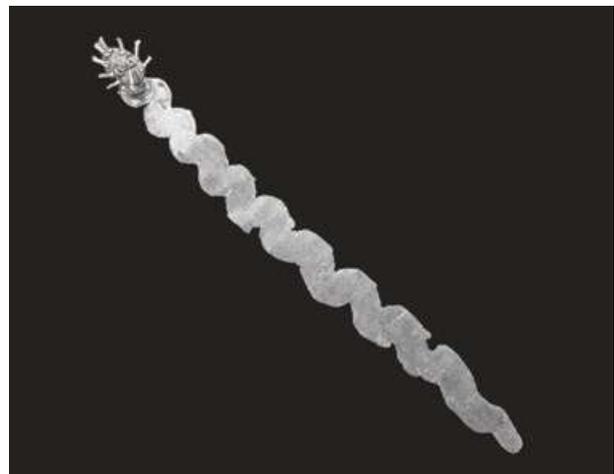
Pieza N.º 6077. Procedencia desconocida. Lámina 21. David Consuegra, *Ornamentación Calada en la orfebrería indígena precolombina*, 1968.

del oro transformada por la violencia, y la espiritualidad configurada en artesanías sublimes de lo mejor del arte nacional; y perduran las más bellas y minúsculas figuras precolombinas, los inmensos altares y las imponentes custodias religiosas coloniales revestidas del deslumbrante brillo del oro, que nos convocan en un solo y contradictorio tiempo al más allá de lo sagrado y al más acá de lo más terrenal de la dimensión geológica de nuestros territorios; o a lo más frío e inerte, y a lo más dinámico y cargado de energía liberadora de nuestras culturas.

«El resplandor del oro es pues más que un mero reflejo, más que un fenómeno que se percibe ópticamente; según los indígenas, contiene una energía que se transmite a los seres humanos, y que, en toda su esencia, es fertilizadora. En la cadena de asociaciones simbólicas el oro es luz, color, semen y poder», escribió Gerardo Reichel-Dolmatoff, quien desentrañó en su libro *Orfebrería y chamanismo. Un estudio iconográfico del Museo del Oro* el secreto del acervo más sofisticado de nuestra riqueza física y artística, que ante todo exhibe los caminos de transformación propios de las cosmovisiones chamánicas, dentro de la compleja vida espiritual y artística de los pueblos que dieron lugar a esa leyenda de El Dorado, hoy en trance de transfiguración desde lo minero hacia la biodiversidad como supuesto nuevo «tesoro» mundial. «En Colombia, un sol violento reflejaba toda la luminosidad cegadora del oro hacia afuera, a distancia. Los cronistas nos dejaron relatos de templos con grandes estatuas antropomorfas, de madera, cubiertas de planchas de oro, y de moradas de caciques de cuyas entradas colgaban discos de oro los cuales reflejaban a lo lejos los rayos del sol. [...] El oro se asociaba con el sol por su resplandor, y con ello adquiría un significado seminal, fertilizador, vital [...] No se trataba aquí de un despliegue de riquezas sino de una afirmación del poder numinoso del binomio oro-sol [...] Según el decir de los indios actuales, hay una relación recíproca

entre el oro y el sol, en la cual se efectúa un intercambio energético. Para dar un ejemplo, los indios de la Sierra Nevada de Santa Marta han podido salvar, a través de medio milenio, objetos de oro y tumbaga de sus antepasados, los tayronas. En ciertas fechas del año, cuando el sol se encuentra en determinada posición, se procede, en un sitio muy sagrado, a celebrar el ritual de 'asolear el oro'. [...] el oro tiene el mismo nombre del sol –nyúi– [...] En verdad, el lapso que ha transcurrido desde la Conquista es tan breve, tan insignificante, que los tesoros del Museo del Oro siguen teniendo una vigencia para los indígenas actuales. De esta manera, no es un museo como otros; es un santuario aborigen colombiano».

En efecto, se trata, como lo expone de forma brillante Reichel, de duraciones, y en ellas, de transformaciones, de tránsitos chamánicos representados en las delicadas y magníficas figuras emblemáticas de un poporo y una balsa, de colibríes y de tigres, de innumerables figuras zoo y antropomorfas que hoy se exhiben en dicho museo, y que, leemos por nuestra parte, no dejan de reflejar desde sus nichos iluminados lo sublime y lo prosaico de nuestra historia, abarcando desde la profundidad del uso ritual del oro, hasta la simpleza fetichista de los lingotes del patrón oro de la economía. Hoy, tras los extravíos de la sociedad de consumo deslumbrada por las formas más prosaicas de las imitaciones hollywoodenses del oro, confundida entre la alquimia y la emancipación humana, condensados trágicamente en la dolorosa saga de la crónica de *El oro y la sangre*, de Juan José Hoyos, aún se tejen las filigranas de las orfebrerías chocoanas y del Caribe, y se configura esa simbiosis viva y liberadora entre naturaleza y cultura, materia y espíritu que se intenta desde los territorios bioculturales apoyados por el Gobierno del Cambio, orientados por los saberes ancestrales y científicos sociales, y por esa otra forma espiritual que es la poesía, cuando nos pregunta, como lo hace Pablo Neruda: «¿Han contado el oro que tiene el territorio del maíz?».



Pieza N.º 1128. Procedencia desconocida. Lámina 1.

O como en «El alquimista» y «El oro de los tigres» de Jorge Luis Borges:

Lento en el alba un joven que ha gastado
la larga reflexión y las avaras vigili-
as considera ensimismado
los insomnes braseros y alquitaras.

Sabe que el oro, ese proteo, acecha
bajo cualquier azar, como el destino;
sabe que está en el polvo del camino,
en el arco, en el brazo y en la flecha.

En su oscura visión de un ser secreto
que se oculta en el astro y en el lodo,
late aquel otro sueño de que todo
es agua, que vio Tales de Mileto.

Otra visión habrá; la de un eterno
dios cuya ubicua faz es cada cosa,
que explicara el geométrico Spinoza
en un libro más arduo que el averno.

En los vastos confines orientales del azul
palidecen los planetas,
el alquimista piensa en las secretas
leyes que unen planetas y metales.

Y mientras cree tocar enardecido
el oro aquel que matará la muerte,
dios, que sabe de alquimia, lo convierte
en polvo, en nadie, en nada y en olvido.

Y seguidamente, en su otro poema nos redime, como
sabrán hacerlo la lectura, el arte, la naturaleza, la
memoria y su sombra luminosa, la vida misma, y el
cambio que ella encarna:

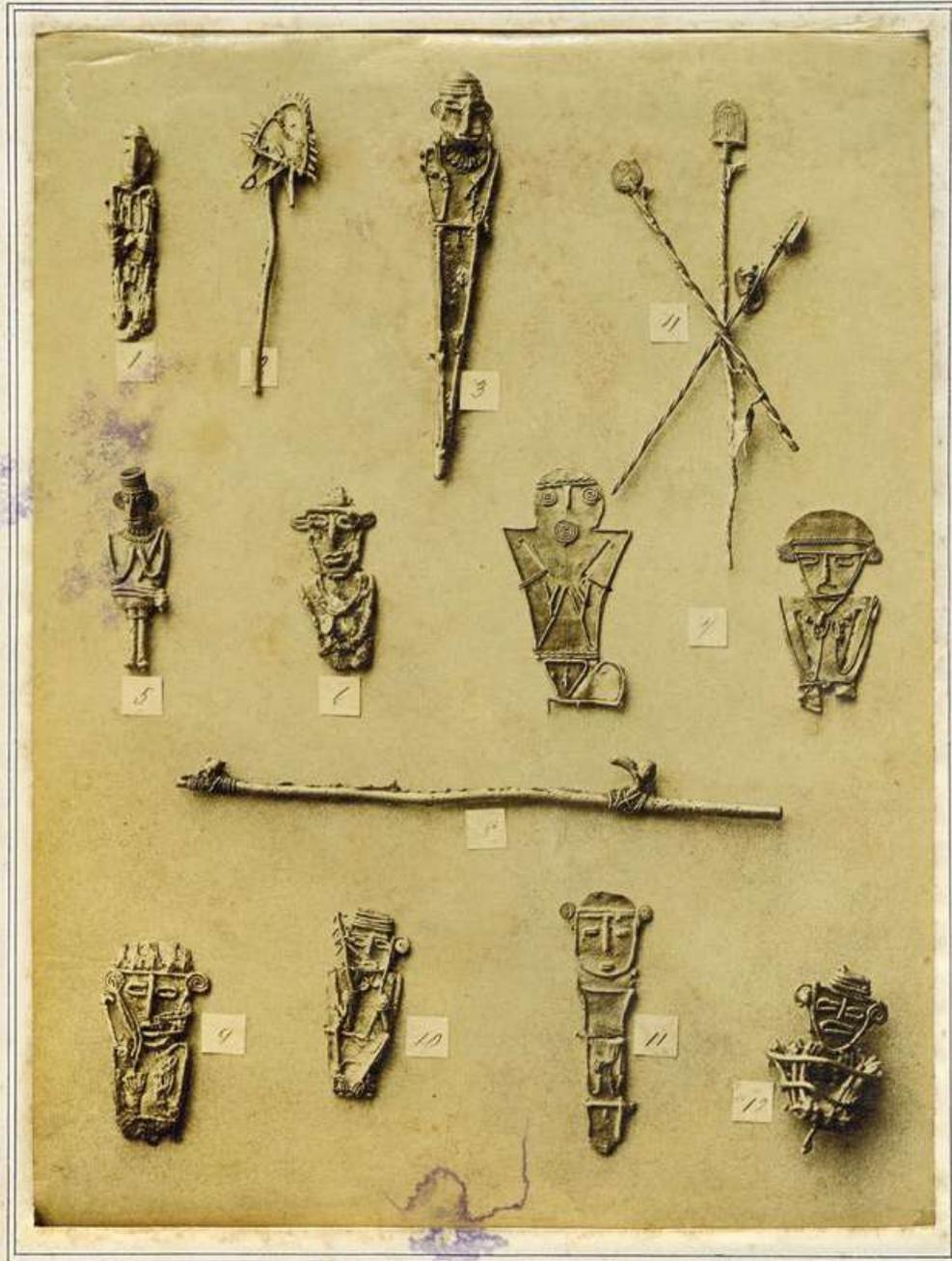
Hasta la hora del ocaso amarillo
Cuántas veces habré mirado
Al poderoso tigre de Bengala
Ir y venir por el predestinado camino
Detrás de los barrotes de hierro,
Sin sospechar que eran su cárcel.
Después vendrían otros tigres,
El tigre de fuego de Blake;
Después vendrían otros oros,
El metal amoroso que era Zeus,
El anillo que cada nueve noches
Engendra nueve anillos y estos, nueve,
Y no hay un fin.
Con los años fueron dejándome
Los otros hermosos colores
Y ahora sólo me quedan
La vaga luz, la inextricable sombra
Y el oro del principio.
Oh ponientes, oh tigres, oh fulgores
Del mito y de la épica,
Oh un oro más precioso, tu cabello
Que ansían estas manos.

pp. 6-9 Detalles del libro de David Consuegra, *Ornamentación Calada en la orfebrería indígena precolombina (muisca y tolíma)*. Museo del Oro, Banco de la República y Ediciones Testimonio, Bogotá, 1968. Esta publicación de carácter gráfico compila las formas geométricas creadas por Consuegra (cincuenta y tres en total e impresas en serigrafía), inspiradas en detalles que el diseñador seleccionó de un conjunto de figuras de oro. Las composiciones van acompañadas de un registro fotográfico y su respectiva ficha catalográfica de cada pieza precolombina (impresas en offset).

ANTIGÜEDADES INDÍGENAS
DE
COLOMBIA.
EXPOSICION DE MADRID.

Serie

Lamina 1



Cuando el hombre corrompió al oro

Desde el animismo de los indígenas prehispánicos —que consideraban que los objetos materiales podían ayudar a mantener el equilibrio cósmico— hasta la doble moral de los españoles y su sed de riqueza, Latinoamérica ha visto enfrentadas estas dos visiones. En este ensayo el autor escudriña en la psique de los conquistadores y en las costumbres de los pueblos ancestrales para ofrecer una conclusión tan deslumbrante como el oro.

La ambición por el oro determinó el nacimiento de la historia moderna: alienó la relación entre los humanos y las cosas y entre los humanos mismos. Así se perdió el vínculo entre quienes las producían y sus consumidores. Esta separación alcanzó su forma radical en el capitalismo, apartando lo que es humano de lo que no lo es. Lo anterior es extraño para las sociedades indígenas en las que existen límites entre los animales y las plantas, pero son tenues: los muiscas creían provenir del maíz y que su cuerpo se relacionaba con la planta, así como también pensaban que al morir se transformarían en osos o venados. Desde la perspectiva muisca los animales y las plantas eran seres que se veían a sí mismos como humanos que pueden ver a los humanos como animales. Un concepto común a otras sociedades indígenas en las que se considera que los humanos y los animales compartieron inicialmente una condición humana, hasta que varias especies siguieron caminos distintos. Por eso las abejas construyen casas, tienen jefes, trabajan en común, bailan y tienen trabajadores. En otros casos, los animales tienen connotaciones distintas: pueden ser solitarios y peligrosos como el jaguar, una especie similar en su comportamiento al chamán.

Los indígenas consideran que lo que une a plantas, animales y humanos es que todos ellos tienen lo que se ha llamado «alma», pero podríamos llamar «poderes». Consideran que sirven para curar, enfermar o matar. No se trata de especies buenas o malas. Cierta cantidad del poder de una planta o de un animal puede hacer mal, pero otra cantidad puede hacer el bien. Un jaguar puede tener un espíritu peligroso y hacer daño, o permitir que el chamán que se apropie de su fuerza defienda a su comunidad.

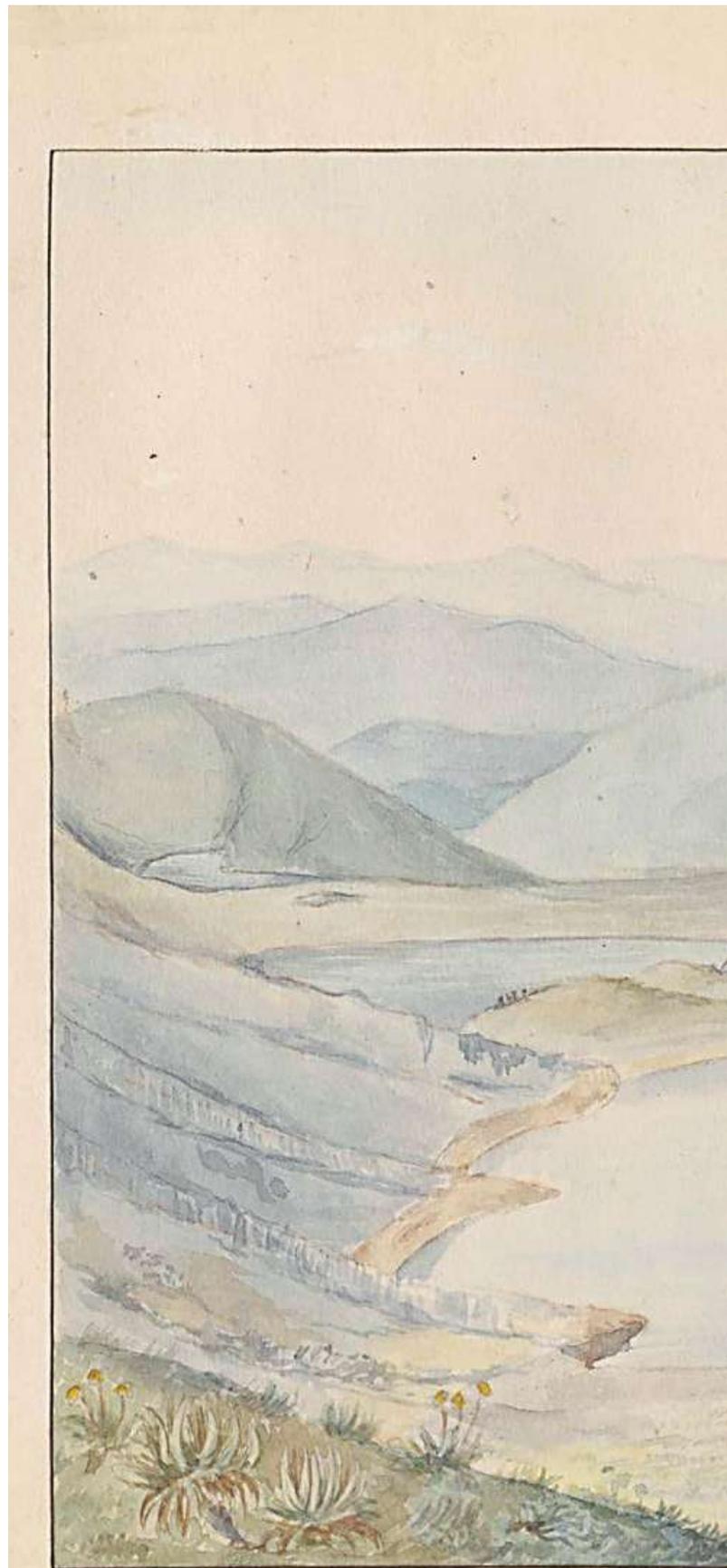
Gran parte de las comunidades indígenas conciben el mundo como un lugar en el que confluyen poderes de espíritus y que el secreto para llevar una buena vida es mantener el orden, el equilibrio entre

dichos poderes. Se trata de un mundo complejo, donde todo está relacionado y donde el comportamiento humano es fundamental para mantener el correcto funcionamiento de las cosas. Las relaciones con los animales y las plantas son entonces sociales y recíprocas. Cuando un felino mata a un humano, la gente lo caza para vengarse. No obstante, cuando un humano mata a un animal debe pedir perdón de inmediato y no correr el riesgo de ser víctima de una venganza en sentido contrario. En el mundo indígena nadie muere, sino que todo se transforma. Por eso los límites entre animales, plantas y cosas son fluidos. Animales, humanos y plantas están en un continuo proceso de transformación.

¿Qué tiene que ver lo anterior con el oro? Resulta que las cosas también tienen, como los seres vivos, poderes. Además, desde el punto de vista de la producción y el consumo no existe la doble alienación. La persona que produce una cosa es inseparable de esa cosa. Cuando los cunas quieren hacer cosas bonitas se lavan los ojos con agua de plantas que consideran bellas porque eso les dará el poder que necesitan. Por esa razón, las cosas no solo tienen significados profundos que los relacionan con otras cosas —con animales, plantas o humanos—, sino que deben morir con sus dueños, pues al tener vida, mueren. Los objetos, como la gente, no son del todo buenos o malos. Los indígenas tienen criterios claros para definir qué es correcto y qué no, pero no una categoría absoluta de mal o bien que dispute por su predominio absoluto. En nuestra sociedad existe una diferencia radical entre lo bueno y lo malo, involucrados en una lucha sin fin en que se espera que lo primero prevalezca sobre lo segundo, pero en las sociedades indígenas importa de qué manera las cosas se relacionan entre sí y con sus vecinos, y eso implica que lo bueno y lo malo coexisten. Los objetos sirven entonces como un medio para establecer relaciones sociales, ganar aliados, neutralizar las agresiones de gente peligrosa o causar daño. También sirven para mantener el equilibrio del mundo. Hasta hace poco era común que muchas sociedades destruyeran lo que tenían o lo dieran a otras personas. La idea de acumular simplemente resultaba ajena a su mentalidad, como también lo era robar.

El oro y los conquistadores

Una vez entendido el concepto indígena sobre las cosas, es importante comprender el tema de las cosas, específicamente del oro, visto desde la perspectiva de los europeos. En el Viejo Mundo anterior a la conquista, el oro no era visto simplemente como una cosa inane, desprovista de aspectos mágicos. Durante la Edad Media se consideraba que quienes acumularan cosas tendrían dificultad para entrar en el reino de los cielos. Por supuesto, los poderosos acumulaban oro y con él emprendían conquistas y torcían conciencias, pero la moralidad obligaba a tener ciertos límites: el oro podía



Lugar religioso de los antiguos Chibchas, en donde s

11. 103

Provincia de Coqueca



ORO 13

Laguna de Siecha

Se cree que ofrecían oro a sus divinidades. Se ha emprendido su desagüe. Está a 3455.^m sobre el nivel del mar.

estar al servicio de la vanidad y el orgullo, dos pecados capitales, o al servicio del bien, de Dios. Entonces se dijo que no era el oro el que corrompía a la gente. Al contrario. La gente corrupta dañaba el oro usándolo para lo que no era. En principio, el metal tenía la misma cualidad que se esperaba de las almas buenas: no se corrompía. Es muy conocida la frase de Colón sobre el oro, que podemos resumir así: era una cosa maravillosa y quien la poseyera podría ser señor de lo que quisiera; el oro, incluso, podía salvar almas y llevarlas al paraíso. El oro no era malo en sí mismo y podía ser usado para el más alto propósito imaginable, es decir, salvar almas. Colón hacía parte de ese mundo tardío medieval donde el oro y las visiones apocalípticas estaban íntimamente ligadas. Suponía que vendría la anunciada lucha final entre el bien y el mal, y que el actuar de los hombres de fe podría ayudar al triunfo del bien. Colón sostuvo una y otra vez que el oro americano ayudaría a reconquistar Jerusalén y otros después de él aseguraron que la existencia de minas de oro en estas tierras era buena porque atraería cristianos que enseñarían las cosas de la fe a los indígenas.

La conquista consolidó, sin embargo, una nueva visión sobre las riquezas. Se trató de la posibilidad de adquirirlas y beneficiarse de ellas, siempre y cuando se hiciera con culpa; con la responsabilidad de que las riquezas cumplieran, al menos en parte, una misión divina. Para ello fue necesario crear un lugar en el más allá que no correspondiera ni al infierno ni al cielo, es decir: el purgatorio. A ese lugar irían los burgueses, pero podrían salir mediante la reparación. Ser bondadoso, fundar hospitales, becar estudiantes, cuidar de los ancianos se consideraron actividades que ayudarían a sufrir menos tiempo en las llamas del más allá. La magnanimidad de los ricos los ayudaría a librarse de sus merecidos castigos.

La evangelización del Nuevo Mundo no se puede explicar sin el purgatorio. Hasta no poco antes de 1492 se repudiaba todo lo que permitiera valorar las fantasías particulares y la inmodestia, excepto, parcialmente, en el caso de reyes y nobles. La riqueza americana reforzó la noción de la breve satisfacción del deseo a partir del oro y ratificó aún más un mundo individualista, hedonista, si se quiere.

No obstante, los valores de Colón y su época fueron poca cosa frente a los de una segunda oleada de conquistadores, quienes llegaron con menos escrúpulos. Todos los involucrados en una expedición conquistadora sabían que su futuro dependía del oro. En el trasfondo estaban los grandes empresarios que habían comprometido sustanciales cantidades de dinero. Los conquistadores, por su parte, se habían endeudado, salvo excepciones, para pagar por su armamento, la comida y los pertrechos. Podían tratar de obtener el oro por vías pacíficas o por medio de la violencia, pero no podían volver con las manos vacías. Fue entonces cuando el deseo por el oro desató lo peor

de los seres humanos: no solo porque se les arrebatara a los indios, sino porque los propios españoles entraban en el mundo de la sospecha mutua, las confabulaciones y el engaño entre ellos mismos. Los conquistadores fueron vistos como producto de todo lo malo que trae la riqueza nueva. Se les conoció por las prendas opulentas y coloridas, por los caballos finos, por gastar en licores, vicios y comidas costosas, así como en mujeres. El oro comenzó a sufrir una metamorfosis: a medida que se opacaban sus viejos valores, se transformó en el más poderoso medio de intercambio y en fuente de riqueza. Aun así, una parte de las riquezas de los conquistadores sirvió tanto para los buenos propósitos como para lavar conciencias: financiar obras caritativas, encarregar cuadros y tallas religiosas, pagar misas y mantener viva la idea de la riqueza como medio para algo superior. Incluso, a través de los testamentos, para reparar a los indígenas y pedir perdón por los atropellos cometidos. En esa moral retorcida, los franciscanos —conocidos por su gusto por la alquimia— y los dominicos jugaron un papel central: estimularon la práctica del arrepentimiento entre los conquistadores y enriquecieron sus arcas al servicio de Dios.

La conquista, los indios y el oro

El interés de los conquistadores por el oro fue dramáticamente similar al apetito que los indígenas tenían por obtener bienes europeos. Por supuesto, la asimetría fue considerable. Cristóbal Colón lo puso de manifiesto. Al comienzo, los españoles fueron objeto de toda clase de regalos. En ese momento el almirante sostuvo que los indios eran la gente más generosa del mundo. Pocos días después, los indígenas subieron a las embarcaciones españolas y tomaron cuanto pudieron. Los indios pasaron entonces a ser unos ladrones. Lo que no pudo entender Colón es que no eran regalos lo que los indios les dieron a los españoles, ni lo que tomaron ellos fue un robo. Los indios exploraban la posibilidad de que los españoles fueran aliados o que al menos sus poderes fueran apaciguados a través de sus cosas. Los españoles eran algo totalmente nuevo y, por lo tanto, peligroso, como lo demostraba no solo su violencia, sino sus enfermedades. Para los indígenas fue una buena noticia que los conquistadores estuvieran interesados en lo que les ofrecían. Una actitud muy diferente a la europea, pues en su afán por excavar tumbas los españoles olvidaban objetos pequeños que luego los indios guardaban para entregárselos. Cuando los muisca se vieron obligados a abandonar sus pueblos ante la llegada de los conquistadores, no se llevaron el oro de sus santuarios, sino que lo dejaban para que los recién llegados lo tomaran. Es más, tan pronto los españoles saqueaban un santuario muisca, los indígenas volvían a llenarlos de ofrendas.

La importancia del oro era obvia para los indígenas. Lo usaban como adornos ricos en una iconografía que sugiere su importancia para transformarse

o en forma de ofrendas para sus deidades. Los objetos que hoy guardan los museos pueden interpretarse en algunos casos como objetos chamánicos en los que se muestra al humano transformándose en aves, jaguares o en otras clases de animales. La metalurgia reproduce una amplia variedad de posibilidades en las relaciones entre humanos y animales —de alianza, depredación, hibridación o identificación mimética—. Probablemente la misma producción de objetos de metal es imposible de entender sin el concepto de transformación. El oro, un material poderoso, era producto de la metamorfosis de la cera de abejas en metal y estaba destinado a transformar a quienes lo usaran. No servía para crear riqueza ni como cómplice de las ambiciones materiales de los caciques. Era una parte más, muy poderosa desde luego, de ese proceso de permanente puja entre las fuerzas positivas y negativas que amenazan y sostienen el mundo de los vivos.

El oro, más allá del bien y del mal

La búsqueda del bien absoluto es uno de los legados más tormentosos en nuestra sociedad. Todos los grandes horrores de la historia reciente se han justificado con la idea de hacer el bien, con la noción de que ciertas personas, religiones o ideologías políticas representan la bondad frente a un mal que puede y debe ser acorralado hasta ser aniquilado. Sobra decir que esa manera de ver el mundo terminó arrebatándoles a los seres vivos y a las cosas su capacidad de acción porque todo se redujo al actuar humano. El oro se convirtió en el símbolo más visible de la ambición individual y se pretendió que perdiera su propio espacio de acción para someterlo a la voluntad humana. El papel de los humanos en las sociedades indígenas es el de ayudar a garantizar que las fuerzas que existen en el universo no destruyan a la humanidad, a sabiendas de que todo se transforma. No se trata de un mundo armónico, en equilibrio ideal o, mucho menos, de un universo donde el bien aspire a la totalidad. Es un mundo en el

cual los humanos participan activamente en el orden de las cosas no solo a través de su propio poder, sino también de aquel que tienen las cosas, los animales y las plantas. Con el descubrimiento del Nuevo Mundo comenzó a configurarse un escenario en el que todo el poder pasaría a los seres humanos.

El uso del oro para el bien de la humanidad causó una tragedia humana sin antecedentes. Las minas de donde vendría la salvación fueron responsables de la disminución dramática de la población indígena y de la traída de cientos de miles de africanos. El oro del Nuevo Mundo fue clave para la instauración de la alienación completa entre los humanos y entre ellos y las cosas. Según los datos disponibles, cerca de un décimo de la población indígena masculina adulta de los pueblos encomendados en el antiguo territorio muisca fue llevada a la fuerza a trabajar en las minas, en estrecho contacto con africanos y europeos portadores de enfermedades ante las cuales no tenían mayor resistencia. Las minas, además, se convirtieron en sinónimo de todo lo ilícito. Los indios fueron acusados de acostarse con sus primas e hijas. La actividad de extracción de metales se vio rodeada de corrupción, del tráfico ilegal de aguardientes y de toda suerte de maltratos.

Una nota final

La transformación del oro como medio para lograr el bien supremo fue el origen de lo que Marx llamó la alquimia del oro, su transformación en fuente suprema de riqueza. No obstante, en las sociedades indígenas y campesinas el metal no perdió todo su poder sino que se transformó en algo diabólico. Los indios y los campesinos pasaron a ser los guardianes mezquinos y secretos de un oro que se convirtió en sinónimo de las fuerzas que corrompen a la humanidad. En aras de una ilusa promesa de satisfacción temporal, ya no el alma de las cosas, sino las personas mismas, se sacrificaron al servicio del demonio. El oro no corrompió al hombre, fue al contrario.

La búsqueda del bien absoluto es uno de los legados más tormentosos en nuestra sociedad. Los grandes horrores de la historia reciente se han justificado con la idea de hacer el bien, con la noción de que ciertas personas, religiones o ideologías políticas representan la bondad frente a un mal que puede y debe ser acorralado hasta ser aniquilado. Esa manera de ver el mundo terminó arrebatándoles a los seres vivos y a las cosas su capacidad de acción porque todo se redujo al actuar humano.

p. 10 *Antigüedades indígenas de Colombia*. Exposición de Madrid. Lámina atribuida a **Julio Racines**, 1892. En la celebración del IV Centenario del descubrimiento de América Colombia participó en la Exposición Histórico-Americana de Madrid en 1892 y en la Exposición Universal de Chicago en 1893. En ambas ocasiones, el enfoque de la muestra estaba en objetos prehispánicos. Por medio de la glorificación del pasado precolombino, los organizadores de las exhibiciones querían proveer el país con una «antigüedad» propia, comparable a las civilizaciones antiguas de Perú y México, además de proyectar la imagen de una nación moderna a través del tratamiento científico de tales vestigios del pasado.

p. 13 *Laguna de Siecha. Lugar religioso de los antiguos Chibchas, en donde se creó que ofrendaban oro a sus divinidades. Se ha emprendido su desagüe. Está a 3455.^m sobre el nivel del mar [sic]*. Acuarela de **Manuel María Paz**, 1855. Colección de la Comisión Corográfica. Biblioteca Nacional de Colombia.

Tumbas de soledad

Varias propuestas y solicitudes de instituciones y gobiernos nacionales han intentado traer de vuelta la Colección Quimbaya, actualmente en el Museo de América de Madrid. Amoríos, corruptelas y un profundo desinterés alejaron de su lugar de origen algunas de las piezas más valiosas de metalurgia precolombina.

Ustedes me cambiaron el oro por el espejo y ahora
me hacen dudar de lo que veo reflejado en él,
ustedes me robaron mi lengua y ahora callan
todo lo que aprendí a decir en la suya.

Sofía Perdomo Sanz

Leo la prensa, hay bastante ruido en las redes sociales, el 9 de mayo de 2024, el canciller y el ministro de las Culturas, las Artes y los Saberes enviaron una propuesta formal a sus homólogos españoles, solicitando el «retorno de la Colección Quimbaya a Colombia». Parece que ahora hay que llamarla colección y no tesoro.

«Hay que pensar en esto como una colección, como una conversación, y no como un tesoro en disputa, y no como una guerra, sino precisamente como una oportunidad de tener conversaciones distintas entre España y Colombia [...] Nos sentimos iguales a ustedes, sentimos que compartimos [...] un pasado, por supuesto. Pero es un pasado no exento de conflictos que solo se van a empezar a resolver de manera inteligente, de manera conversada», es la postura del MinCulturas. La escucho y algo me escuece por dentro.

El ruido en España empezó en 2023, pero fue a inicios de abril de 2024 cuando empecé a ir con frecuencia al Museo de América de Madrid. Quería observar las piezas de oro y tumbaga que fueron saqueadas de las dos tumbas indígenas de La Soledad, un poblado en las proximidades del municipio Filandia, en el hoy departamento del Quindío. Frente a ese ajuar milenario, ¿qué puedo tener en común con las manos que lo crearon? Y, sobre todo, ¿por qué me cabrea tanto que esté aquí, tan fuera de contexto y tan lejos de su origen?

Fui con frecuencia y cada vez me resultaba más ofensiva la exposición en Madrid. No solo es uno de los museos menos visitados de la ciudad, sino que es, tal vez, el único museo al que no le interesa contar su historia. Ninguna sala tiene el relato de la conquista y sus exposiciones permanentes se presentan con letreros vagos como: «Conocimiento»,

«Realidad», «Comunicación» o «Sociedades complejas»; la Colección Quimbaya está en «Religión». Juntan mayas, aztecas, diquis, incas, taínos, olmecas, quimbayas. Los amontonan, no los complejizan, y de esta forma vuelven a ser lo que impuso el hombre blanco: una masa avasallada. Jean-Paul Sartre escribió: «La violencia colonial no se propone solo como finalidad mantener en actitud respetuosa a los hombres sometidos, trata de deshumanizarlos. Nada será ahorrado para liquidar sus tradiciones, para sustituir sus lenguas por las nuestras, para destruir su cultura».

Destruir sus culturas, eso hace el Museo de América en Madrid: oculta su historia y nos cuenta la nuestra exhibiendo una vitrina de medallas. La de oro es la que más brilla: aquí está la Colección Quimbaya.

La postura del MinCulturas me escuece porque sí hay una disputa: un pasado. Y porque es un diálogo desigual. España es blanca y tiene claro quién está al otro lado del dominio. Sabe que devolver las piezas, aunque les hayan sido obsequiadas, como afirma el colectivo Ayllu, «es recordarle al blanco que le conocimos a partir del rapto, el saqueo».



Me volví habitual en el museo y de tanto que me acerco a las piezas quimbayas, ya me sé de memoria la única descripción que las acompaña.

El tesoro de los Quimbayas

Este ajuar funerario, realizado entre el 500 y el 1000 d. C. y donado al Estado Español por la República de Colombia en 1893, supone el conjunto de objetos de oro y tumbaga (aleación de oro y cobre) más importante de la América Prehispánica, tanto por su calidad estética y técnica como por formar un ajuar completo. Se encontró en dos tumbas quimbayas del sitio de La Soledad, cerca de Finlandia en el valle del río Cauca.

Está formado por recipientes en forma de figura humana (caciques) o de calabaza (poporos), relacionados con el consumo de alucinógenos, y por una gran variedad de objetos de adorno: cascos, orejeras, narigueras, cascabeles, prendedores, etc... [sic]

Así, «Finlandia», y no Filandia. «Caciques», en genérico, sin mencionar sus figuras femeninas y posibles símbolos de fertilidad. «Tumbaga», a secas, sin explicar que esta bellísima aleación, esta suerte de mezcla de oro y cobre, a veces lleva plata, o que su particular olor y tono rojizo pudo ser asociado a la mujer y a la menstruación. Recipientes «relacionados con el consumo de alucinógenos», sin contarle a quien se admira con la metalurgia dorada quimbaya que sus figuras antropomorfas, sus poporos, representan el ritual de coca, una costumbre milenaria que aún conservan tribus indígenas colombianas. «Ajuar funerario, realizado entre el 500 y el 1000 d. C.», sin corregir e informar que el mismo Museo de América halló una muestra orgánica dentro de una pieza, la analizó, obtuvo fechas por carbono 14, y encontró que su antigüedad no era 500 años después sino 300 a 400 años antes de Cristo.

¿Metalurgia quimbaya con fundición a la cera perdida desde el siglo IV antes de Cristo? ¿Y qué es

fundición a la cera perdida? ¿Por qué es tan impresionante este hallazgo? El museo tampoco lo explica.



Son más de diez las propuestas de gobiernos e instituciones colombianas que intentaron el retorno de la Colección Quimbaya. El Museo de América negó todas. Aparte de ampararse en que fue un obsequio, el otro argumento es que España lo ha conservado seguro. No es verdad. Ya extraviaron una nariguera, colgantes, cuentas y la tapa de un poporo. Y esto no fue lo más grave: durante un tiempo el tesoro estuvo perdido.

Cuando el expresidente Carlos Holguín le regaló el tesoro a la reina María Cristina de Habsburgo-Lorena, esta lo delegó al que sería el Museo Arqueológico Nacional y allí se expuso hasta que inició la Guerra Civil.

En julio de 1936, y debido a los bombardeos en Madrid, el Gobierno de la República creó la Junta de Incautación y Protección del Tesoro Artístico con el fin de proteger el arte. Entonces las piezas valiosas se almacenaron y se trasladaron a los sótanos de los museos.

Pero la guerra es ante todo un gasto. Así que en septiembre también se creó la Caja General de Reparaciones, un organismo del Ministerio de Hacienda destinado a cubrir el hueco «mediante la incautación de todo tipo de patrimonio, mueble e inmueble, a los desafectos a la República». Todo esto se cuenta en el libro *El Tesoro Quimbaya* que editó el Ministerio de Cultura Español.

El asunto es que la Junta perdió control ante la Caja y esta empezó a incautar los bienes sin diferenciar entre artísticos «y los de mero valor crematístico». Es decir, solo le interesaba que sirvieran como moneda de intercambio. Ordenó incautaciones y una de las primeras fue al Museo Arqueológico Nacional.

El 4 de noviembre, en la noche, llegó al museo Wenceslao Roces, subsecretario del Ministerio de Instrucción Pública, acompañado de milicianos y guardias armados. Llamó a Francisco Álvarez-Ossorio, el director del museo que ya estaba en su casa, le pidió que fuera y, cuando llegó, Roces le entregó un oficio del ministro de Hacienda que decía: «Es absolutamente necesario que todos los objetos de valor, oro o plata y tesoros que conforman las valiosas colecciones del Museo Arqueológico Nacional, sean colocadas [sic] convenientemente en disposición de transporte y trasladadas a este ministerio». Terminada la lectura, Roces le dijo al director que debía empezar por las monedas de oro y la Colección Quimbaya.

Destruir sus culturas, eso hace el Museo de América en Madrid: oculta su historia y nos cuenta la nuestra exhibiendo una vitrina de medallas. La de oro es la que más brilla: aquí está la Colección Quimbaya.

El director del museo lo cuenta en una declaración que rindió el 19 de enero de 1942 que hoy reposa en los archivos del Museo Arqueológico Nacional.

La incautación fue la mañana del 5 de noviembre y lo primero que pidió Rocés al llegar fue la Colección Quimbaya. El director del museo respondió que estaba almacenado en un arca de hierro para resguardarlo de bombardeos. Álvarez-Ossorio quiso hacerse el desentendido, pero Rocés le ordenó abrir todas las arcas.

Lo que pasó después, Francisco Álvarez-Ossorio lo declara así: «Temiendo el declarante que al abrir las arcas le interesara a Rocés todo lo que en ellas se había guardado, trató de ganar tiempo para dificultar la apertura de aquellas, dando un juego de llaves cambiado para ver si al no poderlas abrir se desistía del propósito, al menos con respecto a la que contenía la Colección Quimbaya, que hasta aquel entonces era el único por el que parecían interesarse».

El truco no duró mucho. Cuando Rocés vio que las llaves no abrían, se marchó a Hacienda por un aparato para abrir las arcas. Y al ver su fracaso, el director entregó las llaves verdaderas. El tesoro fue sacado de las arcas y lo dejaron encima de estas para que Rocés lo revisara.

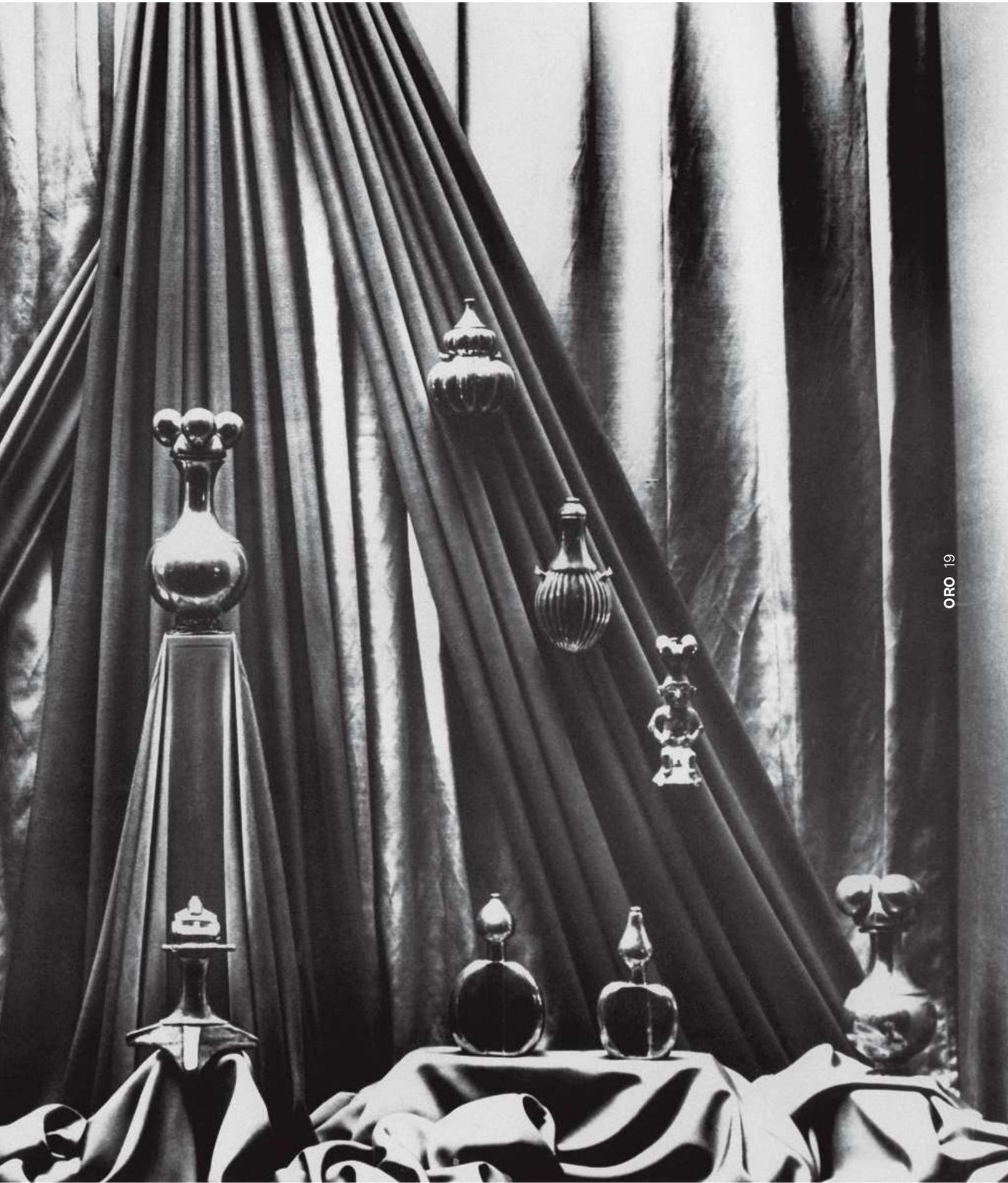
Rocés volvió, vio el tesoro, salió y ordenó el cierre del salón hasta su nuevo regreso. Pero la conservadora del museo no se rindió. Felipa Niño pidió volver a entrar a la sala porque había dejado una chaqueta adentro. Niño logró esconder cuatro figuras antropomorfas de la Colección Quimbaya, un cascabel, un cuenco, cinco narigueras, cinco palillos para la cal y tres figuritas de colgante. Este inventario figura en archivos del Museo Arqueológico Nacional como: «Relación total y completa de los objetos del Museo [...] salvados de la rapiña roja».

Rocés volvió y se llevó el tesoro y las monedas de oro. A partir de ahí estuvo perdido. Se le vio en Valencia, en Cataluña, en Francia y llegó a Ginebra el 13 de febrero de 1939, donde quedó bajo la protección de la Sociedad de Naciones.

Tres meses después, la Colección Quimbaya regresó a España —cuando Francisco Franco ganó la guerra— y volvió a juntarse con las piezas que salvó Felipa Niño. La «rapiña roja» no la tocó. Eso sí, las monedas nunca volvieron a aparecer.

→ Segunda exposición del Museo del Oro. Edificio del Banco de la República, Bogotá. Colección Museo del Oro. Foto atribuida a Saúl Orduz (sin fecha). Entre los objetos que dan inicio a la colección del Banco de la República y el Museo del Oro, hay una pieza ceremonial para el mamebo de hojas de coca encontrado cerca de Yarumal (Antioquia): el poporo quimbaya. Algunos lo recordarán impreso en los billetes de 20 pesos y estampado en las monedas «doradas» de la misma denominación.





La colección se trasladó al Museo de América y aunque estaba embodegada, cuando Clemencia Plazas, arqueóloga y exdirectora del Museo del Oro de Colombia, llegó en 1972 a Madrid para estudiarla.

En 1976, Colombia elaboró la primera propuesta para lograr el retorno de la Colección Quimbaya. La presentó Belisario Betancur como embajador en España, Germán Botero de los Ríos como gerente del Banco de la República, y Luis Barriga, Luis Duque Gómez y Clemencia Plazas como directores y subdirectora técnica del Museo del Oro.

—¿Cómo se le ocurrió la propuesta, Clemencia?

—Eso fue gracias al gerente del Banco, Botero de los Ríos, él es de Manizales y, como buena persona del eje cafetero, siempre quiso la posibilidad del canje. Yo lo convencí de que, aunque no tuviéramos las piezas, debíamos buscarlas para estudiarlas y fotografiarlas. Él aprobó el proyecto y me mandó a buscar las piezas quimbayas a los museos de Europa.

Plazas visitó treinta y tres museos y cuando volvió a Colombia, el gerente del Banco de la República le pidió elaborar el proyecto de canje con España. Luego de estudiar la situación, en junio de 1976 se le planteó al Museo de América la posibilidad de intercambiar, en forma de préstamo a noventa y nueve años, seis piezas de la Colección Quimbaya por ciento treinta y seis piezas arqueológicas colombianas, entre ellas, noventa y dos de oro.

Las seis figuras que Colombia pidió se escogieron con cuidado para evitar el rechazo, eran «objetos que, aunque únicos, estaban de alguna manera repetidos en el Tesoro. [...] carecían de tapa o que presentaban fisuras», describe Plazas en su libro *Quimbaya, orfebrería temprana*. El intercambio parecía exagerado pero no lo era, había un equilibrio de oro por país: 3.250 g. Se iniciaron diálogos, el embajador Betancur intervino, pero luego llegó la contrapropuesta española: de las seis figuras que se les pedían quitaron dos, y se les debía enviar ya no noventa y dos piezas de oro sino ciento cuarenta y cinco; el envío español disminuía su peso en oro y el de Colombia pasaba de 3.317,65 g a 6.787,11 g.

487 años después y España aún queriendo saquear el oro. Espantada, llamo a Clemencia:

—¿No te parece que seguía habiendo un asunto colonialista, de usura, en esa contrapropuesta?

—Más que colonialista y terrible, porque a mí me pasó lo mismo que a ti, yo creo que a Belisario Betancur se le olvidó para quién trabajaba. Y fue terrible, por eso Luis Duque Gómez hizo devolver todas las piezas a su sitio y olvidarnos del canje.

—¿En serio?

—Sí, pero eso le costó el puesto. Cuando Belisario llegó a la presidencia lo echó del museo. Pero bueno, eso es historia pequeña.

Ni tan pequeña, gracias a la valentía de Duque, en palabras del libro de Clemencia Plazas: «Si se hubiera llevado a cabo este intercambio, se repetiría con creces el exabrupto de un siglo antes cuando el Gobierno de Colombia regaló a la regente española las ciento veintidós piezas del Tesoro Quimbaya».

En 1987 se halló el «Nuevo Tesoro Quimbaya», se encontró en Puerto Nare, Antioquia. Ahora dieciséis piezas de Quimbaya Temprano, importantes como las que están en Madrid, integran la colección del Museo del Oro colombiano y desde entonces se pudo ahorrar cualquier otro intento de canje y humillación con España.

Un presidente enamorado. Así llamó el presidente colombiano Gustavo Petro a Carlos Holguín durante una entrevista que dio en *La W* al referirse a la Colección Quimbaya. «[Son] piezas arqueológicas valiosas que un presidente enamorado y algo ladrón, siendo patrimonio nacional, regaló a alguna princesa española».

Sobre la Colección Quimbaya, hallada por guaqueros en noviembre de 1890, en las dos tumbas de La Soledad, el 20 de julio de 1892, Día de la Independencia de Colombia, el entonces presidente Carlos Holguín informó al Congreso lo siguiente: «La hice comprar con ánimo de exhibirla en las exposiciones de Madrid y Chicago, y obsequiársela al Gobierno español para un museo de su capital, como testimonio de nuestro agradecimiento por el gran trabajo que se tomó en el estudio de nuestra cuestión de límites con Venezuela».

Compró la colección con dinero público y la regaló a la reina de España María Cristina de Habsburgo-Lorena. Luego argumentó que fue en agradecimiento al laudo arbitral que prestó España, y que falló a favor de Colombia, en un asunto fronterizo colombo-venezolano sobre la margen izquierda del río Orinoco.

Holguín dejó como ejemplo dos comportamientos hoy delictivos: pagar al juez que falla a favor y el peculado por apropiación en favor de terceros. Pero Gustavo Petro lo llamó «presidente enamorado». ¿Por qué? Intuyo el chisme de la corona, me voy a escarbar en la historia y encuentro que en su novela histórica *Soledad, conspiraciones y suspiros* (sobre Soledad Román, segunda esposa del expresidente Rafael Núñez), la periodista Silvia Galvis escribió:

En calles y cafés, tertulíaderos y barberías, el altozano y en la plaza, y hasta en el carro del tranvía se comenta, entre susurros y aspavientos, el romance de don Carlos Holguín, nuestro ministro plenipotenciario, nuestro representante ante la corte española, prendado de ciertos reales encantos, y no es un decir esto de reales, pues la dueña de este corazón ingrato es la regenta, la reina doña María Cristina, madre de Alfonso XII, el heredero al trono de España; comparado con esta desvergüenza, Núñez es un alma de Dios.

En la picaresca colombiana la Colección Quimbaya la regaló un hombre enamorado. Y de haber sido así, tendría simpatía por Holguín. «El enamorado busca su amor aún allí en donde sabe que no está, como el aventurero busca su tesoro aún allí en donde no se encuentra», dice el poeta Jaime Jaramillo Escobar.



—Ya sé de la disputa, entiendo que la Corte Constitucional colombiana fallara a favor del regreso de la Colección Quimbaya, pero, más allá del oro, ¿realmente por qué es tan importante, Clemencia?

—¡Eso es una maravilla! Es una obra de arte de ingeniería. Es por la técnica de metalurgia.

—Yo no entiendo mucho de eso.

—Hay dos tipos de metalurgia importantes. Por ejemplo, la peruana, que es tan impresionante, tiene un énfasis en el material martillado. Obviamente tiene cosas fundidas, pero básicamente es martillado, repujado. Esa metalurgia tiene las fechas más antiguas en América, que ahora pueden estar cerca del 2.000 a. C.

—¿La peruana?

—No, hablo de toda la tradición martillada, pero las fechas más tempranas sí están en Perú. Ahora, la segunda tradición empieza en Colombia, en el centro del país, y es toda esa tradición metalúrgica en fundición a la cera perdida. Fíjate que las dos cosas entrañan una particularidad interesante: tienen la misma materia prima, aquí hay oro y plata, allá hay oro y plata, pero el acercamiento a la materia prima es completamente distinto. En una hay un diálogo directo entre el orfebre y el metal, el uno hace y el otro contesta, se martilla y se repuja. Mientras que el acercamiento cuando el material es fundido a la cera perdida es de alguna manera indirecto, lo clave ahí es la temperatura, el molde, cómo se hace el vaciado. ¿Me entiendes? Es ingeniería.

Clemencia me explica que lo importante de esta técnica es que, incluso hoy, a veces se requieren máquinas eléctricas y centrífugas para lograr que el metal llegue a todas las partes del molde antes de enfriarse. Usando una tecnología que aún desconocemos, los pobladores del período Quimbaya Temprano lo lograron cuatrocientos años antes de Cristo.

La fundición a la cera perdida requiere que primero se esculpa la figura en cera, después se revista de lo que será el molde y, una vez el molde esté endurecido, se calienta para que la cera se derrita y salga, por eso se le llama «perdida». El metal debe mantenerse en estado de fundición, e ingresar a muchísima velocidad para que no se enfríe y consiga llegar a todas las cavidades y detalles del molde.

Las figuras de la Colección Quimbaya son huecas, es decir, se les introdujo algo como núcleo para generar ese hueco. Lo que quiere decir que los orfebres del Quimbaya Temprano manejaban algún material que resistía el calor y no se derretía cuando el metal era vaciado, el mismo con el que tuvieron que haber hecho los moldes. El material fue una mezcla de algún tipo de cerámica y carbón vegetal.

—¡Y estamos hablando de trescientos o cuatrocientos años antes de Cristo! Hacían el núcleo, encima ponían la figura en cera, volvían a cubrir con el molde y, para que el núcleo no se moviera cuando la cera se derretía y conservara la misma forma al vaciar el metal, lo sujetaban desde el exterior con unos tabiques.

Manejaron porcentajes de metal en sus aleaciones como si tuvieran calculadora y controlaron temperaturas que requieren hasta 900 °C para fundir el oro, probablemente soplando el carbón a pulmón, ayudados de cañas de bambú o artefactos para soplar de cerámica.

—¿Crees que debería estar en Colombia?

—¡Claro! la colección debería estar aquí para poder estudiarla.

—Es indignante, Clemencia. Les importa un carajo, uno va al museo y encuentra en las descripciones dizque: «Alfileres para sujetar vestidos», ¡Alfileres para sujetar vestidos! Así llaman a los palillos para la cal.

Es triste que la Colección Quimbaya no esté en Colombia. Si se le diera su importancia real, se elevaría un reclamo al Comité Intergubernamental para Fomentar el Retorno de los Bienes Culturales a sus Países de Origen o su Restitución en Caso de Apropiación Ilícita, de la Unesco.

Pero no se ha hecho.

Los quimbaya manejaron porcentajes de metal en sus aleaciones como si tuvieran calculadora y controlaron temperaturas que requieren hasta 900 C° para fundir el oro, probablemente soplando el carbón a pulmón, ayudados de cañas de bambú o artefactos para soplar de cerámica.



GACETA 22

Contra la mina

Más de veinte años de tensión y protestas en contra de la minería industrial en Jericó desembocaron en una movilización en la que campesinos de diferentes veredas desarmaron a punta de destornilladores y martillos la maquinaria. Ahora enfrentan un proceso judicial.

Este es el testimonio de un jericitano y la lucha de una comunidad por preservar la vida.

Cuando el periodista Juan Fernando Puerta recibió la llamada de la policía, no había rastro de nubes ni esperanzas de que lloviese pronto en Jericó. En el suroeste antioqueño no hay cómo rogarle a Dios por agua. Salvo el azul intimidante, lo único que adornaba el firmamento de Puerta a comienzos de 2024 era un sol que ardía sin piedad. Los ríos eran ya hilachas de agua sin peces y los jericitanos eran obligados a racionamientos. Las montañas cedían su verde al calor, mostrando un paisaje pálido y deshabitado. Sin aves a la vista, los perros buscaban sombra al mediodía.

Ese enero Puerta analizó uno a uno los locales que llenaban La Terraza en el parque principal, desde El Carriel hasta el otro extremo, y eligió la cafetería Vinotinto. Se sentó y pidió —como era su costumbre— un café oscuro y sin azúcar, sin percibir nada por fuera de su rutina diaria, hasta que entró la llamada del inspector de policía. Puerta sorbió el primer trago y escuchó:

—Está en mi deber informarle que usted ha sido querrelado por parte de la empresa minera AngloGold Ashanti. Usted y las demás personas que acompañaron el proceso de desmontaje de las perforadoras en la vereda La Soledad el pasado 13 de diciembre. Esperamos su presencia en la audiencia pública el próximo 16 de mayo. Feliz día.

Puerta colgó, terminó el tinto que había pedido y ordenó otro, pero esta vez acompañado de un buñuelo y un pandequeso calientes.

El 12 de diciembre de 2023, un día antes del desmontaje de las perforadoras, Puerta había recibido la llamada de un campesino de la vereda La Soledad, invitándolo a hacer parte del evento al día siguiente. Él aceptó, por supuesto, ya que estaba deseoso por hacer un cubrimiento de prensa que evidenciara la resiliencia campesina ante la explotación de los recursos naturales. Mostrar una protesta pacífica que continuara las que desde hace catorce años se han dado en

el pueblo. No directamente en contra de la mina, pero sí a favor de la vida.

Mucho antes de la minería industrializada ya había registros de la abundancia de cobre en el municipio. En la época precolombina, para la comunidad indígena Emberá Chamí, este ya era el material más utilizado en aleación con el oro que conseguían de los quimbayas para la creación de anzuelos de pesca y artículos de joyería.

En 2003, AngloGold Ashanti pisó por primera vez el suelo jericano y cuatro años después, en 2007, hizo público el hallazgo de uno de los yacimientos de cobre más grandes del país, al tiempo que daba a conocer su intención de extraer de allí 3,9 millones de toneladas del mineral. En 2010 se hicieron los primeros cuestionamientos a la empresa multinacional, debido a que dos quebradas del pueblo (Vanillala y La Soledad) estaban secándose a causa de las perforaciones. A medida que la conversación alrededor de qué está bien y qué está mal con la mina se volvía cada vez más polémica, más voces se sumaban a favor de un Jericó libre de minería. Es bien conocido por todos que las zonas mineras del país son el antónimo de zonas pacíficas. A ellas llegan las empresas multinacionales y dejan un desierto donde antes había un paraíso que, en nuestro caso, los jericanos habíamos sabido conservar. De los trece mil habitantes con los que cuenta la cuna de Manuel Mejía Vallejo, realmente son pocos los que se pronuncian explícitamente a favor de la minería: gran parte de la población guarda silencio. Jóvenes, personas de la mediana edad, bien sea por ignorancia, por no comprometer su nombre y no meterse en problemas, o por defender su salario —son más de ciento cincuenta los jericanos empleados en AngloGold Ashanti y en otro tipo de establecimientos como hoteles y restaurantes que se benefician de la presencia de la empresa en el pueblo— se ausentan del debate. De igual manera lo hace la administración municipal, pues

Ya en acción, los campesinos fueron hasta las perforadoras con sus cajas de herramientas en mano, mientras el sudor se deslizaba por sus espaldas como mantequilla en arepa al desayuno. A medida que se acercaban iban sacando sus destornilladores, llaves inglesas, alicates y demás artefactos para desmontar las máquinas sin dañarlas. Como si se tratase del desmontaje de una exposición de museo, con el más milimétrico cuidado fueron desarmando parte por parte las perforadoras, guardando cada tornillo y cada tuerca.

la mina ha contribuido a financiar eventos de los que el municipio ha sido anfitrión, ha permitido dispositivos logísticos, arreglos de carreteras y demás necesidades cubiertas por las regalías.

A quienes sí se escucha hacer ruido en contra es a los campesinos, cafeteros, comerciantes y adultos mayores. Ninguno quiere un Jericó convertido en un territorio de pobreza, inseguridad, prostitución, narcotráfico, microtráfico y demás dinámicas que, inevitablemente, atrae la minería. Por eso, más allá de las polaridades, hemos mantenido nuestro tejido social. Hay un hilo que nos entrelaza: el amor por nuestro territorio.

El clima en Jericó es impredecible, por eso mismo, aunque hiciese mucho calor aquellos días, Juan Fernando Puerta desempolvó sus botas pantaneras, preparó su cámara, su micrófono, un par de pantalones y una camisa que en la parte posterior dejaba ver la palabra «PRENSA» en grande. Al primer cantar del gallo del 13 de diciembre estuvo listo en menos de una hora. Se acomodó el sombrero que él mismo tejió, agarró sus llaves y salió a coger el chivero que lo esperaba a él y a otras cuatro personas frente al supermercado MerK Jer. Se montaron y se dirigieron hacia el predio El Chaquiro, ubicado en la vereda La Soledad, donde iban a obrar las máquinas perforadoras si no se daban prisa, más o menos a quince kilómetros del casco urbano, unos cuarenta minutos en carro.

Rondando las nueve de la mañana, recién llegado al lugar, Juan Fernando ardió de alegría al ver las más de doscientas personas reunidas por la misma causa: su dignidad. No tardaron en llegar más y más personas, no solo los campesinos de La Soledad, sino también de otras veredas y del pueblo; había niños, jóvenes, adultos mayores, familias, ¡hasta llegaron personas de otros pueblos cercanos como Tarso, Pueblorrico y Jardín! La policía tampoco se demoró mucho y restringieron el paso al predio, con el argumento de que era propiedad privada y, por ende, no tenían derecho a irrumpir en ella y mucho menos a desarmar las perforadoras. Pero las personas involucradas sabían lo que estaban haciendo: constitucionalmente tenían derecho a entrar en la propiedad, ya que, aunque fuese privada, al resguardar maquinaria perteneciente a la minera, se convertía en un espacio de interés público.

No fue necesario el uso de la violencia por ninguna de las dos partes, todo se resolvió mediante el diálogo y los campesinos se las ingeniaron para continuar con su plan bajo la vigilancia constante de la policía.

Ya en acción, los campesinos fueron hasta las perforadoras con sus cajas de herramientas en mano, mientras el sudor se deslizaba por sus espaldas como mantequilla en arepa al desayuno. A medida que se acercaban iban sacando sus destornilladores, llaves inglesas, alicates y demás artefactos para desmontar las máquinas sin dañarlas. Como si se tratase del

desmontaje de una exposición de museo, con el más milimétrico cuidado fueron desarmando parte por parte las perforadoras, guardando cada tornillo y cada tuerca. La música que acompañó dicha actividad no fue otra que el canto de las aves, el fluir de los cuerpos de agua cercanos y las voces de los participantes protestando al unísono: «¡sí al agua, NO a la mina!».

Grupos de campesinos subían el sendero que separaba el punto donde estaban las máquinas hasta la entrada de El Chaquiro cargando las pesadas partes que se iban desmontando de las perforadoras. Así avanzó el día hasta las dos de la tarde. En cuestión de pocas horas, la totalidad de las perforadoras desarmadas quedaron ubicadas sobre el camión que las llevaría al comando, en donde posteriormente se le regresaría a la minera AngloGold Ashanti. Terminada la misión, los participantes gritaron por última vez ese día: «¡sí al agua, NO a la mina!».

Días después del desmontaje, el rumor de que la mina tomaría acciones legales en contra de quienes desmontaron las perforadoras se esparcía cual pandemia. No era secreto para nadie que ni la mismísima moneda de la Madre Laura podría defender a los campesinos, y, dicho y hecho, ¡hasta una hermana Laurita salió querrelada! Más de doscientas personas fueron al predio de La Soledad, y más de doscientas personas aparecieron en el listado de citación a la primera audiencia pública que se llevó a cabo el 16 de mayo de 2024.

Sin mucho que perder, los citados a dicha audiencia llenaron los asientos del Teatro Santamaría. Niños, jóvenes y adultos hicieron parte del desmontaje, y niños, jóvenes y adultos sacaron la cara ese día por Jericó. Desde Juan Fernando Puerta –que se encontraba allí para cumplir su labor de periodista y compilar evidencias de los hechos y quien recibió otro llamado de atención por documentar la audiencia, aun siendo pública– hasta la hermana Laurita, también castigada por su labor de monja, querrelada por rezar el rosario.

«Hemos esperado mucho tiempo para ver una respuesta positiva para nosotros, que hemos luchado catorce años, o quizás más. Queremos que nos den palabras concretas, que nos digan qué protección tenemos. Queremos que nuestra cultura siga siendo la que sostenemos, no podemos dejar que esta empresa minera continúe conquistando cerebros débiles, queremos que este gobierno se pronuncie y acabe con esta pesadilla», señaló José Luis Bermúdez, campesino, en el debate. Se discutió el desacato del inspector de policía frente al reclamo

de los campesinos por la falta de garantías y la vulneración al trabajo de otros participantes como Juan Fernando; se discutió también el futuro de la minería en Jericó, se protestó sobre la desaparición total de esta y, cosa rara, la administración municipal se ausentó del debate. Se alzaron muchas voces de los querrelados en el teatro, encarnando los sentimientos de un municipio que ha buscado incansablemente ser escuchado. Hasta monseñor Nabor Suárez tuvo su intervención: «No más, no busco interrumpir, sencillamente me adhiero a los campesinos que vienen a defender sus derechos».

Puerta logró el respaldo de la FLIP (Fundación para la Libertad de Prensa) que dejó en claro la inocencia del periodista y, tanto legal como laboralmente, pudo salir ileso; sin embargo, en su interior, esa alma guerrera y amante del territorio no ha podido estar del todo tranquila al saber que habita bajo el mismo cielo que AngloGold y en cualquier momento podría presentarse algún otro tipo de altercado contra su moral como defensor de la tierra.

El miércoles 5 de junio de 2024, en su artículo «Querrelado por la verdad», expone más detalles de su experiencia en el desmontaje y la injusticia de las querrelas en contra de los participantes en el periódico *Despierta Jericó*, creado y dirigido por su colega y tocayo Fernando Jaramillo, líder de la mesa ambiental, otro personaje crucial en la historia de la resistencia a la minería en Jericó, puesto que, ante el silencio de parte de AngloGold cuando comenzaron las manifestaciones en 2012, la emisora *La Voz del Suroeste* cerró sus puertas a la mesa ambiental municipal, lo que llevó a Jaramillo a crear su periódico al año siguiente.

Desde entonces no hay noticias. Seguimos en lucha y no desistiremos hasta que el gobierno reconozca a Jericó como distrito agroecológico y no como distrito minero. Hay por programar más audiencias públicas donde esté garantizada la participación de la población hasta que se llegue finalmente al punto que en el municipio valga más la vida que un metal.

Juan Fernando Puerta, así como otra gran porción de la población jericiana, protesta en silencio, pero a la vista. En la fachada de su casa permanece colgado el cartel de «¡sí al agua, NO a la mina», cosa que, aunque parece insignificante, recuerda la promesa de que no habrá jericiano sobre la tierra que vea su pueblo sin árboles, sin fauna, sin café, sin cardamomo, sin gulupa, sin aguacate, sin plátano, sin agricultura, sin cultura, sin sonrisas. Mucho menos sin futuro.

Tesoro enfermo

De la orfebrería precolombina zenú a las enormes contaminaciones de mercurio: el cronista montemariano hace un recorrido por la historia del oro en la región del sur de Bolívar a través de aquellos que lo han buscado con arte y desespero.

I

Tanto tiempo después, cuando los campesinos de Bajo Grande andaban errantes en tierras extrañas, se dieron cuenta de que sus riquezas no eran el oro, sino la tierra y la tranquilidad. Habían sido ricos en un paraíso abandonado y no lo supieron sino con el desplazamiento de finales del siglo XX, pero ya era tarde, porque casi ninguno de los más viejos logró regresar. La mayoría murió en el destierro sin poder hallar el arrume de monedas de oro que don Miguel Herrera lavó en la orilla de la laguna vieja para enterrar en algún lado. Hasta el cementerio desapareció y solo quedó un mazacote, especie de playón fértil, sin tumbas ni cruces, sin tiestos y sin oro.

Los más viejos recordaban la figura longeva de don Miguelechado al lado de la laguna de indios, lavando su riqueza antes de esconderla en algún lado, antes de que se convirtiera en parte de sus delirios; mucho antes de que llegara el tipo del carriel que compraba sus tierras como huevos, antes de los tiempos del hombre con la motosierra y de los grupos de desminado.

Las discusiones más fuertes de los compadres sucedieron en una noche de plenilunio en la que estaban reunidos mirando las estrellas. Hablaban de las largas jornadas en búsqueda de aquellos tesoros escondidos, escarbando la tierra en los largos veranos. Ya todo parecía saqueado, porque la actividad de los morrocoyeros y compradores de baratijas que llegaban al pueblo se volvió común. Aparecían como pestes. Eran salteadores de tumbas, guaqueros improvisados. Algunos llevaban cosas de plástico que cambiaban por bolsas vacías de café Almendra Tropical y que con el tiempo se llenaron de pulgas.

Estaban cansados de voltear los peladeros arcillosos con los picos y barretones y apenas encontraban baratijas, alicornios para collares de pobres, porque el oro no aparecía por ningún lado. Puro

barro cocido y piedras de poco valor. Algunas caían del cielo en las tempestades, según la leyenda.

Fue Avelino Escobar quien, aburrido de la gaita y del decaimiento de su carpintería, se dedicó a probar suerte con el oro. El tabaco empezaba a marchitarse por la plaga del gusano cañero o por los bajos precios, por mucha lluvia o por mucho verano. Y como apenas había logrado criar con su cultivo callos en las manos y cansancio en el cuerpo, expuso que había indios ricos e indios pobres, como su paisano José Ángel Díaz, con quien llevaba una feroz competencia en el arte de la ebanistería. «Si el muerto era rico —dijo mirando al cielo—, lo enterraban con toda su riqueza, incluso con los animales y alimentos. Y si era pobre, como el vecino, nada le echaban», terminó y escupió sobre la tierra apesadumbrada.

Y los indios de por allí eran igual que el compadre Cabungo: pobres, sin ningún maíz que asar, sin nada que llevarse. Cabungo era el apodo que Avelino le había puesto a Díaz por su contextura lánguida y desteñida.

Más demoró Avelino en lanzar la temible comparación que su vecino en enterarse, lo que estuvo a punto de provocar la tercera guerra mundial. Discutían por la pobreza.

Todos tenían la esperanza de hallar el arrume de monedas de oro que don Miguel Herrera, fundador del pueblo y peleador en la Guerra de los Mil Días, debió enterrar en algún lado; pero esos viejos eran tan maliciosos que tenían pacto con demonios del más allá y rezaban los tesoros para que los entierros caminaran como una luz suspendida dos cuartas sobre la superficie de la tierra, e iban a través de los ensilles y colinas, de modo que no los pudieran localizar sino con secretos muy delicados. Había que romper la tierra en el lugar preciso y a la hora exacta en que el entierro iba a pasar por equis parte. Y eso solo lo sabían los sabios de la tribu. Era cosa de brujos.

Al principio, cuando llovía y las aguas arrastraban la lava de los quemados, cuando calentaba el sol, sobre la arena iban quedando las piezas sin valor. Aparecían especialmente piedras pulidas en forma de hachas y de morteros para las actividades de caza y de cocina, pero pocas veces oro o tumbaga (una mezcla de cobre con oro de poco valor). El tesoro soñado jamás apareció.

Se hallaban ollas y vasijas arruinadas por el paso demoledor del tiempo, por los aguaceros torrenciales de octubre, tocados por una palanca al arrancar una mata de yuca y huesos humanos en su mínima expresión, ya casi en tierra fértil. Mazacotes del pasado, puro abono orgánico. Hollejos de culebra y cagada de chivos.

En el imaginario popular se decía que eran piedras centellas, en forma de hachas, que caían con los truenos durante las tempestades y que eran las que electrocutaban a la gente en los campos abiertos

y caminos reales. Quien sobrevivía al trueno era enterrado a medio cuerpo en la tierra para extraerle las energías de sobra y lo ponían en cuarentena, como a una mujer recién parida, como si los hubiera mordido una serpiente venenosa. La cuarentena era una palabra terrible.

En la zona Finzenú, la actividad de la guaquería se extendía en los Montes de María desde San Cayetano, pasando por San Jacinto y Ovejas hasta adentrarse en el sur de Sucre y Bolívar, donde los nativos empezaron a enfermarse al consumir agua y pescado contaminado por mercurio, envenenados por la actividad ilícita de mineros de Antioquia. El oro realmente estaba en las zonas más altas, en los panzenúes y zenufanaes, ya en terrenos de las actuales Antioquia y Córdoba. Edwin Mussy Restom, quien llegó a amasar una fortuna excavando en antiguos cementerios indígenas, dice que en el sector del Joney, Ovejas, un tractorista araba la tierra cuando sintió que los dientes del arado golpeaban algo que sonó distinto y provocó un espanto entre los micos aulladores. Detuvo el tractor, se bajó y a sus pies halló un tesoro. No dijo nada. Guardó la máquina en silencio y al otro día, con mucho sigilo, logró sustraer una fortuna.

II

En el veranillo de junio de 1987, cuatro años antes de que se iniciara el movimiento cívico cultural en San Jacinto, que levantó el museo comunitario Zenú, un grupo de guerrilleros de a pie incursionó en Bajo Grande y asesinó al inspector de policía Ramón Ortega Arroyo, después de un juicio público, acusado de informar al Gobierno. El terror llegó hasta Jesús del Monte, en el Carmen de Bolívar, donde hicieron lo mismo con el inspector Ángel Gamarra.

Por un tiempo, los buscadores de tesoros se calmaron, pero no dejaron de aparecer vestigios de una civilización anterior. En 1999 la situación se agravó en Bajo Grande y Las Palmas, en el municipio de San Jacinto, con la incursión de grupos paramilitares que no buscaban oro, sino tierras. Uno de los cuatro jóvenes asesinados en Bajo Grande era el hijo menor de Avelino Escobar, el buscador de tesoros y gaitero macho, quien se desplazó hasta el casco urbano de San Jacinto. No regresó ni a recoger los pasos. A su muerte, ya casi pisando los cien años, ya casi caduco, no pensaba en oro ni en tabaco, solo en regresar a su tierra abandonada por más de treinta años. Apenas le quedaban algunas melodías de gaita en su cabeza de pelo rucho. Era un mestizo exagerado en todo, que nunca pensó en lo que le pasó. Murió inocente.

Cuando falleció de viejo y de olvido —el hombre se consume sobre sus huesos—, ya se le había olvidado tocar la gaita y conoció del valor de la tierra, porque el oro nunca apareció. La paz era otro invento, otra fábula no realizada.





Con la arremetida de los violentos también desapareció la espada con la que el fundador del pueblo, Miguel Herrera, peleó en la Guerra de los Mil Días, sin que nadie se interesara en cómo le fue en aquella disputa, distraídos por la montaña de oro que escondió en algún lado y que siguió causando espantos a manera de luz móvil que caminaba sola por las colinas y los ensilles de arroz con gallo y esas bagatelas aledañas.

Los terrenos que habían quedado volteados por la actividad de los gUAQUEROS y el abandono, sin embargo, ayudaron al descanso de la tierra, que se volvió más fértil y paridera. Ese era el verdadero tesoro. Y quienes promovieron el desplazamiento, muy seguramente lo sabían.

III

Así como Avelino Escobar usaba el verano para explorar el oro que nunca halló y las noches de plenilunio para fumar cachimba y echar cuentos, los indios farotos —como los bautizó Adolfo Pacheco Anillo en sus cantos— usaron los tiempos de sequía para asentarse en la orilla del arroyo de San Jacinto y organizar sus rituales funerarios, de gastronomía y de producción: el río fue fundamental para intercambiar cultura y productos. Pese a que los chimilas y los zenúes tenían lenguas distintas, usaban intérpretes para entenderse. Por Jesús del Río, que estaba más abajo de Bajo Grande, primer puerto en importancia después de Barranquilla en el río Magdalena, entró el primer semental de ganado cebú, el acordeón de Pacho Rada que le dio ilusión a Andrés Landero y fue el camino de los primeros estudiantes que viajaron a ilustrarse a Bogotá. Pero por el río también bajó el oro y después las enfermedades renales de moda.

En 1986 llegó a San Jacinto el antropólogo Augusto Oyuela Caycedo, quien logró los estudios más completos de asentamientos humanos de los Montes de María y en el Caribe, unos 6.520 kilómetros cuadrados entre el río Magdalena y el mar Caribe desparrramados por las serranías de San Jacinto, esas estribaciones de la cordillera occidental de los Andes. La investigación de Oyuela, auspiciada por la Universidad de Pittsburgh, Estados Unidos, ubica a San Jacinto como un cruce de caminos privilegiado: cerca de seis mil años anteriores a Jesucristo. En Sucre, los hallazgos más antiguos, en El Pozón, San Marcos, apenas revelan unos mil setecientos años antes de esta era, según datos del Museo Arqueológico Manuel Huertas Vergara, de Sincelejo. Allí se hallaron fragmentos de material cerámico que marcan el inicio de la vida aldeana en Sucre. Se trata de producción alfarera básica de la tradición granulosa incisa, representada en ollas globulares, rodillos, platos y vasijas; así como herramientas líticas usadas en la vida cotidiana. Van desde el siglo II hasta el siglo XII, antes de Jesús.

También reposan en el museo rodillos, sellos y pintaderas de arcilla usadas para estampados en tela,

de allí que las hamacas de Morroa compiten con las de San Jacinto, promocionadas por la música. Igual hay ocarinas de arcilla con figuras zoomorfas y antropomorfas, flautas y pitos de huesos utilizados en rituales y ceremonias.

IV

Más que el oro, que se llevó como prenda de ostentación y de poder y que con los tiempos se convirtió en una reserva familiar —para empeñar en tiempos de crisis—, el verdadero oro de los Montes de María fue el tabaco, que despertó la llegada de extranjeros e interioranos afiebrados por un oro negro que se convirtió en el primer producto de exportación de Colombia, después de la quina, en la segunda mitad del siglo XIX.

A Ovejas, Sucre, muy ligada al Carmen de Bolívar y a San Jacinto, llegó en 1850 José María Pizarro Mutis, de Ambalema, Tolima, quien exportaba tabaco al mundo e importó los primeros acordeones, un instrumento muy acogido en la región, que en muchos casos reemplazó las chuanas. El tabaco iba a permitir las primeras revueltas campesinas que más tarde darían paso a grupos violentos.

El periodista Jaime Vides, investigador del tema, encontró que en los años setenta del siglo XX se llegaron a exportar veinte millones de kilogramos de tabaco por año. La compañía Tabacos Bolívar, de la que era socio Juan José García González, quien contaba con apoyo de alemanes, debió radicarse en Cartagena debido a una huelga de cosecheros que duró una semana, en reclamo por mejores precios. Los corredores lo pagaban a tres y cuatro pesos el kilogramo y los campesinos pedían cuarenta pesos. En Tabacos Bolívar trabajaban quinientas mujeres seleccionando la hoja —desbaritando— y doscientos hombres empacando, prensando, pesando y cargando bultos. La huelga fue larga y ruidosa, pero al fin no dio los resultados esperados.

Sin embargo, el tema del oro no había pasado. Eran tiempos de invasiones y recuperaciones de tierra. Los campesinos invadieron terrenos aledaños a Ovejas, en una zona llamada El Boliche, después barrio Corazón de Jesús. Fue allí donde una máquina tropezó con un cementerio zenú y empezaron a salir baratijas de todo tipo, tiestos de barro, huesos, pero poco oro. Aquello despertó una codicia colectiva. La gente no dormía por excavar la tierra. Las piezas para collares eran ensartadas como hileras de huevo de iguana y eran vendidas a los «turcos», quienes las compraban por metro.

Fue el señor Alberto Balocco, un gUAQUERO refinado, quien encontró la pieza más apetecida, más por su valor histórico que comercial, porque no está hecha en oro, sino en tumbaga. Se trata de una indígena zenú, especie de diosa con senos, tocando la gaita. Es una pieza pequeña, del tamaño del dedo meñique de la mano.

Con el nacimiento del Festival Nacional de Gaitas Francisco Llirene, en los años ochenta, empezó a decaer la fiebre del tabaco, pero se recrudeció el conflicto por la tierra. Nació un comité cultural encargado de adquirir algunas piezas, que de los guaqueros fueron a parar a manos de personas desconocidas. Allí se adquirió por doscientos cincuenta mil pesos la joya. Ante la ausencia de un lugar adecuado para exhibirla, y ante el temor de que se la hurtaran, uno de los miembros del comité, Alfredo Ricardo Guerrero, la guardó en el baúl de su casa. Hoy gran parte de las joyas reposan en el Museo Manuel Huertas de Sincelejo, que se paralizó en la pandemia y ahora trata de resurgir. La mayoría se alcanforaron en manos desconocidas.

V

El entierro de la finca El Joney, que fue hallado mientras araban la tierra, y el cementerio de indios descubierto por los invasores del barrio Sagrado Corazón de Jesús –El Boliche– en la orilla del pueblo, despertó una codicia colectiva por el oro en Ovejas, que se convirtió con el tabaco y la gaita en un punto estratégico de los Montes de María, en medio de la presencia de la guerrilla, que tuvo dos desmovilizaciones en el territorio, caso único en Colombia.

Mientras sonaban las gaitas, los fusiles se apagaban, a la par de que no hallaban cómo custodiar a la gaitera encontrada por Alberto en la región de Vilú, Almagra. Hemos dicho que era pequeña y cabía en una mano, pero no era en oro macizo. Sin embargo, se convirtió en símbolo de la cultura sucreña, empuñada por los ovejeros que se disputaban la cuna de la gaita con San Jacinto. La gaitera hoy reposa a manera de custodia en poder de don Alfredo Ricardo Guerrero, miembro fundador del comité cultural, con el que se empezó el festival de gaitas y es el símbolo natural del Fondo Mixto de las Artes y la Cultura de Sucre.

«Nosotros no nos metimos en problemas porque solo hablábamos de oro y de guacas y la guerrilla no nos molestaba», dice Edwin Mussy Restom, el siriolibanés nacido en Colombia, quien llegó a convertirse con sus hermanos Miguel y Freddy en grandes empresarios del oro y proveedores registrados en el Banco de la República.

Los ovejeros y mucha gente de los Montes de María –quince municipios de Sucre y Bolívar– dejaron a un lado el oro negro del tabaco para irse tras la fortuna del oro amarillo, que pensaban les iba a cambiar la vida. El algodón, oro blanco, que cultivaban en Cereté y San Pedro usando agroquímicos venidos de otros países, por su parte, había dejado los campos desérticos, tractores varados que eran usados para desfiles de carnavales y niños que nacían con paladar hendido y labios leporinos. Nunca se dijo que la gente se envenenaba por la ropa, mientras inspeccionaban los cultivos.

Edwin Mussy Restom, que llegó con su movimiento Yo Pienso como Ustedes a ser alcalde de Ovejas tres veces, solo hizo el bachillerato y hoy tiene setenta y cuatro años. Desde los diecisiete se dedicó a la bohemia con una guitarra y, como buen «turco», a los negocios. Conformó un grupo de guaqueros junto a Eliécer Chamorro y Carlos Araque, hijo del acordeonista guajiro que hizo el tema *El siniestro de Ovejas*, y llegaron a lugares tan lejanos como Chocó.

Mussy se volvió un experto de la veta y con solo ver los colores de la tierra y los tuestos que asomaban en los quemados sabía si serviría escarbar. Los centenares de exploradores aficionados dejaban muchos tesoros enterrados, porque abandonaban la búsqueda con la primera piedra sin valor. Rebuscar valía la pena y no lo sabían.

Aunque la mayor cantidad de oro provenía de Córdoba y Antioquia, los guaqueros de la región lograron desenterrar los restos de un cacique entre Ovejas y El Carmen de Bolívar, que tenía una fortuna. Hallaron una bola de oro macizo de seis libras, trescientos collares de piedras preciosas, tres esmeraldas de gotas de aceite y una pollera de papel de oro, que sería la prenda de la diosa Zenú de la zona, representada en la gaitera.

Cuentas y canutillos de jade, ágata, cuarzo, cornalina y ónice fueron algunos de los tesoros hallados en Montes de María, en una etapa más reciente, antes de que la guerra llegara del todo y antes de la época de arremetida paramilitar.

Algunos cementerios hallados en el centro y sur de Bolívar, uno de ellos en la región de Porquera, San Juan Nepomuceno, con las dimensiones de tres campos de fútbol, quedaron a medio explorar, porque se metió la guerra y algunos exploradores se vincularon a la política.

Mussy, ahora en cuarteles de invierno, dice que Colombia es el país más rico del mundo, pero que está mal administrado, porque con la riqueza que permanece enterrada se podría dar alimento a todos sus habitantes.

Advierte que el oro llegó con tragedia e ilusión, muerte y engaño, y desenterrarlo no valdría de nada, porque el oro no se puede comer. «Hay miles de cosas que valen más que el oro, como la palabra, por ejemplo», dice.

Los ovejeros y mucha gente de los Montes de María —quince municipios de Sucre y Bolívar— dejaron a un lado el oro negro del tabaco para irse tras la fortuna del oro amarillo, que pensaban les iba a cambiar la vida.



«Es una profecía bíblica que se está cumpliendo», argumenta, con algo de timidez, «porque estamos en una época donde pocos se comprometen con la verdad», dice mientras hace la señal de silencio con un dedo en los labios.

Como prenda de vestir, el oro en el Caribe se volvió una forma de poder con la llamada bonanza marimbera. Era una forma de ostentar riqueza, elegancia y bienestar, pero con la inseguridad quedó como reserva, en los baúles, para las casas de empeño.

Apenas hace dos días, el alcalde de Arjona, Bolívar, Isaías Simancas, fue despojado de una pistola y una cadena de oro de diez millones de pesos. En el asalto, el funcionario recibió un tiro. A los ganaderos, personajes que sueltan toros guapos en las más de doscientas corralejas del Caribe sabanero, les gusta la ostentación del poder, lucir ponchos y sombreros finos, mientras se abren la camisa donde dejan ver una cadena de oro de la que cuelga un dije especial, como el que ordenó hacer en Sincelejo el ganadero Amaury Monterrosa—descendiente de los Monterrosa Ricardo, los del porro *El Arrancateta*—: un dije personalizado en oro de dieciocho quilates que simboliza la ganadería El Helicóptero, de La Unión, Sucre, y sus cuarenta y un años de tradición, hecho por el artista local Pedro Arroyo en la Joyería Artesanos.

Las fiebres del oro amarillo, oro negro y oro blanco que inundaron los Montes de María y sabanas—Cereté, Córdoba, y San Pedro, Sucre— solo han dejado desolación y contaminación en algunos casos. Quedan la tierra y la gaita, y la esperanza de una paz total que no llega.

Y de Avelino Escobar, el gaitero que se aburrió de su suerte, tan solo queda una foto que lo muestra parado en el vano de la puerta de la casa que le dio el Gobierno, en San Jacinto, mientras mira al infinito, como queriendo volver con su mirada al lejano Bajo Grande, donde le sigue lloviendo al socio.

EPÍLOGO

De lunes a sábado—con excepción de domingos y feriados—, entre cinco y ocho de la mañana, llega un bus privado, fletado, lleno de hombres y mujeres extrañas al terminal de pasajeros de Sincelejo. Los hombres y las mujeres, que se han levantado a las tres de la madrugada para no perder el bus, van directamente a las IPS que ganaron el contrato para aplicarles la diálisis un día de por medio. Todos, hombres y mujeres y algunos menores de edad, tienen los riñones destrozados por el consumo de alimentos y agua contaminada. Proviene esos seres extraños, conectados a la vida por una máquina que les lava la sangre cada tres días, de Majagual, Sucre, y Guaranda, en la densa y sufrida Mojana. Pero también llegan de San Onofre y San Marcos, en el San Jorge. Son pacientes de alto riesgo que toda la vida se alimentaron con pescado y aguas contaminadas con mercurio, que bajan de lo más alto.

El mercurio es un elemento que usan los mineros que extraen el oro en el río Cauca y San Jorge con el sistema de musengue, en Antioquia y Córdoba, para lo cual utilizan grandes dragones, una especie de edificios flotantes que extraen arena del fondo del río, la lavan, desprenden el oro de la roca, y devuelven al río la contaminación, que va causando destrozos más abajo. El cuerpo humano solo admite 0,1 miligramos de mercurio por kilo corporal. Los niveles de consumo en la zona están por encima de los permitidos.

Este es el drama diario de los enfermos majaguales que tienen que desplazarse a Sincelejo, donde duran cuatro horas pegados a una máquina para regresar por la tarde en el mismo bus, que se gasta cuatro horas más y que es apenas una muestra de otros pueblos de la depresión Momposina, que consumen agua y pescado contaminados.

Y todo eso, por el oro.

p. 28 El pescado es la principal fuente de alimentación en las comunidades ribereñas, como las del sur de Bolívar, Chocó y la Amazonía. La contaminación por mercurio derivada de la mina de draga y socavón es la razón por la cual los pescados de estas regiones han comenzado a variar su tamaño. Alimentarse con estos pescados hace que la contaminación se traslade también al cuerpo de los ribereños. La única solución que se le ha ofrecido a las comunidades del sur de Bolívar es que disminuyan su consumo y elijan peces pequeños que se alimenten de fitoplancton. Sin embargo, estos pescados siguen siendo plato de cada mesa en la región. Foto de Víctor Galeano.

p. 32 Wadit René Méndez, 36 años. Padece la enfermedad de «Minamata», producida por el mercurio usado en la minería, al que estuvo expuesto desde los doce años. Está enfermedad afecta sus capacidades motrices y cognitivas. Méndez ya no puede hablar y se mueve solo con la ayuda de su madre, Berleth Payares, quien lo acompaña en la foto. Achi, sur de Bolívar. Foto de Víctor Galeano.

De lunes a sábado —con excepción de domingos y feriados—, entre cinco y ocho de la mañana, llega un bus privado, fletado, lleno de hombres y mujeres extrañas al terminal de pasajeros de Sincelejo. Todos tienen los riñones destrozados por el consumo de alimentos y agua contaminada. Son pacientes de alto riesgo que se alimentaron con pescado y aguas con mercurio que bajan de lo más alto.

PA

1000000

GACETA 34



MUJER EMBERA

64953989



El oro y la sangre

GACETA recupera una de las crónicas más importantes sobre la historia de la violencia del oro que se han escrito en Colombia. Publicada originalmente en 1994, *El oro y la sangre* le valió a su autor el Premio de Periodismo Germán Arciniegas, de la editorial Planeta. Aquí el capítulo seis de este libro.

Las minas de oro del Alto Andágueda estaban situadas en el corazón de una de las muchas montañas que forman el nudo de San Fernando. La zona está llena de rocas muy empinadas, tapizadas de selva y cubiertas de niebla. De la vegetación brotan cascadas de agua fría que se despeñan por entre las rocas y forman el río Azul. Este va a caer luego al río Colorado.

Esa mañana, en la misión, nos dijeron que para llegar hasta el río Colorado todavía era necesario recorrer muchos kilómetros de selva. Las mulas solo llegaban hasta la misión. Por eso decidimos partir muy temprano llevando nada más que la parte esencial del equipaje. A los pocos kilómetros tuvimos que atravesar un azaroso puente de guadua construido por los indígenas sobre el río Conondo. Para mantener el equilibrio había que agarrarse de un cable de acero que ya estaba a punto de reventar. Los pequeños hilos cortados día a día por el óxido y la tensión hirieron las manos de casi todos los miembros de la comisión. Las mías empezaron a sangrar, pero yo me quedé callado, como los indios. Un poco más adelante cruzamos otro puente de madera que unía las dos orillas del río Andágueda. Era una obra de ingeniería que me pareció admirable. Los indios dijeron que el puente lo había hecho el padre Betancur.

A partir de allí caminamos varias horas por las montañas de la margen izquierda del río Andágueda. Durante el camino, se viajaba acompañado casi siempre por una llovizna menuda y constante. Aún en los picos más altos podíamos escuchar abajo el rumor de las aguas del río Andágueda que corrían sobre un lecho de rocas.

Terminamos la jornada en la mitad de la tarde, acosados por el hambre, después de alcanzar la cumbre del alto de Chichidó. Desde allí podía verse un hermoso valle tapizado de selvas inmensas surcadas por los ríos Paságuera, Patadó, Chuigo y Churina. Sobre el camino estaba la fonda de Guillermo Murillo.

Desde la puerta podía abarcarse de una sola mirada toda la región, casi siempre atravesada de sur a norte por gruesos jirones de niebla muy baja, que se metían entre los árboles como si fueran ríos.

Allí descansamos mirando el atardecer y esperando a los indígenas que supuestamente venían detrás de nosotros con las provisiones. Pero ellos no llegaron. En cambio, vinieron al rancho de Guillermo varios emberás de Paságuera y Cascajero que iban a acompañarnos hasta el río Colorado.

Por la noche, los indios hablaron de la mina. Durante la conversación, uno de ellos se quejó de que Jaime era quien señalaba ahora quiénes podían trabajar. «Está mezquinando la mina», dijo al final. Al día siguiente, con más hambre aún y sin desayunar, emprendimos el viaje hacia el alto de Cascajero. Después de atravesar el lomo de la cordillera, repleto de vegetales extraños y serpientes, descendimos nuevamente hasta las orillas del Andágueda. Varios indígenas silenciosos permanecieron adelante y atrás del grupo. En el camino, en medio de la vegetación, oíamos de vez en cuando ruidos de tambores que parecían tocados por manos invisibles. Todos sabíamos, a pesar de la aparente soledad de las selvas, que muchos ojos nos miraban.

Finalmente, subimos por una pendiente interminable que dejó sin fuerzas a casi todos los miembros de la comisión, incluidos los indígenas que nos acompañaban. Cuando llegamos a la cumbre, uno de ellos dijo riéndose que a esa loma, en lengua emberá, la llamaban «revientaculos». Bajando del alto, en un claro de selva que apareció de repente, pudimos ver por fin el verde valle que forman los ríos Azul y Claro y, junto a ellos, el imponente río Colorado.

Cerca a la confluencia de los tres ríos había una pequeña casa de madera y zinc donde, según los indígenas, habían dormido durante muchos años cientos de mineros que llegaron a la zona de Dabaibe, años atrás, cuando la producción de oro en la mina de Morrón estaba en pleno auge. Allí nos estaban esperando Jaime Montoya, Humberto Montoya y un grupo de indígenas del cabildo.

Cuando llegamos, poco antes del mediodía, blancos e indígenas nos recibieron con mucha alegría. Jaime Montoya era un hombre bajo y fornido, de voz firme. A pesar de la barba espesa que cubría su cara no parecía tener ni siquiera treinta años. Vestía ropa de dril de color caqui y usaba, como casi todos los indígenas, botas de caucho. Como el día estaba nublado y hacía frío, se había puesto una chaqueta de corte militar. En la cabeza, en vez del tradicional sombrero de ala corta de los emberá, tenía puesta una boina con una pequeña estrella de metal. Por momentos, cuando uno lo miraba, con esa boina y esa barba se parecía a los retratos del Che Guevara. Desde el primer saludo, todos nos dimos cuenta de que los indígenas lo trataban con mucho respeto.

Apenas se enteró de que no comíamos desde la víspera porque el mercado se había quedado en el camino, Jaime Montoya organizó un grupo de cargueiros con la misión de ir hasta donde fuera necesario a recuperar la carga abandonada por las mulas. Después mandó enlazar un novillo que estaba pastando en los potreros, cerca del río. Los indios lo mataron de un tiro en la cabeza. Media hora más tarde lo pelaron y lo deshuesaron con sus cuchillos mientras nosotros descansábamos del largo viaje en uno de los cuartos del campamento.

Por la tarde, conocimos el oro en polvo. El metal no brillaba en absoluto. Parecía arena sucia de color cobrizo y era muy pesado. Jaime tenía algunos sacos guardados en el campamento. A la caída del sol, se armó una fiesta alrededor de la fogata donde los emberá asaban la carne del novillo.

Esa noche vimos por primera vez a Aníbal Murillo, el indígena que había descubierto la mina. Era un hombre alto, de hombros fuertes y brazos gruesos. Estaba vestido, como casi todos los emberá, con un pantalón de dril, una camisa de algodón, abierta en el pecho, y ya un poco desteñida, un sombrero de campesino paisa y unas botas Croydon, «La Macha». Andaba entre sus hermanos de raza como un indio más. Sin embargo, la gente lo miraba con respeto. El único rastro de su hallazgo estaba en su dentadura. Mientras hablaba, por momentos, el oro brillaba en el fondo de su boca.

Al día siguiente, después de conversar varias horas con los indígenas, decidimos ir hasta la mina. El camino subía en forma suave por una de las orillas del río Azul. Después empezaba a reptar por la ladera de una montaña muy verde. Al terminar la cuesta, sobre una pequeña meseta, encontramos una casa enorme, construida en madera, y escondida entre la neblina sempiterna de los farallones. Allí se acababan todos los caminos. Tanto el pico de San Fernando como las demás montañas azules que la rodeaban parecían inexpugnables. La niebla solo dejaba ver durante algunos minutos las cascadas formadas por las aguas de varias quebradas que se despeñaban desde lo alto. La lluvia cayó toda la tarde sobre aquel sitio. Los indios nos dijeron que aquella era la antigua mayoría de la mina de Morrón.

Cien metros más abajo, sobre el cañón del río Azul, podían verse los techos de zinc, mojados, del molino californiano donde era apisonada y lavada la tierra sacada de los filones, para extraer el oro. Sobre la ladera de enfrente, arriba, entre unos peñascos, estaba la veta descubierta por Aníbal Murillo.

Esa tarde, los indígenas también nos mostraron las instalaciones de la antigua mina de Morrón. Escobar había aprovechado parte de ellas para la nueva mina y había traído desde Andes cuatro nuevos pisones. La tierra y las piedras extraídas de los socavones eran transportadas desde la boca de la mina hasta

el molino en cajones de madera que se deslizaban por dos cables de acero. Cuando llegaban al molino, las compuertas de los cajones se abrían y las rocas caían sobre el piso.

Los días que siguieron los pasamos todos en el campamento de Río Colorado. Allí se reunieron montones de indígenas que venían de todas las zonas del resguardo. Durante muchas horas hablamos con ellos y grabamos en casetes sus historias, sentados en el suelo.

Las que más recuerdo fueron las historias de los jaibanás más viejos. Uno de ellos era Majín Murillo. «Aquí no más nacieron nosotros. Nosotros no querer que entren libres aquí. Indígenas no más. Nosotros no poder habitar con racionales para no joder con ellos». Esas eran las palabras que repetía el viejo cada media hora.

Mientras hablaba despacio, sentado en el corredor del campamento de Río Colorado, a unos pocos metros algunos indios hacían ejercicios de tiro al blanco con sus cerbatanas, usando una tabla donde estaban pintados en forma rudimentaria unos aros concéntricos. En ese mismo sitio los emberá habían disparado sus fusiles nuevos y sus dardos envenenados contra el destacamento de la policía del Chocó que los había atacado el 17 de junio. Más tarde supe que por ese lado habían tratado de entrar una segunda vez. En esa ocasión, los emberá estaban avisados: un indígena que pescaba en el río los había visto cuando venían por los potreros del otro lado del río.

Majín Murillo hablaba en tono ofuscado. «Los blancos están mezquinando tierras, están jodiendo con minas. Los indios abrimos potreros aquí. Tumbando monte, la maleza se fue acabando. Pero después se

aparece señor Escobar y dice todo esto es de él. Papá dijo: no entregue esa tierra, mijo».

A un lado de él estaba el jaibaná Gabriel Estévez, tío de Humberto y Orlando Montoya. El viejo oía a Majín Murillo recostado contra las paredes de madera de la casa. Cuando habló, se quitó una cachucha de béisbol, roja, con el emblema de un equipo de las grandes ligas de Estados Unidos.

«Antiguos vivir aquí. Mina de Palomas la conocían desde Antigua. También la descubrimos los indios y se las quitaron lo mismo que a Aníbal», dijo. «Que la gobierna nos deje estar aquí y juntarnos como hermanitos, pero a indios no más, para abrir fincas con plata de mina».

Aquileo Campo oía al jaibaná Gabriel Estévez con mucha atención. Apenas se quedó callado, Aquileo empezó a recordar a su abuelo Severo Campo, descubridor de la mina antigua: «El abuelo se fue barequiando hasta arriba. Después se bajó otra vez para abajo». Con una mano, señaló hacia el río Azul. «Por ahí se trajo a seis hombres. Vendía oro afuera. Señor Escobar vino a quitar mina junto con Eduardo Montoya. Vino y dijo todas las tierras de él. No pagó nada. Nos mezquinó tierra».

Al escuchar los planes de la División de Titulación de Tierras del Incora para crear la reserva indígena, los miembros del cabildo se ponían muy contentos. Les costaba trabajo creer que nuestro país tenía leyes que casi nadie conocía y que les permitían proteger su territorio y gobernarse ellos mismos, sin la interferencia de ningún extraño. Al oír hablar a Enrique Sánchez y a Roque Roldán, el emberá Félix Estévez resumió el sentimiento de todos cuando dijo: «Necesitamos papel. Mejor así con papel, para después no joder con libres».

p. 34 Detalle de un billete de 10.000 pesos colombianos, 1992. La serie a la que perteneció este ejemplar fue conocida como «segunda familia de billetes» y quienes los ilustraron fueron comisionados para reemplazar a los antiguos próceres. El diseño inicial fue realizado por Liliana Ponce de León; sin embargo, el rostro de la mujer emberá propuesto por ella no quedaría en el billete definitivo. La artista colombiana declaró: «Entendí que era un billete sin fortuna [...] Un año después de su aparición al público hubo un robo millonario y desaparecieron todas las planchas de impresión, seguido de la aparición de millones de loritos forajidos que volaban por todas partes sin oro en ningún socavón». Apenas dos años después de su emisión, el billete de 10.000, junto al de 5.000 y al de 2.000 pesos, tuvo que ser sacado de circulación luego del llamado «robo del siglo», ocurrido en Valledupar en 1995.



Nóvita: país del oro

Para indagar sobre el origen de los saberes de la minería afrochocoana debemos preguntarnos por la procedencia de los esclavizados de la provincia de Nóvita, hoy municipio del sur del Chocó. ¿De dónde venían? ¿Cuáles son las huellas de africanía que hoy llevan sus descendientes?

Orígenes

La gente africana traída al hoy departamento de Chocó provenía principalmente de las áreas de Costa de Oro, Ghana, y de la región Bantú, hoy Congo y Angola. Costa de Oro fue la primera gran productora de oro. En Colombia, sus habitantes son conocidos con el apellido Mina, correspondientes a los grupos étnicos Fanti, Ashanti y Ewe, quienes en África fueron activos trabajadores y comerciantes del oro hacia Sudán occidental, antes de la esclavización.

Según el historiador Djibril Tamsir Niane, en el siglo X, el rey de Ghana, Ibn Batuta, era el soberano «más rico de todos los reyes de la tierra [...], [poseía] grandes bienes y reservas de oro que [extrajo] desde los tiempos antiguos en beneficio de los reyes precedentes y de él mismo». El oro de Ghana, sin que se conozca la fecha precisa del inicio de su explotación, rápidamente revolucionó el comercio y la sociedad Akan. En los siglos XIII y XIV muchos comerciantes se establecieron en esa región debido a los descubrimientos de ricos yacimientos auríferos. Las noticias de sus riquezas atrajeron a los mandingas y los songhays, quienes a través de las ciudades Hausa comercializaron el oro de Ghana con los árabes, gracias a las caravanas que cruzaban el desierto del Sahara.

En la actualidad se ha establecido que en varios de los yacimientos auríferos conocidos de Galam, Bure y Bambouk (actuales Repúblicas de Costa de Marfil, Ghana y Nigeria) el oro de las regiones forestales alimentaba el comercio del norte en esa época. En la zona donde está la actual ciudad de Elmina, en Ghana, el descubrimiento del oro fue la causa de su ocupación por parte de los portugueses, quienes construyeron el fuerte de San Jorge de la Mina en 1482. El rey Juan II de Portugal encontró allí una fuente de oro que pensaba explotar él solo.

Los Mina conocían todo lo relacionado con la minería aurífera y por esta razón fueron apetecidos

por los esclavizadores de la provincia de Nóvita durante el segundo ciclo del oro, que cubrió casi todo el siglo XVIII, cuando la producción aurífera de las provincias de Chocó revitalizó la economía de la Nueva Granada. Al estudiar la población minera de esta provincia, encontramos al menos una persona perteneciente a alguna de las etnias Fanti, Ashanti o Ewe en once de las doce minas auríferas estudiadas, y en el caso particular de la mina El Playón encontramos cuarenta individuos de aquellas etnias.

La apertura de una nueva frontera aurífera

A partir de la segunda mitad del siglo XVII declina el proceso de «pacificación» de los indígenas que habitaban el territorio chocono. Tras ello se hace perceptible la presencia de africanos o sus descendientes, toda vez que esclavizadores del Gran Cauca empiezan a disputarse los recién descubiertos lavaderos de oro a través del ofrecimiento y la disponibilidad para enviar sus esclavizados. Esta afluencia fue lenta y progresiva, no se trató de un masivo e inmediato poblamiento de la frontera minera que se consolidaba.

Aquellos primeros esclavizados en su mayoría no eran *bozales* [se ha llamado así a quienes, a pesar de haber sido sometidos en África y transportados a América, conservaban intactas sus costumbres culturales, haciendo énfasis en el fenómeno lingüístico. Un *bozal* no hablaba las lenguas coloniales. En nuestro caso: el castellano]. No habían nacido en África y habían perdido en parte el contacto cultural con los territorios de donde provenían sus antepasados. Durante la primera mitad del siglo XVIII se consolida la presencia y la supremacía poblacional de la gente negra en la provincia de Nóvita, al igual que ocurre en la de Citará, en calidad de esclavizados.

Para el año 1711, catorce propietarios payaneses, muchos de ellos ausentistas, poseían un poco menos de la mitad de los esclavos (356 de 821. Es decir, el 43,4 %) que trabajaban en Chocó, en concurrencia con otros propietarios procedentes de Cali, Cartago, Buga, Toro, Bogotá y residentes permanentes en la provincia. Según el historiador colombiano Germán Colmenares, entre estos propietarios payaneses se destacaban dos familias: la de los Mosquera y la de los Arboleda, que poseían cerca de la cuarta parte del total de los esclavos. El poblamiento de las provincias de Nóvita y Citará, con gente africana esclavizada, era irreversible y aumentaba en la medida que las riquezas auríferas brotaban del interior de la tierra gracias al laboreo de esa mano de obra. En la Real Cédula de 1789 sobre educación, trato y ocupaciones de los esclavizados, se ordenaba que los trabajos debían ir «de sol a sol»: comenzaban con el alba y terminaban cuando el sol se ocultaba. El oro extraído de las provincias de Nóvita y Citará provocó la recuperación aurífera neogranadina tras un periodo de crisis por el agotamiento de la producción en otras regiones mineras, como

el nordeste antioqueño. Otros historiadores, como Óscar Almario García, en su libro *El Chocó en el siglo XIX: encrucijada histórica, social, territorial y conceptual*, llama a este período el «segundo ciclo del oro», y sostiene que «se configuraron reales de minas más estables con introducción de esclavos y una frontera minera con una economía de enclave basada en esclavos importados. Este nuevo ciclo minero se inició en 1680 y culminaría alrededor de 1800, siendo el periodo 1680-1730 el de mayor productividad, como lo indican los estudios de historia económica colonial».

La región aurífera

Nóvita y Citará constituyeron una de las últimas fronteras del territorio neogranadino en donde el mito de El Dorado resurgió atrayendo a sus buscadores, quienes llegaron desde diferentes latitudes, especialmente de Popayán, Cali, Bogotá, Buga y Cartago, entre otros lugares. Los primeros en llegar hicieron un claro en medio de la enmarañada selva y levantaron una ciudad que, a comienzos del siglo XVIII, pasó a ser capital de una provincia desde cuyo suelo, arroyos y quebradas el oro brotaba en abundancia con el trabajo de esclavizados.

San Jerónimo de Nóvita rápidamente se convirtió en el Potosí del oro de la gobernación de Popayán y del virreinato del Nuevo Reino de Granada. Historiadores como Orián Jiménez Meneses la han denominado «la provincia dorada» o «el país del oro».

El renombre que alcanzaba la provincia de Nóvita, y su capital San Jerónimo de Nóvita, implicó tanta confusión y embriaguez mental que no faltaron quienes le concedieran el título de ciudad. En el libro *Voces geográficas del Chocó en la historia y en la toponimia americana*, el ensayista Rogerio Velásquez recoge la siguiente descripción de la época: «Nóvita: ciudad bastante grande y muy afamada por la abundancia de sus minas de oro. Sus riquezas atraen gran número de mercaderes. Todo allí es extremadamente caro: el pan se vende a cuatro reales libra, la carne a cinco reales, una botella de vino cuesta de ocho a diez francos». La fama de su oro y de sus riquezas despertaba el constante interés de mercaderes quienes satisfacían la demanda de variadas mercancías para los esclavizadores. El oro era tan abundante que conllevó a una gran carestía, pero nada importaba porque era con oro que se pagaba, y este aparecía como si nunca se fuera a acabar.

En ese mismo libro, Velásquez asegura que cuando el general Joaquín Acosta conoció sobre las riquezas de aquel pueblo con fama de ciudad, dijo que «Nóvita es la capital de la Provincia de su nombre, la cual contiene pueblos de indios de poca importancia, y veinticuatro minas que pertenecen a varios sujetos de Popayán y Santa Fe y unas pocas personas de este lugar. Estas minas están trabajadas por negros y producen mucho oro de buena calidad, pero dan

poca utilidad, con motivo de la carestía de los víveres con que se mantienen los trabajadores».

Llegaron las multinacionales

La historia de las provincias de Chocó y de sus habitantes, particularmente en el caso de Nóvita, es la historia del oro que comienza desde el occidente africano, se continúa en este territorio durante la época colonial o esclavización, y atraviesa toda la vida republicana hasta la actualidad. Si durante la esclavización el oro de Chocó atrajo los esclavizadores de varias regiones del territorio nacional, a finales del siglo XIX motiva a los inversionistas extranjeros, particularmente ingleses y norteamericanos.

En 1889, un norteamericano llamado Henry Granger visitó las regiones de los ríos Atrato y San Juan con el fin de adelantar exploraciones para determinar la factibilidad de explotación de metales preciosos utilizando dragas. Granger logró interesar a los hermanos Lewisohn, importantes comerciantes de cobre, para formar la Company Pacific Metals con la cual iniciaron labores en la región. Entre 1911 y 1912, The Anglo Colombian, una compañía inglesa, adquirió unos títulos mineros cerca a la cabecera municipal de Condoto. En 1915 importó desde Inglaterra una draga para iniciar labores. Pronto surgieron demandas entre ambas compañías alegando una y otra la invasión en sus terrenos. Al final llegaron a un acuerdo

y organizaron la South American Gold & Platinum Company (SAGAP), de la cual fue filial la compañía minera Chocó-Pacífico, que inició labores en 1916. A partir de entonces la SAGAP, a través de la Chocó-Pacífico, inició la importación de poderosas dragas para la explotación del oro y el platino en la región del San Juan, estableciendo un campamento en Andagoya como sede de sus operaciones. En 1920 importó la segunda draga, una tercera en 1923 y una cuarta en 1931. La Chocó-Pacífico operó en la región del San Juan hasta mediados de 1970, cuando a través de un proceso de *colombianización* pasó a ser propiedad de Mineros de Antioquia, posteriormente del Sindicato de Trabajadores, hasta su desaparición a comienzos de la década de 1980.

En el departamento del Chocó, en especial en la cuenca o región del río San Juan, se dio una invasión de minería mecanizada a través del sistema de retroexcavadoras, dragas y draguetas, principalmente de mineros provenientes de la región de Antioquia (El Bagre, Zaragoza y Remedios, entre otros municipios); y de extranjeros, particularmente de Brasil, quienes de manera ilegal han explotado el oro y el platino causando un daño irreversible en el medioambiente; pero, además, permitiendo que afloren los conflictos armados entre actores que se disputan el territorio y el control del saqueo del preciado metal.

p. 38 La principal extracción aluvial de platino en América Latina (junto al oro como metal asociado) está en el departamento de Chocó. En la foto, mineros de Condoto separan artesanalmente el oro del platino, 1999. Foto de **Jairo Escobar**.

p. 42 La retroexcavadora avanza tumbando monte en la selva del Chocó. Este trabajo terminó cambiando el cauce del río Quito y contaminó sus aguas. Foto de **Víctor Galeano**.

p. 44 Los primeros «dragones» entraron a Chocó en 1997, a través de una empresa brasileña. Desde entonces, diferentes líderes y lideresas de la comunidad han denunciado las consecuencias de su uso. Foto de **Víctor Galeano**.

La fama de su oro y de sus riquezas despertaba el constante interés de mercaderes que satisfacían la demanda de los esclavizadores. El oro era tan abundante que llevó a una gran carestía, pero nada importaba porque era con oro que se pagaba, y este aparecía como si nunca se fuera a acabar.



El fin de la minería artesanal

Uno de los mayores expertos en crimen internacional nos habla sobre las economías del oro y las transformaciones culturales a las que se enfrentan las comunidades con tradiciones de minería artesanal. El origen del oro ilegal, su exportación, el uso de títulos mineros para lavar dinero de las economías ilegales: McDermott hace un recorrido por la manera en que se destruye una tradición sostenible para transformarla en una salvaje explotación.

GACETA: El hallazgo de yacimientos de oro atrae generalmente a grupos armados que combaten por estos territorios. ¿Qué dinámicas culturales se transforman o generan con su llegada?

JMcD: Realmente se trata de dinero, de nada más. El oro vale actualmente más de 75 dólares el gramo, mientras en 2018 apenas superaba los 38 dólares. Un kilo de oro vale casi 75.000 dólares, mientras que un kilo de cocaína vale menos de 2.000. Para los criminales es doblemente atractivo porque con el oro es menos probable que termines en la cárcel.

En muchas de las zonas donde se extrae oro existe desde hace tiempo una tradición de minería artesanal. Los ejércitos ilegales toman el relevo y utilizan esa tradición para limpiar el oro y permitir su venta internacional. Esto es importante cuando hablamos de las mafias del oro, porque limpiando o justificando el origen del oro es como se justifica una actividad criminal.

Esto da cuenta de la relación entre la minería ilegal y las economías ilícitas. ¿Cómo se relaciona el oro con el narcotráfico?

Esto ha sido así desde que los cultivos de coca se arraigaron en

Colombia en la década de los noventa. Hay yacimientos de oro en muchas de las zonas donde se cultiva coca y los mineros artesanales suelen trabajar también como raspachines. En estas zonas siempre ha habido una relación estrecha entre las dos actividades porque las cosechas de coca son entre cada tres y cada seis meses, es decir, no es un trabajo continuo; y cuando no se trabaja como raspachín se puede ir a trabajar como minero artesanal.

En muchos de los lugares donde se da la explotación de economías ilícitas, como la producción de cocaína y la extracción ilegal del oro, se paga con apartes de dicha producción: extractos de pasta de coca o castellanos de oro. ¿Qué significa para una población recibir unos rendimientos que no hacen parte de un sistema legal de circulación? Es decir, ¿qué significa para una población no recibir dinero?

Quienes han viajado a zonas remotas del país lo han visto. Su uso simplemente refuerza la economía ilegal y a quienes la gestionan. Demuestra la cruda realidad de que el Estado es tan débil en estas zonas que ni siquiera puede proporcionar divisas, por no hablar de seguridad.





¿Pero qué significa eso en términos de la vida cotidiana?

Yo puedo hablar un poco de mi experiencia, para no caer en una generalización. Por ejemplo, en Vichada, después de comprar un almuerzo, me entregaron el cambio en coca. En ese pueblo, un poco más grande que una vereda, había solo una ley: la de las disidencias de las FARC. El Estado simplemente no está presente. Eso da legitimidad a los grupos ilegales, que se presentan como los protectores de estas comunidades. En muchos casos la coca o el oro, o los dos, son los únicos ingresos para las comunidades, lo que crea una relación simbiótica entre la comunidad y el actor ilegal.

¿Cuáles son esos actores y cuál es su papel en el desarrollo de una cultura de explotación a gran escala?

Hay dos tipos de actores ilegales implicados en el comercio de oro en Colombia. El primero tiene presencia territorial, y aquí hablamos del ELN, de las disidencias de las FARC y del Clan del Golfo. Ellos controlan gran parte de la extracción de oro. Luego están las mafias mineras que recogen ese oro, justifican su origen con documentación falsa y lo introducen en el mercado legal e internacional del oro.

¿Y qué papel juegan las grandes empresas mineras?

Primero vale la pena distinguir entre los dos tipos de minería que hay en Colombia. Uno es aluvial, que está realmente dominado por actores ilegales. No necesita ingenieros sofisticados. Se puede hacer con retroexcavadoras y con dragas. Mientras en Buriticá, por ejemplo, donde hay una montaña de oro, sí se necesita de la tecnificación, sofisticación y experiencia que no tienen los grupos ilegales. Existe una diferencia marcada entre estos dos tipos de minería. Dicho esto, hay

algunos títulos de oro subterráneo donde realmente no hay una gran extracción de oro. Estas minas se están usando para limpiar el oro extraído ilegalmente. También es una manera de lavar dinero.

En mayo de 2024, InSight Crime publicó un informe sobre los «dragones» de Chocó: unas «máquinas parecidas a un barco; una quimera que mezcla a una excavadora, una balsay una cabaña de madera construida sobre pilotes» que extraen el oro arrancando enormes pedazos de selva. Además de desarrollar una economía ilegal, ¿cuál es la relación entre las economías del oro y los crecientes crímenes medioambientales? ¿Cómo afecta esto las dinámicas de minería artesanal en los territorios?

El uso de dragas es sencillamente devastador para el medioambiente en todos los sentidos. Una vez que las dragas han pasado, la minería artesanal que ha sostenido a pequeños mineros durante generaciones desaparece para siempre. No hay otra palabra: es devastador.

En 2016 el presidente de la Asociación Colombiana de Minería, Santiago Ángel Urdinola, afirmó que el 88 % del oro que produce Colombia proviene de minería ilegal. ¿Qué dice esta cifra de la capacidad del Estado para proteger a la minería artesanal?

Queda mucho por hacer para vigilar adecuadamente la industria del oro, pero hay precedentes internacionales que pueden marcar un camino, como los «diamantes de sangre» en África. Una serie de países africanos y la comunidad internacional pusieron controles sobre diamantes que fueron, como el oro en Colombia, combustible de violencia, guerra y caos político. En Colombia es necesaria una mayor regulación y supervisión de la industria del oro, pero hay poca voluntad política: nadie quiere interponerse en el camino de una

de las pocas fuentes de ingresos en las zonas más remotas del país. El oro mantiene a comunidades enteras. Y, como hemos visto con el narcotráfico, el oro, el oro ilegal, es como la coca. Cuando uno pone un obstáculo, los traficantes encuentran una manera de circunvalar ese obstáculo. En Colombia, en este momento, no veo la capacidad ni la voluntad para realmente poner el ojo sobre el origen del oro. No hay seguridad en el campo para prevenir la extracción ilegal de oro. Hasta que realmente no podamos prevenir el uso de retroexcavadoras y dragas, solo vale la pena concentrarnos en el monitoreo de la industria legal.

¿La gigantesca cantidad de minería ilegal representa también un reto para la tributación del oro?

La extracción es ilegal, pero el interés de las mafias es que puedan legalizar el oro dentro del país para exportarlo legalmente. Hay impuestos pagados sobre un porcentaje que se exporta después de ser limpiado, es lo mismo que con la plata del narcotráfico que regresa al país. Ellos quieren pagar impuestos sobre eso solo porque se puede justificar todo el gasto.

Cuando hablamos de extracción ilegal nos referimos a oro que es sacado sin títulos, sin permisos, lo que implica también un sistema laboral en el que un minero es un trabajador sin rostro. Si mañana alguien compra un gigantesco arete de oro en Ginebra o unos grillz en Los Ángeles y resulta que ese oro es colombiano, es poco probable que se pueda rastrear hasta su origen. ¿Cómo los mecanismos de trazabilidad pueden ayudar a transformar las economías del oro?

Aunque gran parte del oro sea extraído ilegalmente por actores ilegales, es limpiado o lavado por mafias que utilizan títulos falsos o títulos reales en minas que casi no

producen oro. En regiones como Chocó y demás geografías con minería artesanal, fichan a cientos de artesanos y utilizan su permiso como mineros artesanales para legalizar el oro extraído ilegalmente. Luego lo funden en ciudades como Medellín y lo exportan legalmente.

Entonces, ¿cómo queda la trazabilidad? Es decir, de cara al mercado internacional del oro, ¿existe?

Uno tiene que atacar esta industria ilegal en todos los puntos: desde el terreno de los actores ilegales, pasando por los *brokers* o intermediarios que compran el oro ilegal y lo justifican con documentación falsa, quienes llevan el oro hacia el sitio donde lo funden, los que aceptan el oro fingiendo que es legal, hasta quienes exportan este mismo oro al mercado internacional. Si no se atacan todos los eslabones en la cadena estamos condenados a fracasar.

Es cada vez más compleja la posición del minero artesanal. Por un lado, pareciera que el estilo de vida de la minería artesanal o de los mineros artesanales está en peligro; pero, por el otro, con esta información sobre cómo se lava el oro ilícito a través de los títulos de minería artesanal, se fortalece su posición. ¿Qué es lo que está en juego frente a la minería artesanal?

Esta explotación ilegal ya acabó con la minería artesanal en muchos lugares. Cuando pasa una draga o una retroexcavadora, desaparecen los depósitos y los yacimientos. En estos sitios frecuentemente se les ofrece a los mineros artesanales locales la oportunidad de buscar dentro del lodo procesado pedacitos de oro que son de pequeña escala y no valen la pena. Entonces uno ve a los mineros artesanales entre el lodo intentando buscar el oro que las mafias han rechazado.

Al igual que el narcotráfico, el comercio ilegal de oro alimenta la cultura del dinero fácil, hace que

la gente solo piense en el presente y vincula el estatus de una persona a la vulgar exhibición de riqueza, luciendo cadenas de oro, ropa de diseño y conduciendo carros de lujo. Es algo que hemos visto mucho con el narcotráfico. Y en las zonas de oro hay una cultura paralela muy parecida.

Los actores ilegales llegan a una comunidad con una tradición de minería artesanal y dicen:

Hay dos aspectos, tres tal vez, que destruyen el tejido de estas comunidades. El primero es un asunto de salud. Cuando las fuentes de agua están contaminadas por el mercurio, su comida también lo está. El segundo es su futuro: ahora está en riesgo porque no hay yacimientos para el futuro y ellos están viviendo bajo la ley que imponen los ilegales. Y tercero, transversal a todo esto, la cultura



Jeremy McDermott, codirector y cofundador de InSight Crime. Cortesía de su archivo personal.

«Vamos a pagarles plata para minar el suelo. Y la comunidad dice: «Bueno, mejor plata en mano...». Si bien estas comunidades viven con muy poco, hay algo que las ha sostenido por mucho tiempo. Es parte de esta cultura: algo en la mano vale mil veces más que algo en la tierra.

Es muy desolador el futuro de la minería artesanal...

mafiosa destruye las raíces y la convivencia de estas comunidades.

Si tú pasas por una zona donde había minería, parece un mundo postapocalíptico. Es horrible, es como la Luna. La selva necesita décadas para reclamar de vuelta esta tierra.



Oro y codicia

Un recorrido por el ambicioso comercio internacional que demanda oro a toneladas. ¿Pueden las naciones productoras recuperar la soberanía de su mercado? Así se purifica el oro artesanal colombiano.

Las palabras «oro» y «codicia» sugieren el hallazgo tóxico de la riqueza. Suponen la codicia de los mineros ilegales, inconscientes en términos ecológicos y sociales. Pero, ¿qué sucede con la codicia de aquellos que invierten y ocultan en bóvedas toneladas de oro? ¿No son acaso los que mantienen el precio irresistiblemente alto? ¿Su demanda excesiva no fomenta la extracción desaforada en ríos y selvas? ¿Por qué no se considera codiciosos a sus inversionistas como en un fondo de pensiones o en un banco? ¿Por qué invertir y acumular oro en grandes cantidades es prestigioso, pero extraerlo es visto como algo codicioso?

El oro acreditado que se adquiere a través de la inversión y para acumular riqueza está purificado tanto moral como físicamente. Su valor se crea no solo por la cadena que transporta y refina el oro, también por todos los que contribuyen a la purificación moral del metal y a la transformación de su valor, que pasa de ser algo inestable, caótico y riesgoso en el momento de la extracción, a ser algo sólido, indestructible y libre de riesgo en los mercados financieros.

Esta transformación de valor se hace posible por la óptica racial que se le atribuye al deseo: extraer oro se percibe como una voluntad ilegítima, contraria a la de quienes lo compran. Las poblaciones mineras, generalmente ubicadas en el sur global, son consideradas poco productivas, incapaces de autogobernarse y sin visión de futuro, y su excesiva atracción por el oro debería ser gobernada, controlada y atenuada. Mientras tanto, quienes invierten en oro son en su mayoría hombres blancos del norte global, elogiados por su capacidad para calcular riesgos, invertir su capital con astucia y ser el motor de la economía global. Su apetito por el oro es celebrado y estimulado.

La *racialización* del deseo surgió desde la Conquista y continúa hoy más viva que nunca. Su existencia nos impide imaginar la posibilidad de construir una relación diferente con el oro y retar al

sistema financiero que solo le da valor a través del ocultamiento y la acumulación.

El deseo por el oro en el mundo financiero

El Consejo Mundial del Oro (WGC, por sus siglas en inglés) es la organización líder en la industria de este metal. Está conformada por treinta y dos de las empresas mineras más grandes del mundo. Su misión es estimular la demanda global mejorando la comprensión, el acceso y la confianza en el mercado. Publican estadísticas sobre su producción y demanda, y trabajan con todos los que influyen tanto en las políticas como en los estándares y acuerdos internacionales.

El WGC también produce documentales y videos publicitarios sobre la importancia del oro. Resaltan sus cualidades físicas para impresionar al consumidor con un metal indestructible, estable y eterno, estimulando así a los inversionistas.

El valor financiero del oro no surge entonces de una lógica económica racional, sino que se construye de manera afectiva para destacar su conexión con las emociones. La principal tarea del WGC —más que proveer y analizar los datos económicos que sustentan por qué el oro es valioso— consiste en «contar la historia del oro» como un metal que ha sido deseado históricamente por todas las culturas.

Pero si el oro es un metal con un valor intrínseco, ¿por qué existe una organización como el WGC que estimula y perpetúa su deseo? Porque la historia del valor intrínseco del oro no es del todo cierta. De hecho, la antropología ha cuestionado que el oro sea igual de valioso para todas las culturas. Es innegable que numerosas sociedades se han sentido atraídas por el oro alrededor del mundo, pero esta atracción se ha manifestado principalmente en la orfebrería y en las prácticas rituales. Solo la sociedad moderna se obsesionó por fundirlo para convertirlo en lingotes con el único objetivo de almacenarlos como una inversión segura. Durante la conquista de América, vaya ironía, los españoles convirtieron miles de piezas de orfebrería indígena en lingotes y se burlaron de los nativos por no entender «el valor real» del oro.

Su atracción en la sociedad moderna se debe a la ansiedad de acumularlo. Nos han dicho que es valioso mientras pueda acumularse para preservar y reproducir la riqueza. Pero la acumulación y preservación de la riqueza a través del oro supone la desigualdad entre quienes tienen capital y poder y quienes no.

¿Oro responsable?

Para que el WGC pueda promocionar las cualidades físicas y morales del oro es fundamental que se garantice su pureza física y química. Una organización líder a nivel mundial, el London Bullion Market Association (LBMA), certifica a las refinerías internacionales que producen lingotes de acuerdo con el estándar Good Delivery List (GDL). Hasta 2011, el

LBMA solo se interesaba en garantizar la pureza física del oro y de otros metales preciosos, pero después del escándalo que probó que la guerra en la República Democrática del Congo estaba siendo financiada con dinero de la extracción de oro, la industria se empezó a preocupar por el riesgo que ponía en duda su reputación.

En 2011, la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE), conocida como «el club de países ricos», publicó la *Guía de debida diligencia*, un referente global de abastecimiento responsable. Su objetivo es que las empresas que incrementan la cadena de valor del oro prevengan y mitiguen sus impactos negativos en las comunidades. Sin embargo, estas empresas adoptaron la guía como un mecanismo para evitar que sus cadenas de suministro se «contaminaran» con «oro sucio» (ilegítimo o de origen sospechoso). Esta decisión tuvo efectos devastadores en la minería artesanal y de pequeña escala (MAPE), que fue estigmatizada y excluida del mercado global. En Colombia, las refinerías más grandes del mundo se vieron involucradas en escándalos de comercialización de oro ilegal y cortaron relaciones con exportadoras de oro colombiano, lo que enredó aún más las posibilidades de formalización de la MAPE.

Durante muchos años, la MAPE fue percibida por los mercados internacionales como productora de un oro indeseable. No obstante, en 2022, con la conferencia de Sostenibilidad y Abastecimiento Responsable organizada por el WGC y el LBMA, la industria vio en la MAPE una oportunidad para fortalecer su reputación en el aporte al desarrollo sostenible y la superación de la pobreza en los países del sur global. Un año después, el tema más discutido en el Foro sobre Cadenas de Suministro de Minerales Responsables de la OCDE fue la importancia de no seguir excluyendo a la MAPE de las cadenas de valor.

En este tipo de congresos y en los grupos de trabajo, conformados por distintos actores de la industria para discutir temas cruciales, se invita a representantes de organizaciones consideradas más «bondadosas» o «virtuosas» —oenegés, universidades o líderes de la MAPE— para nutrirse con el valor moral de sus discursos. De esta manera, las estrategias de abastecimiento responsable no consisten simplemente en evitar que el «oro sucio» se cuele en los mercados internacionales, sino en construir una imagen y una ética sobre la industria y las organizaciones consideradas como un sector sensible, bondadoso y preocupado por la superación de la pobreza: en términos morales, la industria y el mineral son entonces *buenos*.

La promesa de la trazabilidad

El interés por el abastecimiento responsable se ha construido sobre la «trazabilidad»: la promesa sugiere que es posible rastrear el verdadero origen del oro. Esto ha creado un mercado de soluciones tecnológicas

que van desde *softwares* que registran el historial de transacciones de compra y venta de oro en *blockchains* –informaciones codificadas de transacciones en la red–, hasta nanopartículas líquidas para bañar un lingote con toda la información de su origen.

En Colombia, como respuesta a los escándalos de exportación de oro ilegal, evidenciados durante el operativo de la Fiscalía denominado Leyenda del Dorado (2017-2019), que terminó con la intervención de dos de las comercializadoras internacionales de oro más grandes del país, han surgido diferentes iniciativas de rastreo que prometen garantizar a los exportadores de oro el cumplimiento de los requisitos legales para comprarlo de forma responsable y evitar a toda costa que el «oro sucio» se cuele en el mercado.

Desde 2020, el Ministerio de Minas y la Agencia Nacional de Minería de Colombia han intentado poner en marcha un sistema público de trazabilidad que no ha logrado consolidarse principalmente por falta de voluntad política. Curiosamente, la trazabilidad parece no tener valor político, pues es un mecanismo para purificar moralmente a los mercados financieros (para garantizar que a ellos les llegue un «oro limpio»), pero no contribuye a solucionar el problema de la extracción de oro ilegal. En otras palabras, es un mecanismo para filtrar el «oro bueno» y dejar al país enredado con el problema de controlar el «oro malo».

En el caso de Colombia, la trazabilidad es casi una utopía debido a la imposibilidad de diferenciar el oro legal del informal e ilegal. Desde 2016, con el objetivo de descriminalizar a la MAPE, el Gobierno del presidente Juan Manuel Santos flexibilizó los requisitos para que un minero de subsistencia pudiera vender oro de forma legal y, desde ese momento, solo basta con estar inscrito en Génesis (el registro de la Agencia Nacional de Minería, ANM, para mineros de subsistencia) con el propósito de que su oro pueda ser comprado de forma legal. El problema es que a través de la minería de subsistencia se cuele el oro proveniente de la minería criminal. Entonces, si usted fuera un tendero de un pueblo minero, ¿se atrevería a decirle al Clan del Golfo que no se va a inscribir como minero de subsistencia para «lavarles» el oro?

La trazabilidad es una utopía porque si fuera posible separar el «oro bueno» del «oro malo» la producción a nivel mundial no sería suficiente para abastecer la demanda de los mercados financieros. En otras palabras, el mercado global necesita, para sostenerse, de las relaciones sociales ilegales y de explotación de los países del sur global.

¿Cómo revertimos la racialización del deseo?

La política minera del Gobierno de Gustavo Petro propone construir una «minería para la vida» basada en el principio de la soberanía de los minerales. Esto significa que la nación debería tener la capacidad de decidir qué minerales se extraen, en dónde y para qué; se plantea que los minerales que se extraigan deberían usarse para fomentar la transición energética y la reindustrialización del país.

Paradójicamente, el oro no es necesario ni para la transición energética ni para la reindustrialización. Sin embargo, a finales de 2023 la ANM lo incluyó en el grupo de Minerales Estratégicos argumentando su capacidad de fortalecer el tejido social a través de la *asociatividad*. Pero el sentido común nos hace pensar que la extracción del oro genera todo lo contrario: codicia, violencia y conflictos, detonando la racialización del deseo. Así, nos han hecho creer que en el sur global no podemos tener una relación con el oro distinta a extraerlo y a dejar que otros transformen su valor.

Una solución posible es disminuir significativamente la demanda por el oro financiero y que las naciones productoras de oro puedan recobrar la soberanía de su mercado y no solo se interesen por su extracción. Pero aún estamos atrapados en la racialización del deseo y el placer de que nuestro oro se mueva en los mercados globales.

Para hacerle frente a esto deberíamos imaginarnos como país, como región y como un conjunto de naciones ricas en oro; una forma de revertir el proceso de purificación física y moral que nos ha ubicado desde la época de la Colonia en el eslabón más débil de la cadena y nos ha coartado la posibilidad de imaginar diferentes formas de valorar el oro.

p. 48 Operación Troya en El Bagre, Antioquia. 2011. Foto de Stephen Ferry. Con cerca de mil efectivos de la Policía y tres mil del Ejército, la Fuerza Aérea, la Armada y el DAS, esta operación desplegó acciones de inteligencia y operaciones especiales en los departamentos de Córdoba, Sucre y parte del departamento de Antioquia, en la zona de Urabá, para enfrentar a las bandas criminales. La meta del Gobierno fue ejecutar en noventa días la captura de los integrantes de las BACRIM y delincuentes comunes que amenazaban la seguridad en esa zona del país. La creación de un frente común compuesto por las fuerzas de orden quiso asfixiar las finanzas del narcotráfico, combatir la minería ilegal y proteger a la población de la criminalidad.

El problema es que a través de la minería de subsistencia se cuele el oro proveniente de la minería criminal. Entonces, si usted fuera un tendero de un pueblo minero, ¿se atrevería a decirle al Clan del Golfo que no se va a inscribir como minero de subsistencia para «lavarles» el oro?

Un país *shiaoshí*

En el comercio popular las vetas son escasas: la bisutería, importada de China, no es de oro y circula como si lo fuera. De este metal, apenas el 1 % que se extrae en Colombia se queda en el país. Siendo una de las mayores exportaciones, el oro se consume poco al interior de nuestras fronteras: ¿por qué?

«A mí el oro no me llama la atención para trabajarlo. El oro tiene mucho enemigo», dice rodeado de cadenas, candongas, dijes, anillos, topitos, brazaletes, *ear-cuffs* y camándulas doradas que rebozan las vitrinas y anaqueles del local. Otras más se escurren entre las bolsas que hay en el piso. David*, treinta y tres años, dice que trabajar con oro es tentar la propia suerte y las fantasías de un «colombiano promedio». Lo explica con un meme que cita sonriendo: «No existe un colombiano que haya visto un camión de valores y no se haya imaginado cómo se lo podría robar. En el mundo de la joyería pasa casi igual. ¿Cuánto suma una vitrina?».

El local en el que hablamos, en el que trabaja David, queda en uno de los recovecos comerciales de San Victorino, en Bogotá, en un edificio laberíntico de unos seis pisos atiborrado de almacenes de ropa interior, peluches, gorras, útiles escolares, vestidos de baño y «cacharros finos» —término que engloba un vasto espectro de objetos: un termo, un reloj, una lámpara, una papelera—. La especialidad de este piso son los almacenes de bisutería, no de joyería, explica David. La joyería es la que se ocupa del oro y de la plata; la bisutería, en cambio, trabaja los metales que adornan los cuerpos sin cargar con el peso monetario de los otros dos: acero, zinc, bronce, cobre, rodio. Nada de lo que se cuelga y se exhibe en estos pasillos es oro, ni plata. Pero brilla como si lo fuera. Todos venden al por mayor, David vende a partir de la docena (los precios por joya empiezan en cuatro mil pesos), otros exigen una compra mínima de quinientos mil y otros no venden si la compra es menor a un millón. Todos se surten con importaciones de China y casi todos se precian de ser importadores directos.

En los trece años que David lleva en esto ha ido cinco veces a China. Las primeras palabras que se le vienen a la cabeza cuando intenta hablar en mandarín dan cuenta de la esencia de sus viajes.

—Pues no es la fonética perfecta, pero cuando yo les digo *tuán tuashen* (Duōshǎo qián - 多少錢), es «¿cuánto cuesta?», *minpien* es tarjeta (Kǎpiàn - 卡片), *piolian* es bonita (Piàoliang - 漂亮), *lapan* es patrón (Lǎobǎn - 老闆), *lapania* es patrona (Lǎobǎnniáng - 老闆娘). A uno le dicen *shiaoshi* (Xiǎoqì - 小氣).

—¿Y eso qué significa?

—Chichipato —responde sonriente.

La primera vez que fue a China tenía veintitrés años, viajó con su tío, quien quería confiarle los saberes del comercio internacional y que, como David, venía de esa tríada de municipios antioqueños que le heredaron una estirpe de negociantes común a los comercios populares del país: Marinilla, Santuario y Granada. Para entonces, el tío ya llevaba unos veinte años viajando y comerciando en el exterior. Primero en Tailandia, de donde traía piezas de plata al país, y luego en China, a donde viajó por primera vez con un tailandés que le dijo que el futuro de la joyería estaba en el acero producido allí. Desde entonces, David viaja sobre todo a las dos ciudades más frecuentadas por otros comerciantes colombianos y antioqueños, Guangzhou y Yiwu, la última es sede de un mercado de «cacharros» de más de cuatro kilómetros cuadrados, unas cuatro veces la extensión del Parque Simón Bolívar. David me muestra una foto suya frente a la entrada del Distrito 1 de ese mercado, un pabellón enorme adornado con dibujos de conejos y dragones rechonchos donde se venden juguetes, artesanías, joyería, cerámicas y adornos de Navidad. En las fotos de sus viajes aparecen largas torres y panorámicas de edificios cubiertos de luces; personas que mendigan con un QR de WeChat Pay y Alipay —los Nequi y Daviplata de allá—; templos budistas monumentales; tímidas iglesias católicas y menús de cafés que venden «huilatte», «paisacuyá» y «bucaramango» negocios de colombianos en Yiwu, explica, y me muestra una selfi en uno de esos negocios con un letrero en neón que dice: «Arrieros somos y en el cafetal nos encontramos».

—Vea una bandeja paisa en China.

—¿Y eso de dónde salió?

—De un chino que trabajó en un restaurante colombiano hace mucho tiempo.

—Creo que es la primera vez que veo una ensalada de tomate y lechuga en una bandeja paisa.

—Y el chorizo, uuuff, una cosa muy loca. Quedé muy sorprendido, y es hecho por chinos.

No es fácil impresionar a un paisa con un chorizo que no sea de Antioquia.

Por ser preguntón y curioso cuenta que ha visto algunos de los procesos con los que se fabrican las joyas que vende, las tripas de la alquimia industrializada china. Los «chinitos que son calidocitos», dice, le han mostrado videos y fábricas con máquinas que aplanan, doblan, funden, sueldan, moldean, troquean, perforan, tuercen y doran. Las últimas, las que

ponen el dorado, son máquinas que engullen ácido y gramos de oro para regurgitar kilos de joyas doradas. Explica que son tómbolas llenas de químicos en los que el oro se deshace, dejando un líquido amarillo pálido: «Haz de cuenta tú coger el Gatorade de maracuyá y echarle un poco más de agua». Adentro van las piezas que se ponen a girar al tiempo que se permean de oro con electromagnetismo, «mientras más tiempo se dejen sumergidas y girando, más amarillo será el dorado», dice David. Es la versión industrial de lo que se conoce como chapado en oro, una técnica para impregnar metales con oro usando conducción electromagnética y que resulta en una cobertura que se calcula en micras de oro (una micra es 0,001 milímetros). Esa piel dorada arropa el «alma de la pieza», como le dicen David y sus colegas de gremio al metal base de la joya. En sus negocios, el alma de las piezas ha sido mayoritariamente acero y más recientemente cobre. La gente las busca y las compra bajo el nombre de «cover gold».

En los últimos cinco años, las importaciones de China a Colombia han crecido un 27,3 %, según datos del DANE. Para 2022, el año en que se registró un máximo en las importaciones, la mercancía que se trajo de ese país sumó más de dieciocho mil millones de dólares. La compra de joyas y bisutería representó unos doce mil dólares del total de ese año, de acuerdo al Mapa Regional de Oportunidades del Ministerio de Comercio.

«Todo, todo, todo lo que tú veas dorado tiene algo de oro, pero milésimas», dice David enseñando con la mano un par de vitrinas. «Pero el que diga que lo compra y lo lima para sacarle oro... Es que no lo sacas».

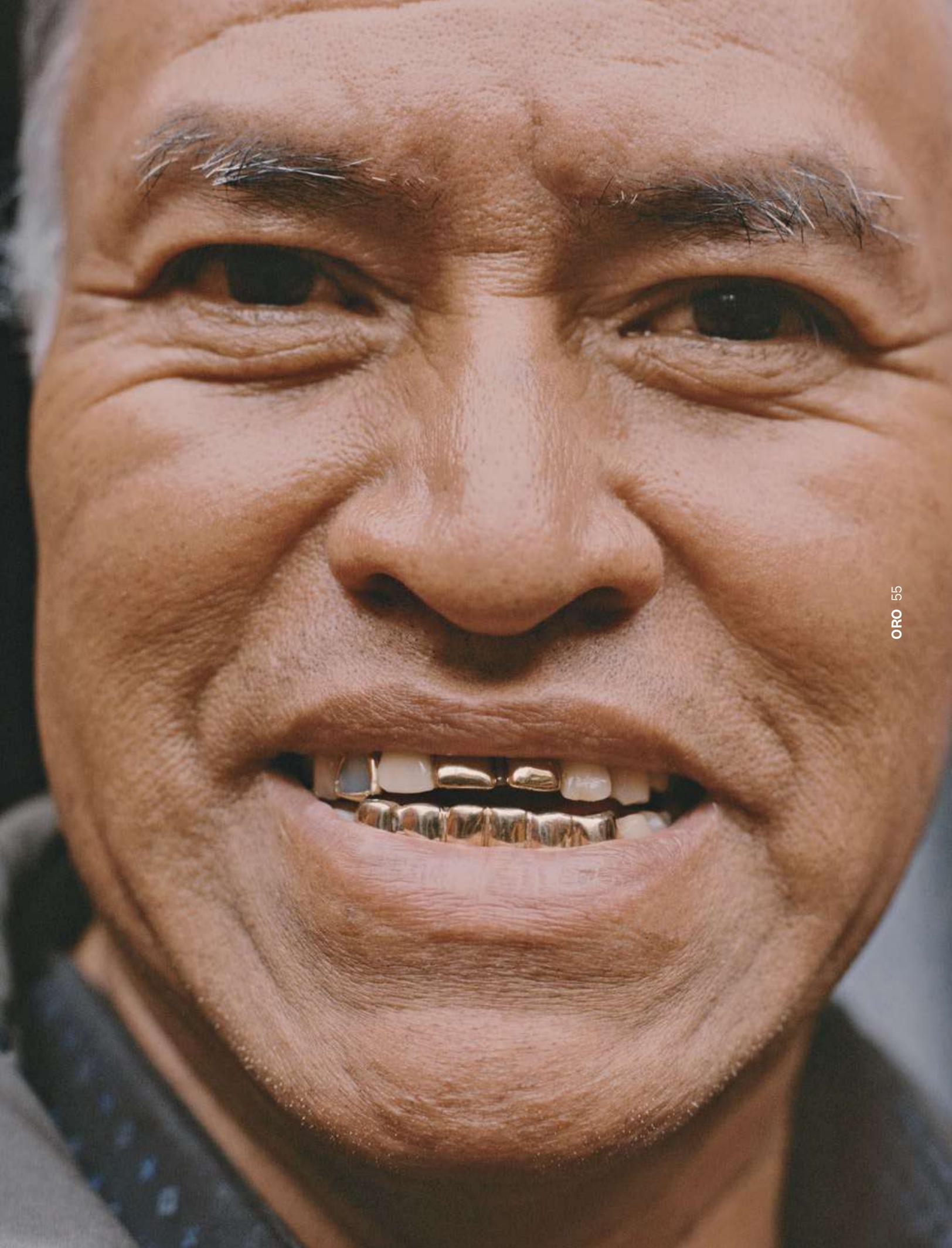
Aquí el oro llega en suspiros.



A unas tres cuadras del local de David, en otro edificio comercial de San Victorino de techos más altos, está el local de Jairo*, un joyero que ha dedicado casi cuarenta de sus cincuenta y ocho años a fabricar y reparar joyas. Lo que más pasa por sus manos son anillos, cadenas y pulseras de plata, además de un brazaletes en «cover gold» y una cadena de oro blanco. Todas son piezas para arreglar, o para volver más anchas o más cortas. El oro amarillo solo aparece en trazos tímidos de anillos de plata con circones, un mineral que se utiliza como gema. Era al revés en la década de los ochenta, cuando Jairo se inició en el oficio en Fontibón por un primo joyero: lo que más se movía era el oro.

—Hoy en día se trabaja la plata por el tema de seguridad, porque la gente la puede usar. En cambio el oro se lo roban. En esa época la gente usaba aretes, cadenas, dijes, cosas en oro y era normal, común. Ahorita no. Se usan muchas imitaciones; propiamente oro, no.





Notó el cambio a finales de los noventa, cuando volvió a la joyería después de una incursión como carpintero que lo hizo perder plata. En 1998 arrendó un local en el centro, donde se dio a conocer junto a la promesa de que las joyas se podían arreglar. Además de las condiciones de seguridad, atribuye el cambio del oro por la plata a una crisis «brava» que, dice, empezó por esa época y que atribuye a la falta de oportunidades, a una seguidilla de gobiernos ladrones y al TLC firmado en el Gobierno de Uribe.

—El negocio de la joyería se puso malísimo porque todo llegaba hecho. Aún llega mucha cosa hecha. Pero entonces sigue lo de restaurar las joyas, que eso sí creo que nunca lo podrán reemplazar. Es algo muy artesanal, ya es genialidad de uno. Y la gente paga por arreglar sus cosas. Para la muestra un botón.

—¿Cuánto cobra por soldar esa cadena de oro?

—Veinte mil.

—¿Y esta? —le señalo una cadena delgada de plata reventada que unió hace unos minutos.

—Esa se le cobra por ahí cinco mil, no tuvo mucho trabajo. Esto también se le cobra cinco mil pesitos porque se le abre un hueco, se le mete una argolla y ya —dice enseñándome una pulsera en «cover gold». Y así mantiene uno todo el día.

Es un ritmo de trabajo intenso, cada quince minutos lo llama un cliente desde el mostrador preguntándole por un encargo, ofreciéndole joyas o encomendándole varias piezas para reparar traídas de joyerías de otras zonas de la ciudad. Su esposa María* atiende a los clientes que preguntan por lo que se exhibe en el mostrador: joyas restauradas, muchas compradas para revender, y otras pocas fabricadas por Jairo. Las únicas que tiene disponibles ahora las hizo en pandemia porque, según él, no había nada más que hacer. En tiempos normales el trabajo de reparación no da espacio para algo más. Lo cuenta sin despegar los ojos de la piedra pómez en la que suelda la joya de turno. En las manos mantiene el pulso fino que demandan las soldaduras diminutas, sin que lo perturbe el movimiento constante de su pie izquierdo sobre el pedal que le inyecta oxígeno al tanque de gasolina y gas que nutre la llama del soplete. Desde el fondo del local, el joyero pregunta detalles de lo que le piden en el mostrador y negocia con quienes le regatean sin apartar la mirada de su labor. Solo se levanta del mueble de madera en el que trabaja para tres cosas: revisar lo que no puede cotizar sin ver, sumergir y cepillar las joyas en las aguas y sales que mantiene en recipientes de plástico en el piso del local o para recibir las visitas más emocionantes: las de los esmeralderos.

—¡Uy, Ricardo*!

—Bonita, ¿no? —le responde Ricardo, uno de los pocos visitantes que Jairo deja cruzar la barrera del mostrador.

—Mire, esto es una esmeralda —me dice Jairo mientras me revela una piedra tallada en forma de lágrima de centímetro y medio, acunada en un papel grueso. La emoción de ambos es tangible y contagiosa, y crece con una mirada al verde profundo y sobrecogedor de la gema.

—¿Y eso cuánto cuesta?

—Están dando veintiún millones, toca venderla en más —me responde Ricardo. Entre los dos me enseñan las imperfecciones de la esmeralda, unas sombras blanquecinas internas que yo apenas distingo y que llaman de distintas formas: «inclusiones», «unos espejitos», «como nubecitas», «gacitas», «esa lluviecita». Una esmeralda de esas pura-pura, sin daños de esos, vale por ahí cien millones, y hasta más.

Cuando llegan esmeraldas al local de Jairo el volumen de las voces baja y los cuerpos se acercan como protegiendo la piedra de miradas externas. La emoción se contiene como un secreto jugoso que se comparte solo con los de confianza.

Más tarde Jairo me contará que con Ricardo se conoce hace muchos años, que es un tallador de esmeraldas que trabaja directamente con los mineros que sacan las piedras que luego él esculpe y su patrón exporta en lotes que pueden sumar unos cinco mil millones de pesos. A ellos les fabrica joyas en oro y plata para incrustar algunas. Que el tema de las esmeraldas es de lo que más da plata y que también es delicado, dirá, porque no se puede andar mostrando a todo el mundo: «lo matan a uno por cualquier cosa, ¿cómo será por una piedra de esas?».

Antes de irse con la esmeralda empacada, Ricardo anuncia que vuelve más tarde para mirar lo del encargo y que adelanta trescientos mil pesos de una vez. Jairo, de nuevo con la mirada sobre las joyas y las herramientas, me cuenta que el encargo son unos aretes de oro con pequeñas esmeraldas. Cuando el ritmo de los pedidos baja y el local se vacía, el joyero limpia y despeja los cajones sobre los que trabaja, busca una llave, abre compartimientos contiguos a la caja de seguridad en la otra esquina del local y saca los aretes en proceso: una placa curva dorada con una canaleta en la mitad para unas esmeraldas de un milímetro de grosor. En un minuto me explica lo que aún le falta por soldar y los vuelve a guardar.

En San Victorino el oro circula custodiado por manos desconfiadas y ojos vigilantes. Es esquivo y tímido, aunque a menudo gusta de la compañía de una esmeralda.



Solo el 1 % del oro extraído se queda en Colombia. Según cifras de la Unidad de Planeación Minero Energética (UPME), en el país se consumen apenas unos quinientos kilos frente a las cincuenta toneladas de oro que en promedio se exportan al año (sin contar los kilos que se comercian de forma ilegal y que no dejan

huella). Acá el oro se busca, se explota, se comercia, se intermedia y se exporta, pero no se usa, a pesar de que la joyería es la industria a la que mayoritariamente se destina el metal. El 50 % del oro en el mundo termina convertido en joya, aunque la cifra solía ser mayor, dice el World Gold Council, una organización compuesta por treinta y dos de las compañías mineras de oro más grandes del mundo y entre las que están varias de las que se han instalado en Colombia, principalmente en Antioquia, con sus nacionalidades y nombres extranjeros: AngloGold Ashanti (Sudáfrica), Newmont Corporation (EE. UU.), Iamgold Corporation (Canadá) y Zijin Mining Group Company Limited (China). La ruta del oro en Colombia empieza en gran medida bajo dominio extranjero y termina sobre todo en manos extranjeras.

Para David y Jairo, la razón de la escasez del oro en el comercio popular es sencilla: el oro está caro y la gente no tiene plata.

El precio del gramo de oro fluctúa a diario. A finales de julio de 2024 está en unos trescientos mil pesos de acuerdo al Departamento Técnico Industrial de la Subgerencia Industrial y de Tesorería del Banco de la República (usualmente el precio de venta son unos quince mil pesos más que el precio de compra). David cuenta que cuando ha tenido contacto con él ha sido en joyerías de clientes que tienen infraestructuras especiales para protegerlo, que eso es muy difícil de manejar, y que no es un negocio que le interese.

—Colombia es un país de gente *shiaoshí*. En el comercio decimos que Colombia es un país chichipato que no paga caro. Entonces uno se ve obligado

a que si los clientes, que son los que lo sostienen a uno, no pagan caro, pues toca ir a buscar barato para que me paguen lo que necesito. Es lo que uno como comerciante sabe hacer.

Jairo dice que trata de comprar el gramo de oro de dieciocho quilates a doscientos mil para poder ganarle: a medida que suben los quilates también sube el precio. Se lo compra sobre todo a personas que venden sus joyas, dice. También van a ofrecerle oro robado, pero dice que de ese no compra. A pesar de lo dura que está la situación, en este local le ha ido bien:

—Haber llegado acá fue lo mejor. Es que la parte de taller acá no se maneja, no lo hacen en esta zona comercial. En otros lados sí, arriba en la 12, en la 6.

Se refiere a las joyerías de La Candelaria sobre la carrera 6 y la calle 12, un sector donde las vitrinas son más gruesas y las puertas más espesas, un punto intermedio en el corredor entre el Museo del Oro y la Plaza de Bolívar sobre el que abundan extranjeros.

—¿Y por allá arriba también trabajan acero, bronce, todos esos metales?

—No, allá más que todo trabajan plata y oro, hay joyerías que no se comprometen a hacer eso. Yo sí arreglo de todo porque igual representa un ingreso. No se puede dejar ir la plata. Si a mí me pagan cinco mil pesos por arreglar un pedazo de cobre, pues yo lo arreglo.

En estas calles comerciales el oro no se exhibe, más bien se oculta bajo la gruesa capa de acero, bronce y cobre que lo camufla. El oro en Colombia se guarda, se atesora y se luce poco. Lleva la marca del peligro y es un lujo que solo portan quienes pueden protegerlo.

* Los nombres de esta crónica han sido cambiados por solicitud de las fuentes.

p. 54 Sarita, de casi ochenta años de edad, comenzó a usar oro en su boca hace más de tres décadas. Sus complejos *grillz* (joyas dentales), adornados con corazones y piedras de colores, resaltan la importancia de la estética en las Tierras Altas. Captar a la generación anterior, como Sarita, es vital. Ellos escribieron las reglas que ahora son desafiadas por una nueva generación influenciada por la tecnología y el contenido global. Chichicastenango, Guatemala, 2021. Foto de Juan Brenner.

p. 55 Durante la Colonia, los españoles extrajeron grandes cantidades de oro de América. Se estima que se llevaron alrededor de ciento ochenta toneladas de entre 1500 y 1650. En las Tierras Altas el uso del metal ha evolucionado significativamente desde la segunda mitad del siglo xx. Esta evolución comenzó como un procedimiento dental que se transformó en *bling*, lo que refleja las condiciones económicas cambiantes. Los mayas comenzaron a adornar sus bocas con caracoles, jade y hueso hace más de dos mil años. Hoy, esta influencia viene más del hip hop, el reggaetón y la cultura urbana que de una conciencia de las prácticas históricas. Este cambio resalta la naturaleza dinámica de lo cultural. Chichicastenango, Guatemala, 2021. Foto de Juan Brenner.

Acá el oro se busca, se explota, se comercia, se intermedia y se exporta, pero no se usa, a pesar de que la joyería es la industria a la que mayoritariamente se destina el metal. El 50 % del oro en el mundo termina convertido en joya, aunque la cifra solía ser mayor, dice el World Gold Council [...]. La ruta del oro en Colombia empieza y termina sobre todo en manos extranjeras.

El alma de los objetos

¿Qué significado tiene para Colombia el naufragio del galeón San José? ¿Qué luces puede arrojar su estudio? ¿Qué importa más, el valor monetario de los objetos que descansan en el lecho marino o su carga simbólica? GACETA presenta una conversación para imaginar un futuro distinto sobre los objetos del pasado. Una forma de cambiar la narrativa de la riqueza material por la comprensión de nuestro patrimonio.

Simón Posada: El tema del galeón San José tiene cuatro palabras prohibidas: tesoro, propiedad, extracción e intervención. ¿Por qué?

Alhena Caicedo: Porque no definen lo que vamos a hacer. No hablamos de un tesoro, no vamos a hacer ninguna extracción, ni estamos hablando de un tema de propiedad, aunque está involucrada. Queremos cambiar nuestra aproximación y plantear otros ángulos a la ciudadanía.

Contraalmirante Hermann León: Es un lenguaje nuevo el que se propone sobre lo que puede representar para la historia el galeón, que va más allá de una propiedad en disputa. Esta es una misión científica y cultural al corazón del galeón San José: estamos encontrando su espíritu. El cuento del tesoro quedó atrás, ahora se trata del alma de los objetos, de la información, del conocimiento. Además, hay algo incontestable: es de todos los colombianos y de las futuras generaciones.

El proyecto tiene cuatro fases: la caracterización, la recolección superficial, la documentación y seguimiento de evidencias arqueológicas, y el inicio de un protocolo de conservación preventiva. ¿Podemos hablar de esas fases?

AC: La primera fase, como con cualquier yacimiento arqueológico, es un diagnóstico para saber en qué condiciones está, si ha habido alguna intervención o qué cambios ha tenido durante estos trescientos años. Con esa información podemos tomar decisiones sobre qué habría que hacer de cara a las preguntas de la investigación científica. Eso incluye responder algo que se da por hecho y es si efectivamente este es el galeón San José. Para saberlo tenemos que recurrir a muchas fuentes y una de ellas puede ser, por ejemplo, sacar algún objeto y tomar una muestra para saber cómo se comporta en relación con la atmósfera. Eso nos permite saber si las cosas se desbaratan y si tendríamos que tener un protocolo específico de conservación, si queremos tener una pieza de muestra aquí arriba de lo que el galeón es allá abajo. Esa es una última fase que tendrá que hacerse con investigación. Hasta que no sepamos cómo se comportan las cosas en el trópico y en la atmósfera, no vamos a poder tener ninguna garantía.

Contraalmirante, ¿dónde estaba usted en 2015 cuando se hizo este primer hallazgo? ¿Cómo fue ese día?

CHL: En 2015 propusimos una expedición conjunta con el Estado,

el Ministerio de Cultura, la Armada Nacional y la Dirección General Marítima (Dimar). Yo era el jefe de proyecto. Ese día fue maravilloso. Al galeón San José lo llamaban el santo grial de la arqueología moderna. Mi labor era organizar la seguridad de la operación. Desde tierra ordenaba y mandaba los equipos de la Armada a hacer vigilancia, control y monitoreo exhaustivos. El gobierno nos permitió traer a una empresa estadounidense, la Woods Hole Oceanographic Institution, que tenía los mejores equipos en ese momento, y con ella hicimos el hallazgo.

La exploración oceánica es como la exploración lunar y ese ha sido mi trabajo desde hace quince años.

En 2022 pusimos un radar permanente atendiendo el sitio y patrullamos con buques, aeronaves, submarinos y con nuestros guardacostas. Con Alhena pudimos visitar el lugar en varias oportunidades y percatarnos del estado en el cual se encuentra.

¿Han hecho nuevas tomas de imágenes o inmersiones?

AC: El proyecto arrancó en mayo. Tuvimos la primera campaña en el sitio y fue de carácter no intrusivo. Queríamos mirar de nuevo la situación actual del yacimiento. Con un ROV [Remotely Operated Vehicle] observamos el estado de las cosas y monitoreamos la información que teníamos de 2022 para saber qué había pasado desde entonces, y avanzamos en esta primera fase de diagnóstico y comprensión de lo que es el yacimiento.

¿En qué condiciones está?

AC: Las condiciones son ideales. No ha sucedido ninguna intrusión humana. Nadie ha tocado el galeón. Se han dado cambios, evidentemente, porque es un contexto donde hay dinamismo, fauna y movimientos de sedimento, y los objetos se mueven. Pero pudimos

hacer monitoreos y reconocer algunas transformaciones y anomalías, pues el radar puede detectar que hay algo que se ve distinto. Las anomalías se clasifican entre muy importantes, medianamente importantes y no tan importantes, así se determina la prioridad para analizarlas, previendo que pudiéramos encontrar nuevos objetos o evidencias.

CHL: Después se manda al robot, se toman fotografías, se hace un análisis, se elabora una hipótesis. Una anomalía también puede ser geomorfológica, como un volcán submarino en la plataforma continental de Colombia o una pieza en un yacimiento arqueológico. Son hallazgos para la ciencia, es lo bonito de este gran proceso, transformar el conocimiento que existe hasta ahora en esa área arqueológica protegida y que seamos los pioneros.

Si alguien intentara extraer algo a seiscientos metros de profundidad, necesitaría equipo especializado. Sin embargo, hubo una denuncia en enero de 2021 que ya fue trasladada a la Fiscalía por un presunto saqueo en el galeón San José. ¿Fue así?

AC: Se han presentado muchas denuncias. Habría que ver qué acceso tienen a la información quienes denuncian. Los monitoreos de la Dimar y la Armada de Colombia han ratificado que no se han presentado intrusiones. El sitio cambia, las corrientes marinas mueven las cosas, pero eso no es evidencia de que alguien haya metido la mano. Porque, como bien dices, para que alguien hiciera eso necesitaría equipos de alto nivel.

¿Con qué instituciones nacionales o extranjeras tienen alianzas?

CHL: En este momento solo trabajamos con la capacidad del Estado e ingenieros colombianos. La Armada Nacional trabaja en

líneas de investigación robótica: conectamos el robot desde seiscientos metros de profundidad con el buque, el buque con el satélite, y los alineamos perfectamente peleando contra el viento y las olas. A su vez, el ICANH [Instituto Colombiano de Antropología e Historia] trabaja con sus investigadores, porque el robot puede tomar la pieza, pero el que sabe de qué se trata es el historiador y el que conoce su manejo es el conservador. Así creamos un tipo de conocimiento por el que podríamos ser una potencia mundial en arqueología.

¿Qué datos se podrían revelar?

AC: Actualmente estamos analizando la información surgida del último levantamiento para saber qué anomalías son importantes. Hicimos un barrido amplio e identificamos cosas nuevas que siguen siendo hipótesis. Es presumible que hayamos encontrado objetos no identificados antes, como anclas. Todavía es apresurado sacar conclusiones, pero tenemos avances.

Se sabe que hay porcelana china y, al parecer, oro. ¿Qué otros objetos hay allí?

AC: Se han encontrado muchos tipos de materiales, metales como hierro, oro, también indicios de cerámica, botijas, porcelana, vidrio.

CHL: Elementos interesantes de madera que no habíamos encontrado antes. Es que un buque de guerra es un pedazo de la humanidad contenida en un espacio de cuarenta y cinco metros que refleja cómo vivían los hombres, qué comían, cómo se construía un barco, cómo peleaban, qué cañones usaban...

El galeón San José cubría una ruta de la globalización temprana que conectó a América con el resto del mundo en los siglos XVII y XVIII.

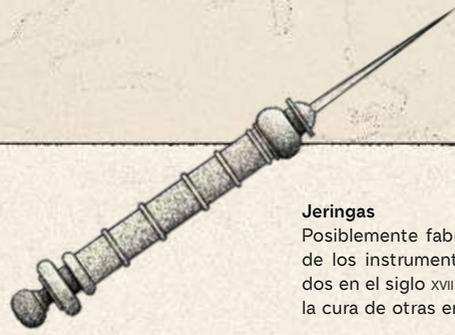
El San José era la nave capitana de la Flota de Tierra Firme, que tenía alrededor de diecisiete naves. La ruta partía de Cádiz y pasaba por los puertos de Cartagena y Portobelo. Si bien de manera oficial esta flota transportaba bienes, información y personas entre la península ibérica y Suramérica, objetos encontrados en el yacimiento del galeón nos dan indicios de contrabando y diferentes comercios sostenidos en otras latitudes.

A la llegada del San José y la Flota de Tierra Firme a Portobelo en 1708 se realizó una espectacular feria comercial en la que se intercambiaron bienes provenientes del Perú y de diversos puntos del Caribe centroamericano y suramericano. Luego de la feria, el galeón y su flota planeaban volver a Cartagena, para de ahí salir a La Habana, donde se unirían a la flota Nueva España para partir nuevamente hacia Europa.

La ruta del San José se cruzaba con rutas transpacíficas, que conectaban los puertos del Perú con China y Filipinas. A bordo de embarcaciones francesas —aliadas entonces de la monarquía hispánica— existía un animado comercio por el Pacífico entre Asia y América que inundó el mercado peruano de bienes chinos.

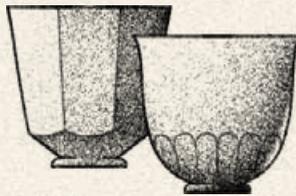
Comerciantes limeños con mercancía del Perú y Asia llegaron a la feria de Portobelo de 1708 para hacer intercambios con la Flota de Tierra Firme.

Objetos encontrados en el galeón



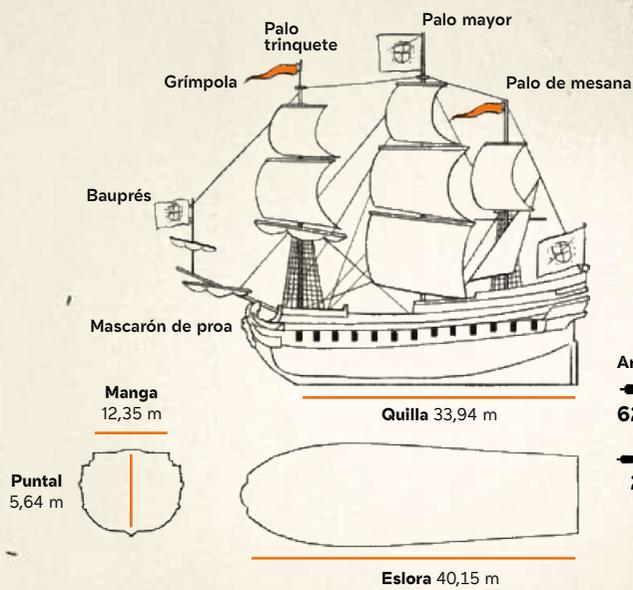
Jeringas

Posiblemente fabricadas en peltre, eran uno de los instrumentos de sanidad más utilizados en el siglo XVII y XVIII para el lavado rectal y la cura de otras enfermedades.



Porcelanas

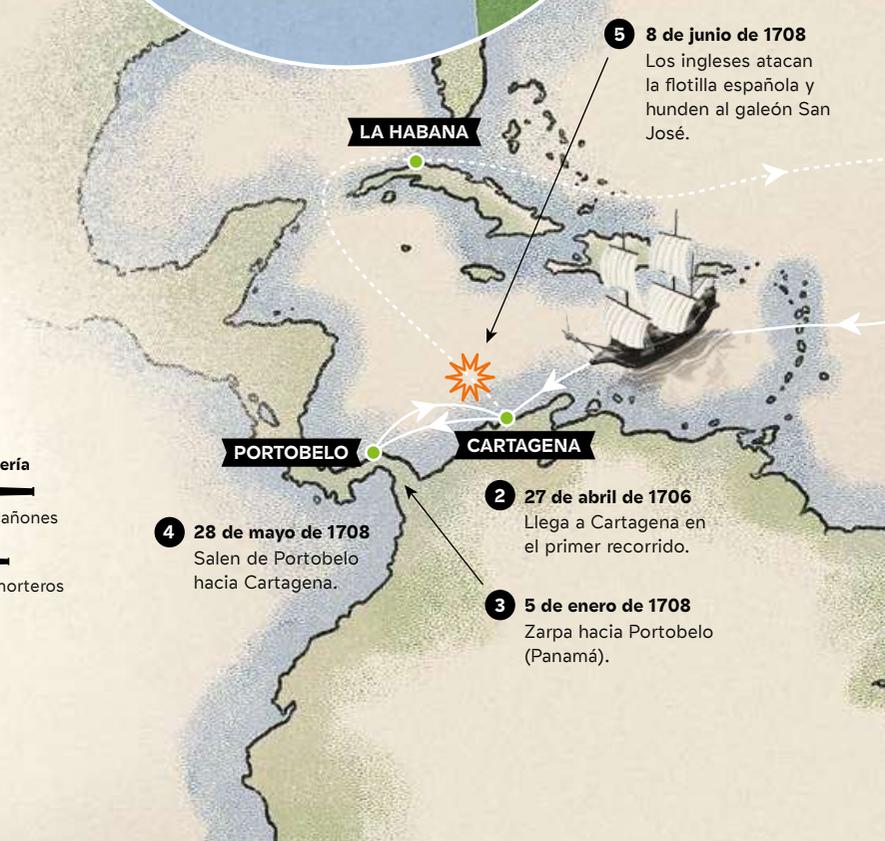
Esta muestra hace parte de un tipo estándar de porcelana desarrollada en el periodo de Kangxi (1662-1722) de la dinastía Qing (1644-1912). Este periodo coincide con el aumento de demanda de porcelana de exportación. Durante la Colonia, la gente con dinero que vivía en las ciudades emergentes utilizaba las porcelanas chinas como artículos de lujo.

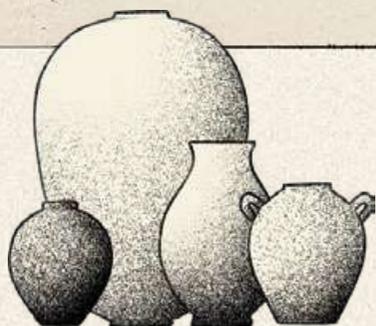


Artillería
62 cañones
2 morteros

Tonelaje: 1200 T
Cubiertas: 3
Constructor: Pedro de Aróstegui

Propulsión: Velas
Operador: Real Armada Española
Iniciado: 1697





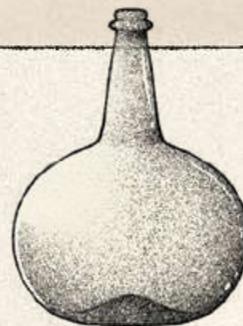
Botijas y tinajas

Recipientes de tradición española, descendientes de las ánforas romanas, cuyo fin prioritario fue servir como contenedores de productos varios (líquidos y sólidos) que se mantenían almacenados tanto en ambientes domésticos como durante la navegación transatlántica.



Macuquinas

Las monedas son uno de los pocos artefactos que aportan cronologías precisas para su clasificación. Acuñadas manualmente, su función principal era proveer el medio circulante metálico, debidamente reglamentado para el comercio, uso interno y para ser enviado hacia la península ibérica.



Botellas en forma de cebolla

Fabricadas en vidrio soplado a mano, se utilizaban a bordo para contener vino o brandy, o también como contenedores de otros líquidos. Posiblemente provenientes de Inglaterra, su diseño de fondo ancho les permitía permanecer estables dentro de una embarcación.

De Cartagena a Portobelo

El San José arribó a Cartagena con una parte de la armada el 27 de abril de 1706. Después de casi dos años, el 5 de enero de 1708, zarpó hacia Portobelo, donde se le cargó la mitad de una remesa oficial recolectada por el virrey del Perú, además de varios pasajeros.

1

10 de marzo de 1706

La flotilla española sale de Cádiz.

6

Ruta final

El galeón se dirigía a La Habana y luego a Cádiz cumpliendo la «carrera de las islas».

Otros contenidos del cargamento

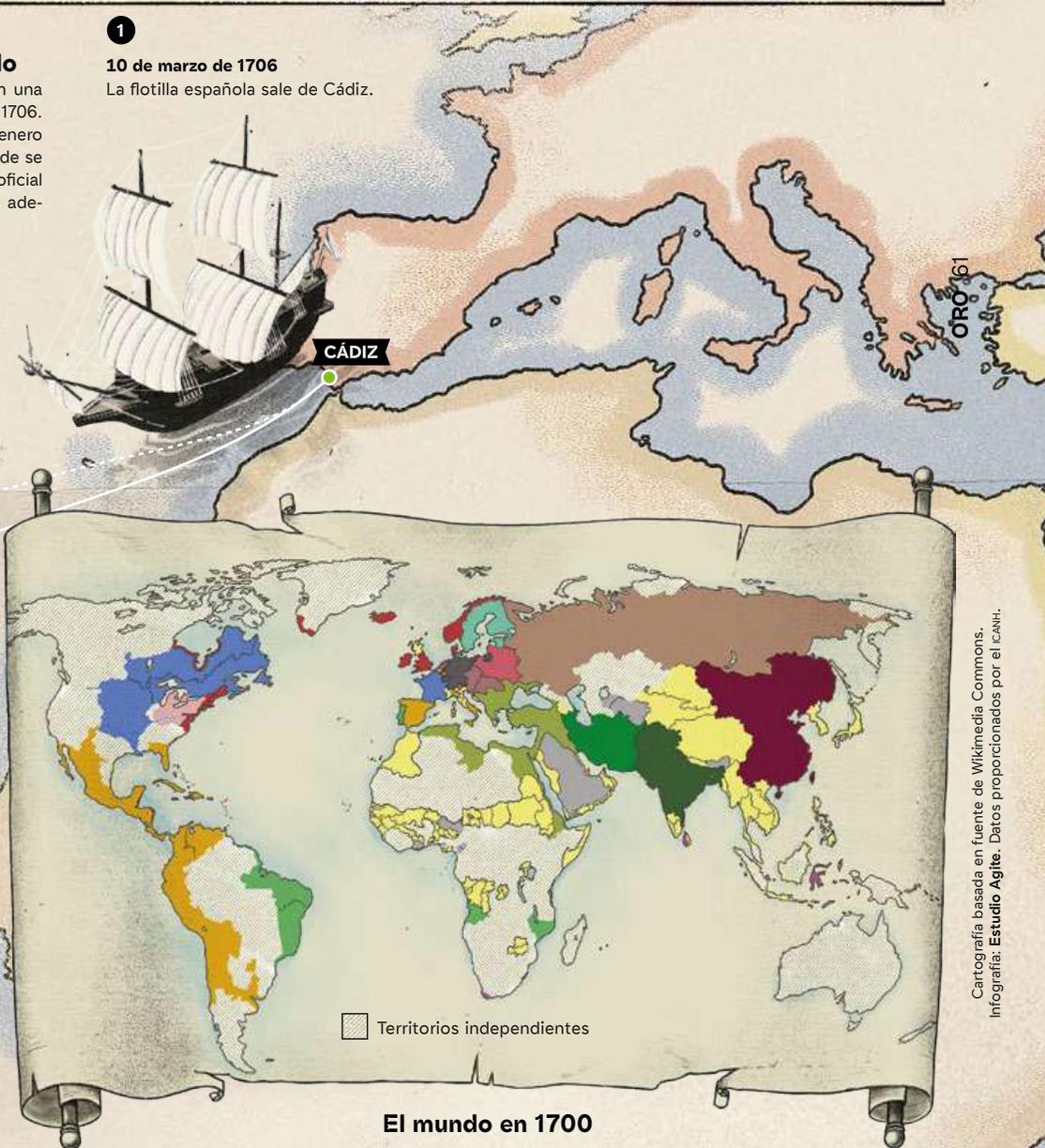
 Telas

 Piedras preciosas

 Especies

 Monedas

Miles de monedas de oro y plata, cada una de veintisiete gramos (oro proveniente del virreinato de la Nueva Granada y plata del Perú).



El mundo en 1700

- | | | | | |
|----------|------------------|---------------|---------------|--|
| España | Inglaterra | Imperio mogol | Dinastía Qing | Países Bajos |
| Portugal | Imperio otomano | Austria | Suecia | Iroqueses |
| Francia | Imperio safávida | Rusia | Polonia | Califatos y pequeñas entidades políticas |

¿Qué se puede aprender de este lugar?

AC: El galeón conecta el final del siglo XVII con el inicio del XVIII. Estas eran embarcaciones de guerra y comerciales con un tipo de arquitectura naval que dejó de hacerse. Es parte de la historia colonial. Sin duda alguna nos va a revelar una cantidad de secretos sobre el

que estaba siendo contrabandeada es el análisis arqueológico, que nos puede decir qué más había en el galeón además de la carga oficial. Eso también implica conocer las facetas oscuras de la Colonia.

¿Hay restos humanos?

AC: No, por el tiempo que ha pasado es muy poco probable.

cuando se come toda la materia orgánica, la madera, los cabos, las velas, la comida...

Es decir que es un milagro que tras trescientos años todavía haya madera.

CHL: Claro. Es el proceso de sucesión biológica lo que explica, por ejemplo, que hayamos encontrado el sitio lleno de conchas marinas. Los bivalvos se fijan a la madera, se alimentan, y cuando se acaba la materia orgánica mueren y quedan los vestigios de conchas. Ese es un gran hallazgo que se corroboró en otros lados del mundo. Ahora hay peces, cangrejos y algunos animales para los que el sitio es un refugio. Los biólogos les decían «guardianes de cañones» a unos peces que están siempre alrededor de los cañones, como buscando protección.

¿Cómo se están manejando las expectativas de otros países en términos legales?

AC: Las nociones de tesoro y de propiedad generan disputas. Para Colombia esto es un patrimonio cultural y arqueológico, que tiene una faceta de propiedad, pero del que nos interesa más su faceta simbólica, para quién es significativo esto y no a quién le pertenece. Esto significa reconocer el galeón como un patrimonio que habla de una historia común.

No es solamente la historia de quienes hoy somos colombianos y colombianas, sino la historia de mucha gente que hizo posible que el galeón fuera lo que fue. Ese reconocimiento simbólico es también contar el lado de la historia que generalmente se oculta, la pluralidad de aristas, de gente y de voces que no se habían tenido en cuenta en la historia del galeón. Por eso es interesante que los compañeros de Bolivia digan qué les interesa, al igual que España, pues todo tiene que ser visible. Pero tenemos un reto grande y es que si seguimos



Simón Posada, autor de *La tierra de los tesoros tristes*. Fotos de Juan Carlos Zapata.

momento; nos puede contar cómo era ese comercio interoceánico, el tipo de mercancías que se transportaban de un lado al otro.

¿Por qué hay porcelana china?

AC: Lo interesante es que la porcelana china no aparece en los archivos oficiales, es decir, era contrabando. La única manera de saber

CHL: La hipótesis es que, en un ambiente oligotrófico (entornos con tan bajos niveles de nutrientes que no ofrecen lo necesario para sostener la vida), un naufragio se convierte en un gran suministro para las especies, que crean un ecosistema nuevo. Ese naufragio se transforma, por lo general, en un arrecife artificial que desaparece tras unos cincuenta años,

pensando en términos solamente de la propiedad, nunca vamos a entender lo que significa lo común.

¿Cómo lo entienden los bolivianos y los españoles?

AC: Se ha planteado cambiar los términos históricos de la conversación. Durante mucho tiempo nuestra relación con España fue desigual. Pero en pleno siglo XXI podemos mirarnos a los ojos, reconocernos como repúblicas independientes y abrir la conversación para pensar qué significa un patrimonio compartido.

Lo mismo con la gente de Bolivia o con cualquier otro pueblo indígena que se sienta interpelado por el galeón San José. Parte de lo que queremos que nos enseñe el galeón es reivindicar la diversidad de voces que están detrás de esta historia.

¿Cómo sería posible que todos gozaran de ese patrimonio compartido?

AC: Reconociendo el valor simbólico del patrimonio para que múltiples voces puedan hablar y reivindicarse como parte de él o reivindicar ese patrimonio como parte de sí. Es cuestión de voluntad, no un problema de propiedad.

No estamos hablando de si a este le corresponde un pedazo de propiedad y a este otro no, queremos pensar el patrimonio más allá de los lugares comunes.

CHL: La propiedad se convierte en un elemento que nos separa, porque es tuyo o es mío, y eso no permite construir.

Colombia es signataria de las principales convenciones de patrimonio cultural y natural de la humanidad, por eso proponemos encontrar puntos de unión en los que, de igual a igual, nos encontremos en este galeón que es parte de la historia de América y de la humanidad.



Alhena Caicedo, directora del Instituto Colombiano de Antropología e Historia - ICANH.

Colombia no está suscrita a la Unesco. ¿Qué papel cumple esta organización si nuestro país no está obligado a respetar la soberanía española del galeón?

AC: Lo que establece la Unesco sobre la gestión general del patrimonio arqueológico es muy similar a la importancia que tiene para nosotros la conservación del patrimonio, así que nos alineamos en términos técnicos con la

institución. Y si Colombia no ha firmado la convención con la Unesco es debido a lo que considera el derecho de bandera, es decir, que quienes firman aceptan el hecho de que un barco es de propiedad de la bandera que tenía. Tenemos un criterio distinto. Para nosotros lo que era España en el siglo XVII ahora es Colombia; por tanto, Colombia tiene también soberanía sobre ese espacio.

La porcelana china no aparece en los archivos oficiales, es decir, era contrabando. La única manera de saber que estaba siendo contrabandeadada es el análisis arqueológico, que nos puede decir qué más había en el galeón además de la carga oficial. Eso también implica conocer las facetas oscuras de la Colonia. Alhena Caicedo

En esta fase preliminar, ¿sería descabellado pensar en un museo?

AC: Un museo es la mejor manera de mostrar los alcances de la investigación que hemos hecho. Ahora, ¿qué museo? ¿Cómo? ¿Dónde? Son preguntas que tendremos que responder con el tiempo. La museología da alternativas maravillosas para acceder a lo que se encuentra en el yacimiento, pero también

No es entonces sacar unos objetos y ponerlos en una vitrina, pues hay muchas otras maneras de hacer un museo...

AC: Sin duda. La tecnología será una herramienta fundamental. Aunque también la parte material es importante, pero está supeditada a las pistas que la investigación científica nos dé sobre cómo nos relacionamos y conservamos esa

Necesitamos evidencia científica para saber si es posible conservar en un laboratorio de Cartagena una pieza de hace trescientos años. Pero la ciencia nos permite hacer recreaciones a nivel sensorial con imágenes, videos y figuras del espectro electromagnético que pueden recrear ambientes para niños, profesionales o especialistas. Así que ya tenemos disponible nuestro primer museo virtual del proyecto y un libro que contiene todo. Aquí todo es público, no estamos ocultando absolutamente nada.

¿Y la investigación puede revelar que las piezas se conservan mejor allá abajo y que no vamos a tener ni un gramo de oro fuera del mar?

AC: Es posible.

Toda exploración arqueológica tiene unas preguntas y unas hipótesis. ¿Cuáles son en este caso?

AC: Depende de cómo avance la investigación. Estamos en la primera etapa del diagnóstico. Fue un gran avance que en 2015 hayamos encontrado el sitio en la inmensidad del mar Caribe. Ahora empezaremos a explorar qué sabemos. Uno de los objetivos de esta campaña era encontrar cómo se conformó este yacimiento. Los relatos dicen que al parecer hubo una explosión. Es una hipótesis de por qué se hundió el galeón. Pero eso lo tenemos que comprobar con la evidencia arqueológica, con la manera como el barco se hundió, con los pesos y la distancia que hay entre un sitio y el posible lugar donde decantó. Sabemos dónde está la mayor parte del barco, pero la otra parte de pronto se desbarató y está por ahí cerca.

¿Hay más detalles?

CHL: La hipótesis de la explosión tiene como base los relatos que se encontraron en Inglaterra y Cartagena. El Imperio británico



Contraalmirante Hermann León, jefe de la Jefatura de Intereses Marítimos y Fluviales de la Armada de Colombia.

para entender la riqueza múltiple de ese patrimonio, para explorar las respuestas a las múltiples preguntas sobre el galeón. Es un reto para la imaginación saber qué es lo que queremos que se dé a conocer y qué es lo que nos importa valorar para que la ciudadanía se lo apropie y sienta que el galeón es colombiano.

materialidad por las condiciones en las que está.

Sin saber cómo se comportan los objetos fuera del mar, ¿hay garantías para extraerlos?

CHL: Tenemos que estar seguros de poder conservar las piezas y su información arqueológica.

quería estrangular al Imperio español, tal vez el más grande en el mundo con sus colonias en Filipinas, Baja California, Nuevo México, la Florida, Centroamérica y todo el sur hasta Chile. El Imperio español llevaba trescientos años dominando el mar, los barcos eran el símbolo del poder, pues no hay imperio sin una flota. Así que el Imperio británico organizó una red de espionaje en Jamaica, en Panamá e, incluso, en Cartagena para enterarse de lo que pasaba en América. Enfrentaron a la flota y se desató una batalla. En Inglaterra se le hace un juicio a ese espía y en Cartagena se hace una investigación con los once sobrevivientes del galeón. Los dos relatos dan pistas del instante y el lugar en el que sucedió la batalla y mencionan que en un momento del combate hubo una explosión tan fuerte que el fuego alcanzó a un barco ubicado a cien metros de otro, un buque de sesenta y cuatro cañones, imagínese la cantidad de pólvora y munición. La proa explota y se hunde en menos de lo que se reza un credo. Los únicos que sobreviven son once tripulantes, entre cerca de seiscientos, que estaban arriba, en los mástiles, y caen al mar.

Esta tragedia es curiosa en la historia porque fue una derrota para España y para Inglaterra y ambos imperios trataron de olvidar el asunto. Nadie ganó y por eso quedó oculta la información.

Entonces pudo suceder cualquier cosa...

CHL: Sí. Lo bonito del proyecto es que encontramos tres cuartas partes del buque intactas. Ahora es un pecio, partes de un naufragio, pero el buque mantiene sus estructuras de cuando cayó en el fondo del mar, los cañones están en las posiciones originales de sus cureñas, la proa está perdida, lo que puede explicarse con la explosión que habría ocasionado un hundimiento muy rápido. Nosotros hemos hecho ejercicios navales de hundimiento

de barcos, de un misil contra una estructura, y claro que se hunde rápidamente por la explosión de un torpedo. ¡Imagínense el tamaño de la explosión! ¡No fue un accidente menor!

¿Cuáles son los riesgos a los que se expone en este momento el yacimiento arqueológico?

CHL: Hay riesgos originados por el hombre y riesgos naturales. El objetivo de este año es clasificarlos y presentar la información a quienes toman las decisiones. El principal que nos afecta desde el punto de vista humano es el saqueo. Lastimosamente la ambición humana es un gran peligro para todos los yacimientos arqueológicos del mundo: existe tráfico de bienes de patrimonio cultural y la ambición de sacar el oro y la plata. Hay otros accidentes que pueden ocurrir si no controlamos el área ya que no es imposible que un pesquero de arrastre pueda destruir un yacimiento.

¿A seiscientos metros un pesquero puede hacer eso?

CHL: Es posible. También por la industria petrolera o el tendido de una tubería o un cable submarinos para los que se necesite escarbar el fondo del mar. Por eso hicimos el área arqueológica, para controlar esos riesgos.

¿Y fenómenos meteorológicos como un tornado o un huracán?

CHL: El huracán Iota nos descubrió una cantidad de sitios en San Andrés que no conocíamos. Aparecieron cañones, barcos, anclas, porque la fuerza del mar es tan potente que afecta las aguas

someras o muy bajitas. En seiscientos metros no. La amenaza natural son los deslizamientos submarinos, geológicos, desprendimientos de la plataforma.

¿De dónde salen los recursos para esta exploración?

AC: La fase de la investigación que arrancamos este año se hizo con dieciocho mil millones de pesos que cubrieron por partes iguales el Ministerio de Defensa y el Ministerio de las Culturas. Una cuestión sin antecedentes, un hito histórico maravilloso que celebramos y que esperamos sea productivo de aquí a muchos años más.

En la Sala Plena de la Corte Constitucional se determinó que el artículo del Plan de Desarrollo que buscaba crear una tasa de manejo y protección de bienes arqueológicos era inexecutable. ¿Afecta esto en algo la situación del galeón?

AC: Afecta cualquier cosa que tenga que ver con el patrimonio arqueológico de Colombia, porque todo proyecto de desarrollo o de investigación que nos permita avanzar en mejores condiciones para este país requiere necesariamente que tengamos conciencia y cuidado con el patrimonio y su pasado. Hasta ahora eso no se ha llevado a cabo de la mejor manera. Creemos que una tasa lo permite. Si no se puede por cuestiones de la Corte, seguiremos intentando por otro lado. Acompasar el desarrollo, la investigación, el progreso para cuidar y conservar el patrimonio arqueológico es fundamental, y creo que hace parte de la propuesta de este gobierno.

Según estudios, Colombia tiene más de ciento veinte naufragios en su plataforma continental. Reconocer que el país es una potencia arqueológica nos enseña que debemos encontrar más naufragios y que debemos declararlos áreas arqueológicas. Contraalmirante Hermann León

¿Hay algún trabajo con universidades u otras instituciones en el país?

AC: En este momento hay apenas unos acercamientos con algunas universidades internacionales y centros de investigación. Estamos viendo la posibilidad de que esas alianzas se concreten, totalmente abiertos y deseosos de que ese tipo de intercambios sean posibles.

El galeón fue declarado la primera área arqueológica marítima protegida del país. ¿Habrá otras pronto?

CHL: Según estudios, Colombia tiene más de ciento veinte naufragios en su plataforma continental. Reconocer que el país es una potencia arqueológica nos enseña que debemos encontrar más naufragios y que debemos declararlos áreas arqueológicas.

Veintitrés académicos colombianos de diferentes universidades nacionales e instituciones internacionales escribieron una carta en la que compartieron su preocupación alrededor de la extracción

de diferentes piezas del galeón. Y es que, si se hace para probar las capacidades técnicas, ¿por qué no se hace con otros yacimientos de menor importancia?

CHL: La ciencia se fundamenta en la investigación, no hay otra forma. Y nosotros no estamos aprendiendo, llevamos más de veinte años haciendo exploración oceanográfica dedicada al patrimonio, y más de sesenta años haciendo investigación oceanográfica en el país. Le hemos entregado las pruebas a Colombia de la defensa ante la Corte Internacional de Justicia. Hemos aprendido a predecir tsunamis y a controlar riesgos costeros. El ICANH lleva más de noventa años haciendo investigación arqueológica. Es pretencioso decir que los colombianos no somos capaces de enfrentar un proyecto de investigación de esta magnitud autónomamente y bajo un modelo en el que queremos crecer con todos los colombianos.

Por último, ¿cuál es el futuro del proyecto?

AC: Por ahora solamente tenemos segura la de este año, porque de este diagnóstico se tendrán que tomar las decisiones frente a lo que viene. Prevemos que el próximo año ya podremos contar con los resultados de estos análisis sobre las anomalías y las cuestiones de conservación, pero solamente tendremos la posibilidad de hacer un cronograma cuando tengamos unos resultados y unas conclusiones mínimas.

CHL: Para la Armada es una labor permanente en defensa del azul de la bandera. Seguiremos haciendo investigación científica en el mar. Cada día que salimos encontramos un naufragio, un hallazgo nuevo, un pez nuevo. En esta campaña un pez espada nos golpeó el robot y hemos encontrado tiburones de profundidad que no habíamos visto. La exploración del mar es una maravilla porque cada día nos trae más sorpresas. Es conocimiento puro para Colombia.

El derecho al oro

En esta crónica escrita para GACETA, la escritora peruana nos revela el dolor que hay en el oro a través del cuerpo, la fiesta y la pérdida. Desde su intimidad, Wiener reclama el derecho a recuperar el oro.

Mi cumpleaños número cuarenta y seis lo celebré con una gran fiesta a la que llamé la «Fiesta del Oro». En la invitación había una foto de la mítica soprano Yma Súmac vestida de princesa inca. Para rendirle tributo decidí vestirme íntegramente de dorado. Me embutí en un mono de licra aurífera como si fuera yo misma un tumi de carne, hueso y oro. Los tumis eran los cuchillos ceremoniales usados por las culturas costeras precolombinas. Su forma antropomorfa revela el intento del ser humano por parecerse al sol, ataviado de sobrenatural para atravesar los diversos planos que van del reino superior al inframundo y viceversa. Como yo, que esa noche solo quería brillar, drogarme y besarme con todes. Cortar como un tumi el aire, cortar el bacalao. Mis invitados me siguieron la corriente, me trajeron ofrendas como lubricantes anales, botellas de pisco y baratijas. Todas las lesbianas de Madrid me ofrendaron sus bocas y bailaron desnudas para mí. Yo me ponía todo lo que me daban y acabé pasadísima, cubierta de collares, tantos que me pesaban y durante la noche me creció una gran joroba. También se promovieron rituales en los que yo era la diosa madre ante quienes los demás se inclinaban jocosamente para que olfateara una botellita de popper. Me encantó ser una diosa de oro falso. También celebrábamos la publicación de mi novela que precisamente trata sobre identidad, familia, piezas arqueológicas y ladrones de tesoros. El oro se me subió a la cabeza. Como dice Simón Bolívar y, en realidad, como lo sabe cualquiera, el oro corrompe a quien lo toca. Esa noche de máxima ostentación, sin saberlo, empecé a perderlo todo.

Por aquellos días había encontrado lo que estuve buscando por largo tiempo: una respuesta para todo. Y a la vez un remedio para las culpas coloniales. Ahora cuando me preguntan por la aparente contradicción de ser yo —alguien que da la brasa antirracista sin piedad, que practica la permanente y cansina



crítica anticolonial a todo lo que se mueve— y vivir en España, respondo sencilla y frugalmente: he venido al reino como representante de una de sus antiguas excolonias para que me devuelvan el oro a mí y a todos. Las preguntas pueden ser distintas pero van al mismo punto y revelan, casi siempre, una mentalidad facha: ¿Y por qué publicas tus libros en una multinacional europea? Podría decir porque me da la gana, pero ahora con máxima elegancia respondo: «Porque estoy en proceso de recuperar el oro robado». Cuando pretenden interpellarme acerca de la impertinencia de que alguna subvención europea facilite mis viajes, mi emergente carrera de escritora a los dos lados del charco y otros proyectos, solo tengo que decir: Lo que ves es solo el oro de las Indias volviendo a mis manos. Si insisten en saber con qué me pago la terapia y la de mi hija. O cómo traigo de visita a mi mamá, tan tranquila contesto: «Con el oro». Y si intentan hacerme sentir culpable por mi pasaporte español o mi doble nacionalidad, o mi marido guapo, repito: «Oro, oro, oro». Y me quedo tan pancha.

Si hay algo que tengo que agradecerles a mis amigos anticoloniales son este tipo de herramientas/afrentas de descolonización de andar por casa que me han ayudado a domar a los monstruos internos y externos. Prueben a buscar estas provechosas herramientas en ese extraordinario libro que es *Devuélvannos el oro*, del colectivo Ayllu y sus «compas» (yo incluida), donde el oro nunca será solo oro: «Devolver el oro no es una confrontación al reino de España desde la lectura capitalista de los metales preciosos robados del sur global, sino una necesidad de devolución de todas las vidas, cosmologías, epistemologías y sexualidades que Occidente, y en particular el Imperio español, nos ha querido robar». Así pues, el grito por la devolución es un grito que busca recuperar lo irrecuperable, que quiere construir una memoria del despojo y el borrado colonial y que, por esta razón, clama desde la resistencia que la reparación, como explica Ayllu, no es moneda de cambio. Es decir, nos deben tanto que la hipoteca se llama eternidad.

Oro, del latín *aurum*, 'brillante amanecer'. Todo eso que es el oro y no parece: o sea, blando; o sea, maleable; o sea, dúctil, no como esos lingotes de Rico McPato que lucen los carteles de las casas de empeño. La naturaleza lo hizo suave y diverso, fue el ser humano el que se empeñó en su dureza y pureza. Y por ellas acabó matando. Lo que es difícil de hacer cuesta más, y el oro es como el hecho a mano de la naturaleza: el oro se esconde, se resiste, se entrega en estado puro, en pepitas, en ríos, se refleja en los ojos de quien no te ama de verdad.

¿Cómo una cosa cuyo origen se describe como lo que se genera «gracias a las condiciones extremas en el núcleo colapsante de las supernovas» no va a ser algo caro y decisivo? Suena a que viene de las estrellas, literalmente. Algo que fue gas, líquido y que las entrañas

de la tierra expulsan en forma de fallas luminosas, de grietas del fondo del universo, para enseñarnos lo que vale el arte extremo que crea el diablo allí abajo. El primer lugar, eso es el oro. El pódium. En la antigüedad había que servir en plato de oro para alargar la vida. Se creía que curaba enfermos, pero la verdad es que enferma, de ambición. El oro fue la razón del exterminio, cuando tener el oro significaba tener el poder de someter al otro, como ahora: el cuarto secreto de los aztecas, el cuarto del rescate de los incas. Los incas que amaban el oro por ser del color del dios Sol —brillante amanecer, suena nazi— tenían en el Coricancha, el magnífico templo cusqueño, una habitación en la que todo estaba hecho de oro, hasta los cubiertos. Y los jardines interiores estaban decorados con esculturas de llamas de tamaño natural hechas de oro. Imaginen la cara de los españoles de Cáceres cuando vieron semejante sofisticación solo comparable con la corte de Castilla, a la que nunca los invitaron a pisar. Al llegar en barcos a nuestras costas los barbados criadores de cerdos capturaron a Atahualpa y él ofreció llenar la habitación de oro hasta donde llegara su brazo levantado a cambio de su libertad. Los españoles aceptaron, pero no hay que creer nunca en la palabra de un caballero: después lo mataron igual.

Hay quienes creen que el oro sobrevivirá como valor y podrá especularse con él cuando caigan el dólar, el euro, la economía y hasta el capitalismo. La himenoplastia se llama «punto de oro» y consiste en la estupidez de reconstruirse el himen. Y el oro verde es la coca. Y el oro blanco, el litio. Y el oro líquido, el aceite de oliva, que ahora literalmente vale oro. Y así, siempre habrá algo que sea oro. Siempre habrá un motivo para destruirnos.

Decía que un año después de la fiesta dorada era más pobre que nunca. Y no hablo de dinero. En realidad, estaba, dentro de lo que cabe, o sea, escala escritora, ganando más que nunca con mis libros, pero nada de eso me blindaba contra el mal, al contrario: un súcubo, quizá flasheado por el hiriente destello de mi oro, había entrado a mi casa y arrasado

Hay quienes creen que el oro sobrevivirá como valor y podrá especularse con él cuando caigan el dólar, el euro, la economía y hasta el capitalismo. La himenoplastia se llama «punto de oro» y consiste en la estupidez de reconstruirse el himen. Y el oro verde es la coca. Y el oro blanco, el litio. Y el oro líquido, el aceite de oliva, que ahora literalmente vale oro. Y así, siempre habrá algo que sea oro. Siempre habrá un motivo para destruirnos.

todo lo que nos había costado años construir. El duelo por la pérdida de lo que durante años llamé hogar me tenía perpleja e incapacitada. Por eso decidí levantarme de la cama y hacer un viaje periodístico en el que no me hubiera importado morir. De hecho, en ese momento me hubiera encantado morir. No morí, pero de alguna manera renací en medio de una valiente revuelta popular que ocurría en cierta zona minera del Perú y en la que el Gobierno actual ya llevaba cerca de un centenar de indígenas asesinados a mansalva para asegurar la mina y lo que entienden por progreso. En esos días convulsos, se me ocurrió la idea de mi siguiente novela, por la que espero recibir otro poco de oro para continuar la reparación sin fin. Pero esa es otra historia.

Desde hace quinientos años, los minerales de los Andes, ese territorio que me vio nacer, aviva el deseo de las potencias mundiales que necesitan seguir deprimiendo para alimentar su maquinaria de goce y destrucción. Y allí, donde el norte quiere algo del sur, se lleva el armamento y se expande el reguero de dolor. Sabe el poderoso que el que menos tiene es el que más tiene: la Amazonía, los polos, las gigantescas lagunas del salitre, los animales libres bebiendo agua pura de las cimas. La historia de la colonización es la historia de un plan de exterminio tras otro para arrebatar la vida y la belleza a sus últimos guardianes.

La bandera de mi país tiene tres elementos que simbolizan las riquezas del Perú: el árbol de la quina, la vicuña y la cornucopia, una especie de vaso en forma de cuerno del que brotan un montón de monedas de oro. En la reinterpretación activista de este símbolo patrio de la cornucopia ya no se derraman monedas de oro sino sangre a borbotones. Es la sangre derramada de los hermanos caídos por las balas de la represión defendiendo su participación y agencia política en el destino del país, pero también defendiendo un lago, un árbol, una montaña de la contaminación y el extractivismo; y, por qué no, defendiendo también su derecho al oro.

Nuestros países al sur del mundo son minas de oro que se convierten en trampas de sangre. El robo del oro y el robo de personas y de vidas sigue vigente, como continúa latiendo la colonialidad del poder.

Mi país es «un mendigo sentado en un banco de oro». Esa frase, dios, llevo escuchándola desde que era niña. Los peruanitos la oímos mentar muy temprano a nuestros mayores. Hace referencia a nuestras riquezas naturales y, a la vez, a la imposibilidad de aprovecharlas. Nuestra bendición, nuestra condena. También es la frase más tergiversada de nuestra historia: la han usado los liberales de la economía para reducir y canibalizar lo público, para convencernos de que los derechos de las mayorías no existen, de que solo valen sus emprendimientos individuales, de que eres pobre porque quieres. Pero hace mucho que esa frase suena incompleta. El Perú es un mendigo

porque el oro no se redistribuye. No hay ningún misterio. El oro siempre lo han tenido los mismos. Los que lo robaron y los hijos y los hijos de sus hijos. No hay forma de que alguien con mucho dinero en este mundo injusto sea una persona limpia con un pasado limpio y una familia limpia. Su dorado blasón es la prueba de la suciedad de su origen. No hay oro limpio. La historia del oro es también la historia de la esclavitud, del racismo, de la explotación del hombre por el hombre y el trabajo no remunerado de la mujer. Nuestra historia más triste.

Hace muchos años el periódico para el que trabajaba me envió a cubrir el escándalo del Museo del Oro del Perú, propiedad de uno de esos millonarios coleccionistas que tienen entre sus caprichos parte del patrimonio cultural robado a la nación. Se suponía que el tipo tenía tanto oro que decidió abrir un museo para compartir ese legado con el público. Sin embargo, no es oro todo lo que reluce. El escándalo estalló cuando salió a la luz que desde ese museo se habían enviado piezas falsas a una gran exposición en Corea, un papelón internacional. Cuando les cayó una auditoría, se descubrió que el 90 % de piezas del museo eran falsas. ¿Dónde estaba el oro verdadero? ¿Fundido? Claro. El caso es que los dueños del museo *fake* son familia de los dueños del periódico que me daba de comer. Así que no me enviaron por responsabilidad periodística, me enviaron para cuidarse las espaldas. Pero yo no quise ser dócil. Tampoco perderme la aventura. Logré publicar una crónica que empezaba contando que en las puertas del museo los ambulantes vendían figurillas a quince soles [moneda de Perú] que los vendedores aseguraban eran más auténticas que las de adentro. Hice toda clase de comentarios sarcásticos, en especial sobre la sala de la cacería llena de ejemplares disecados traídos de África, de los safaris del patriarca del oro y prominente cazador: ciervos, tigres de bengala, hasta un elefante y alfombras de osos con la boca abierta que te hacían tropezar. Desde ahí siempre he relacionado el oro con la muerte. Por supuesto, fui amonestada y suspendida durante una semana sin sueldo.

De alguna manera el deseo o la fatalidad del oro nos alcanza: en una fiesta, en nuestra propia cama, en este pedazo de tierra habitable.

La historia de la nación Osage, un pueblo originario de Oklahoma, que Martin Scorsese recrea en su última película, *Los asesinos de la luna*, se vuelve trágica después del hallazgo de oro negro en sus tierras. Allá por 1920 empezaron a aparecer cadáveres y más cadáveres de indios osage, envenenados, baleados, incluso a algunos los habían hecho volar por los aires. Sus asesinos eran hombres blancos que querían arrebatarles a toda costa sus tierras llenas de petróleo y para eso no dudaron en usar desde la estafa amorosa hasta bombas. Por supuesto, la estafa amorosa duele muchísimo más que explotar con dinamita. Muchos de estos

señores gringos les hicieron creer a las indias que las amaban, se casaron con ellas para luego matarlas lentamente cuando ya se habían apoderado de sus ricas tierras. La mayoría de crímenes quedaron impunes. La historia es alucinante: gracias al petróleo los indios osage se habían vuelto ricos y los blancos querían recuperar su hegemonía, no importa a qué precio o nivel de crueldad. Y así fue. Los valores del mundo occidental se habían invertido, pero ya sabemos que quienes se acostumbran a mirarte desde arriba harán todo por recobrar ese punto de vista, porque ante todo sienten que les debemos su jerarquía. Y por eso vendrán a tratar de arrancarte tu suerte, tu bendición, tu construcción, porque creen que lo merecen más que nosotros. Los de abajo sabemos que nuestra vida consiste en evitar que nos sigan pegando abajo, en evitar el despojo, el desamor, el abandono, pero el oro, el oro, el oro.

Al otro lado de tus prejuicios, y también en mi país, la minería informal envía a sus hijos a la universidad. ¿O creías que solo los ricos tienen derecho al oro? En los pueblitos cerca del lago Titicaca la gente se hace casas con el dinero de esas rocas. Incluso edificios de cuatro plantas para la familia, padre, hijos, nietos, hasta el infinito y más allá. Todo el mundo tiene su minita acá. Los pobres somos ricos secretos. En los datos oficiales sí, pobre, porque viven en la zona de los pobres, pero honestamente ni tan pobre, humildemente pudiente. Te vas a cavar allá un agujerito cerca de la selva, en Inambari, Tambopata, y te encuentras una tonelada de oro. Están las pepitas de oro a la vista, flotando en el río, como los resplandores de las almas de los suicidas, y las recoges como se recogen conchitas del mar, como se cosechan los frutos silvestres. Es el nuevo Dorado, lo juro. Yo también quiero mi minita. Una guapa. Humilde. Prohibida. De dónde extraer

cosas para no tener que ganármelas. Una minita como la tuya. Informal. Ilegal.

Si en lugar de combatir a los informales los formalizaran, seríamos el país más rico del mundo. Estos parajes entre la sierra y la selva salían hasta en las crónicas de los españoles, en los mapas de los piratas, o sea, de los que saben dónde hay que robar o hacer la guerra, que es lo mismo, o sea, gente peligrosa. Como tú. Hay tierras vírgenes aún en nuestros saqueados paisitos, parece mentira. Pero hay gente que no ha sido corrompida, nativos no contactados, que solo conocen la corrupción inmanente, la delicia de la ignorancia. Parece mentira, pero se ve que todavía pueden extraer más de este patio trasero que llamamos casa. Qué escándalo. Así que vamos, el oro es de todos, no perdamos más tiempo, vamos con la cucharita a raspar doscientos gramitos de oro antes de que nos dejen sin nada y construyamos con ese capital el geriátrico de nuestros sueños donde morir entre aguas termales y comiendo hongos alucinógenos. Nos lo deben.

Como cada vez que me siento poderosa, aurífera, peligrosa en mi pequeño rancho rodeada de mis cuatro amores, revisando la culata de mi arma, aparece mi madre, mi cable a tierra, con un mensajito de wasap. Me escribe: «Gabriela, te voy a enviar algo del libro del Tao para reflexionar»: «Intervenid sin intervenir en el curso de las cosas, dirigid sin dirigir, probad lo que no se puede probar. Considerad lo grande como si fuera pequeño, lo mucho como si fuera poco». Y me lo pienso para la próxima vez que tenga la tentación de decorar mi jardín con una llama de tamaño natural bañada del oro devuelto de las indias. Mineral quiere decir sangre. Hagamos una tiritita de oro para nuestra herida y fin.

Si en lugar de combatir a los informales los formalizaran, seríamos el país más rico del mundo. Estos parajes entre la sierra y la selva salían hasta en las crónicas de los españoles, en los mapas de los piratas, o sea, de los que saben dónde hay que robar o hacer la guerra, que es lo mismo, o sea, gente peligrosa. Como tú. Hay tierras vírgenes aún en nuestros saqueados paisitos, parece mentira.

BAJO LA TIERRA COMO UN RAYO PETRIFICADO

En 2016, junto a Julián Santana y Gilberto Hernández decidimos hacer una exposición colectiva sobre el problema minero energético en Suramérica. *Desminado* reunió un grupo de artistas colombianos y fotógrafos brasileños —los últimos habían testificado el desastre ecológico de Vila Mariana el año anterior—, y se presentó inicialmente en Desborde Galería, Bogotá. Posteriormente, la exposición fue invitada al Museo de Arte del Tolima (MAT), Ibagué, y al Museo Zénú de Arte Contemporáneo (Muzac), Montería, coincidiendo con las grandes movilizaciones en contra de los megaproyectos de minería a cielo abierto, especialmente en Ibagué, donde se defendió con firmeza la consulta minera contra el proyecto en Cajamarca de la multinacional AngloGold Ashanti. *Desminado* reunió a los principales artistas que se han ocupado del tema minero en Colombia, junto a más invitados de Brasil y Chile, donde la minería a cielo abierto ha sido desastrosa.

Motivado por el estrangulamiento del río Cauca —generado por la inoperante y faraónica represa— el proyecto evolucionó en 2019 y pasó a llamarse «De Hidroituango a Santurbán». Ese año se realizaron grandes movilizaciones en Bucaramanga y en todo Santander en contra del proyecto minero de la multinacional Grey Star en el páramo de Santurbán, y la muestra, invitada por la fundación Eco-Arte, contribuyó a la reflexión sobre el tema y a la defensa del páramo. Para ese entonces la exposición había crecido y reunía obras de artistas y colectivos que aportaban una interpretación amplia del problema. Visto en retrospectiva, este esfuerzo de incluir el arte en los debates urgentes sobre nuestra supervivencia, llevado a cabo generosamente por artistas, gestores culturales y directores de instituciones regionales, fue antesala de la explosión creativa y artística que caracterizó el estallido social de los años 2020 y 2021. Su motivación no fue económica y, como ya se mencionó, la exposición



Emel Meneses. *Diario de viaje*, 1990-2018. Dibujos en tinta sobre papel.

se convirtió en un nódulo de participación, reflexión y encuentro, recibido con entusiasmo en cada una de estas ciudades. Para recordar el clima tenso que se respiraba en esos años, y cómo trataron el tema, vale la pena seguir a los artistas en la muestra. Emel Meneses, quien dibujó el universo que une a la represa con el páramo y sus economías subterráneas, escribió:

«De Hidroitungo a Santurbán», topográficamente hablando es un área de frontera, marginal, de colonización, de ilegalidad más parecido al «Farc West», que al fantástico ideal de civilización y progreso de los tecnócratas del Gobierno Central, es un corredor de paso de forajidos, de quiñanderos, rebuscadores, comerciantes, andariegos... que excepcionalmente echan raíces, atareados como están tras la ilusión de la mina, que como bien dice la canción sólo se descubren ante Dios y ante la Patria. Temerosos de Dios, de Uribe y de los espantos, no les tiembla el culo a la hora de voliar machete defendiendo su honra, ni se acullan en los socavones a cien, tres mil o un millón de metros bajo tierra [sic].



No sorprende que así lo describa este artista, que conoce y vive en ese territorio. Pero también podríamos empezar nuestro relato en el sur colombiano, con *La batea* de Stephen Ferry, quien junto a su hermana Elizabeth escogió esta herramienta para acercarnos a las luchas de los trabajadores artesanales del metal precioso. Juntos testifican el amor a una tradición, a una tierra y a un oficio. La que cuentan es también una historia de intimidaciones, de amenazas anónimas, y de comunidades que se organizan para defenderse.

Los Ferry contrastan la minería en Yolombó, Cauca —hecha con batea, escalones de madera y un vegetal usado para separar metales, *la babosa*—, frente al uso desmedido de retroexcavadoras, mercurio y arsénico de la minería ilegal. El fotógrafo escogió usar película análoga por sus haluros de plata, metal hermano menor del oro y usado en la fotografía desde sus inicios en el siglo XIX. La película granulada materializa el polvo del socavón y alude a la búsqueda de la pepita de oro entre la arena del río o en lo profundo de la mina. El ojo se sumerge en el mundo minero de Segovia, Antioquia y de sus fiestas, que rayan en el paganismo, un universo mágico que también aparece en los dibujos de Meneses, donde se funden el sexo, el mito, las leyendas, la violencia y los sueños: la imaginación de los buscadores de oro. «El minero es como el judío errante, andariego de los dados, el billar, las putas y los naipes; que gusta de toda esa acumulación folclórica de la narrativa popular de extravagante religiosidad, tradicionalista, uribista a morir y supersticioso», informa Meneses y aclara sobre sus propios dibujos:



Imágenes de torturados y torturadores —en alusión al pasado reciente de los paras, que hicieron de este corredor su «casa de pique»—, putas bien putas y lujuriosos, borrachos y espantos; azabaches, ojos de buey y mal de ojo. Yelo de muerto, guandos y barbacoas; ópalos, cacho de unicornio, colmillo de morrocoy y la uña de la gran bestia; ojo de venado, nido de macuá, colmillo de caimán; el congolo y la covalonga; «luces fantásticas» como las ilusiones; las benditas ánimas del purgatorio, o el ánima sola... Lloronas, duendes y brujas; el Patetarro, la Colmillona, María



la Larga, la Rodillona, la Madre del Río, la Tarasca, el Niño Poirá, los Meneses, la Madremonte, la Patasola, el Boraro... un sinfín de Viruñas que llenan la tusta, la parla y los oídos de los mineros [sic].

Volvamos al sur del país, donde Edinson Quiñones y Estefanía García, curadores del 16° Salón Regional de Artistas Zona Pacífico (2017), conectaron en su investigación las ciudades de Corinto, Cali y Quibdó. Es decir, la bota caucana, el Valle del Cauca y el litoral pacífico. En su «Minga de colonial» que la llevó a esos lugares, García dio cuenta de los estragos de la minería

Stephen Ferry. *Mompox*. De la serie «La Batea», 2013. Fotografía.



ilegal en la región Pacífico. En *Chocó H₂O* (2018) lanza un SOS por la vida: el mapa de ese departamento, en platinoides y magnetita, circundado en su centro por un anillo de oro. Es un mapa de misteriosa riqueza mineral y de profunda crisis ambiental. El anillo que emerge del centro de la imagen nos recuerda a Michael Taussig, quien en *Mi museo de la cocaína* enlaza el binomio de economías ilícitas del oro y la cocaína:

... así es el oro, fluyendo bajo la tierra como rayo petrificado. Así es la cocaína, golpe cristalizado. Lo que da al oro y a la cocaína su estatus peculiar y privilegiado medio piedra, medio agua, medio fijo, medio contingencia mutante, es la manera como se deslizan a través de la vida y de la muerte por medio de la seducción y gracias a la transgresión. La muerte acecha estas sustancias en la misma medida en que ellas animan la vida, encantan y obligan.

Nada es lo que parece

En lugares de larguísima tradición minera como Marmato, «pesebre de oro de Colombia»; Muzo, «capital mundial de la esmeralda», y Segovia, «puerta de oro del nordeste antioqueño», Rodrigo Echeverri realizó las fotografías que componen sus *Ejercicios de sustracción* (2017), consistentes en capas de *collage* sobre fotografías, donde formas abstractas geométricas se imponen sobre imágenes de minería. Echeverri, un pintor, escogió la fotografía como medio para experimentar con el género del paisaje, en este caso para tratar el sombrío clima de una economía gris



Estefanía García. Chocó. H_2O , 2018. Magnetita y oro sobre madera.

que promete un futuro negro. Sus recortes de formas planas y sofisticadas se presentan como delirios racionalistas, reflejando la apropiación empresarial de la economía energética, la abstracción como diagrama del capital, el «menos es más» del minimalismo.

Eduard Moreno, por su parte, ha sido uno de los artistas colombianos que más consistentemente ha meditado sobre el tema mineroenergético, al menos, desde que este se presenta en la siniestra dimensión de los últimos veinte años. En *Ilusión* (2016) hizo un

agujerito en la base de una batea artesanal en madera y situó el holograma de una pequeña rana tayrona en metal dorado, imposible de palpar a pesar de su asombrosa presencia.

Según Claudia del Fierro, «el ilusionista permite que la icónica pieza nos mande un mensaje que viaja desde una galaxia remota y que se nos aparece tridimensional, pero se desvanece al tacto. *Ilusión* se sitúa en el centro de un problema fundamental para América: el fantasma del pasado precolombino

Rodrigo Echeverri. Ejercicios de sustracción, 2017. Fotografía intervenida.





Eduard Moreno, *Ilusión*, 2016. Batea de madera intervenida y holograma de una rana de la orfebrería tayrona.

muestra la llaga histórica que en tiempos de crisis se nos vuelve al presente».

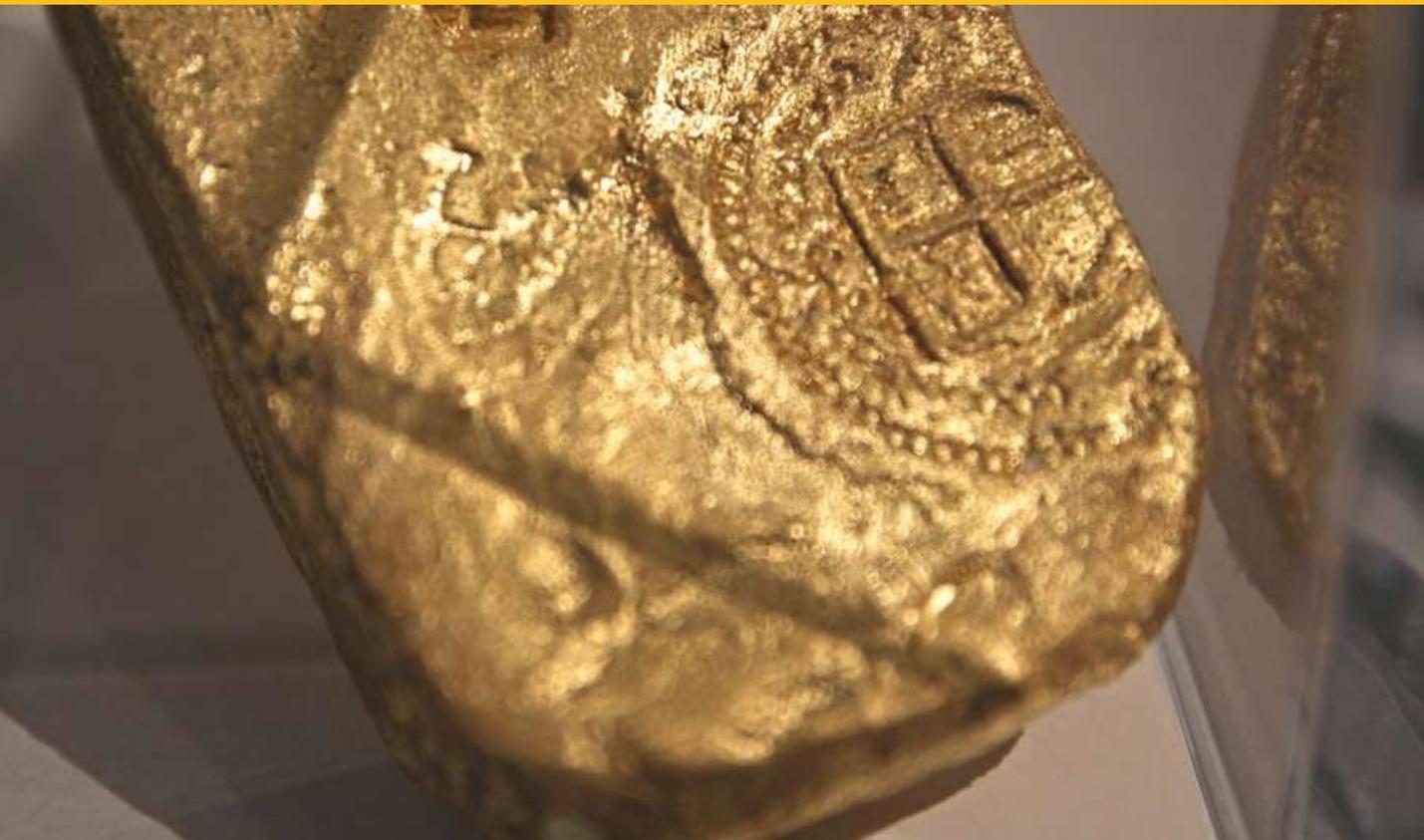
Tayrona, de Miguel Ángel Rojas, es parte de su instalación *Unas de cal, otras de arena: El tesoro* (2015). En concreto, un lingote de supuesto oro, con la palabra que le da su título labrado junto a la también incisa figura del escudo de la Corona española. Para *Del Fierro*, «el lingote, hecho de materiales menos nobles, se viste de oro, denotando por diferencia el valor que los conquistadores adjudicaran al mineral. La pieza no es lo que parece. El tesoro es el objeto del deseo, el orgullo local, la leyenda y la materialización de una riqueza robada».

Julián Santana es el tercero de estos artistas que se ha interesado en el significado y el destino del oro antes, durante y después de la llegada de los españoles.

Para *La fiebre del oro* (2016) tomó la imagen de una pequeña figura antropomorfa exhibida en el Museo del Oro en Bogotá, la cual, en una secuencia fotográfica, empieza a sudar y a opacarse, convirtiéndose en una versión plomiza de sí misma, una víctima colateral del uso indiscriminado de metales pesados en la calentura del oro, que nos recuerda el empleo del mercurio y el arsénico, que se ha llevado por delante la vida de los ríos en el país del agua.

De vuelta a la cordillera Oriental nos encontramos una vez más con Santurbán, páramo en el que nacen cinco ríos, incluyendo el Zulia, que tributa en el lejano lago de Maracaibo. Páramo de cuya agua dependen más de dos millones de personas en Cúcuta y Bucaramanga, y cuyo oro ha sido buscado y codiciado históricamente: por franceses e ingleses en el

Miguel Ángel Rojas, *Tayrona*, 2015. Réplica de un lingote colonial revestido en oro.



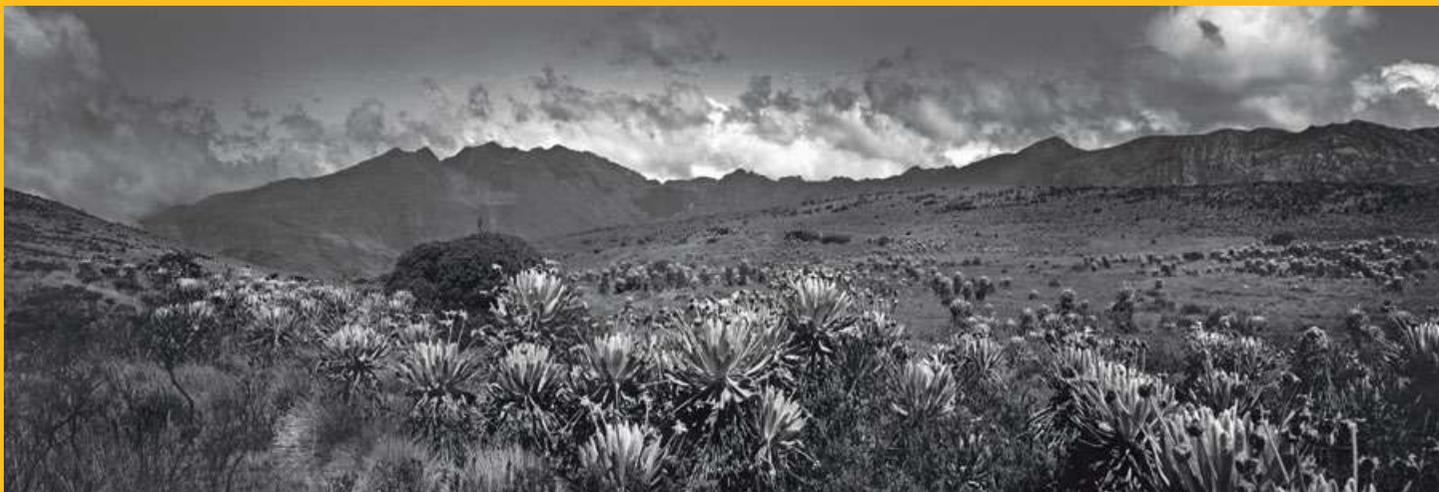


Julián Santana. *La fiebre del oro*, 2016. Fotografía.

siglo XIX, por japoneses y coreanos a lo largo del siglo XX, y por los norteamericanos y saudíes subidos en la locomotora minera en años recientes.

En Vetás, un pequeño pueblo en el arrugado relieve de Santurbán, el fotógrafo Freddy Barbosa encontró una comunidad minera que trabaja el oro desde que tiene memoria. Los vetanos, según Barbosa, más que artesanales son mineros ancestrales, sembradores de agua en el fuego cruzado del debate sobre la explotación aurífera de alta montaña. Este fotógrafo santandereano los retrató en blanco y negro utilizando técnica análoga —como lo hizo Ferry en *La batea*— y llevando a cabo una serie de paisajes en blanco y negro que honran a una comunidad esforzada y valerosa. *Ancestralía mayor. Sembradores de agua*, nombre del proyecto, nos permite sacar una esquivada conclusión: sobre la explotación del oro en el páramo, en cualquier páramo, hay mucho que debatir.

Finalmente, y sobre el páramo de Santurbán, hay que decir que su futuro parece esperanzador. Colombia ganó una multimillonaria demanda a la minera canadiense Eco Oro, antes llamada Grey Star, que tenía presencia en la zona desde los años noventa. La victoria ante un tribunal internacional frente a esta estrella gris de la minería a cielo abierto se suma a la ya obtenida contra la también canadiense Red Eagle, que había acusado a Colombia de incumplir acuerdos firmados en el TLC, al prohibirles la entrada a territorios donde podrían convertir en campos de muerte las fuentes de vida. No puede negarse que, en estos triunfos, la sociedad civil en su conjunto jugó un papel fundamental al haberse manifestado masivamente y sin bajar la guardia. De formas diversas, críticas e imaginativas, los artistas colombianos testificaron y acompañaron la defensa del agua, que unió a los sectores más diversos de Santander tal y como lo había hecho años atrás en el Tolima.



Freddy Barbosa. *Ancestralía mayor. Sembradores de agua*, 2016. Fotografía.

LOSET ES
LA ROPANO PARA
PERSONAS

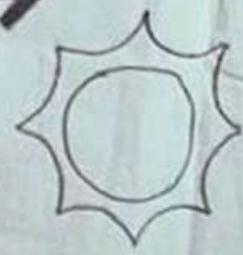
♀ El m

ME
10
ANS



P

PARA TODOS PARA TODOS PARA TODOS PARA TODOS
MOR!



La Carlita y el eco de la mina

La Carlita, una mujer trans, desafía los estereotipos masculinos que rodean el trabajo dentro de una mina y transforma la mentalidad de la comunidad de San José de Guare, en el Pacífico caucano.

En el polvo de la mina,
sus sueños tienen vuelo,
su lucha es un gran anhelo,
entre sombras se ilumina.
La Carlita, estrella divina,
en redes hace su camino,
su historia toma destino,
en el mundo virtual brilla,
como la luz que destila,
su esperanza y su divino.
Así en el suelo fértil,
donde el barro y la esperanza
se entrelazan con pujanza,
Carlita forja su perfil.
Con fuerza y con fragor,
en la mina se destaca,
su vida es una marca,
su lucha es una flor.
En el campo y el fervor,
su legado se arranca.

En las entrañas del Pacífico colombiano, donde el río Guajúí serpentea hacia el mar, se encuentra San José de Guare, un rincón perdido del mundo. Su vegetación es exuberante: palmas de coco se alzan como guardianes silenciosos del río y sus hojas crean un dosel que filtra la luz del sol en fragmentos dorados. Los árboles frutales, con ramas cargadas de caimito, naranja y plátanos, se entrelazan con el verde azabache de los arbustos y los bejucos, tejiendo una cortina vegetal que oculta secretos antiguos.

En este paisaje encantado, pero desafiante, nace la Carlita. Su presencia en San José de Guare es tan imponente como el río mismo. La Carlita no es solo un ser humano: es una fuerza de la naturaleza. Su cuerpo, robusto y bien formado, testimonia años de trabajo en la mina y en la vida rural. Sus brazos son fuertes como las raíces de los árboles que rodean su hogar y sus nalgas firmes revelan una vida llena de trabajo.

La Carlita es una mujer trans que, en un lugar donde expectativas y normas limitan la expresión

personal, se ha convertido en una figura central y polémica. Su apariencia, que mezcla la fortaleza física con una gracia innata, la distingue en medio de una comunidad que aún lucha por entender y aceptar su identidad. En San José de Guare la tradición es el tejido que une a la comunidad, pero la Carlita se erige como un símbolo de resistencia y cambio.

Temprano en la mañana, la Carlita se prepara con rapidez, se viste con ropa resistente, se envuelve en una capa de protección contra el polvo y se dirige hacia la mina. Cuando el sol empieza a desprezarse y la bruma aún juega entre las copas de los árboles, la Carlita camina hacia la mina con una determinación que deja claro que no es una mujer que se amedrente. Sus pasos resuenan en la tierra como una marcha triunfal hacia la mina, donde se mezclan el polvo, el calor y un ruido ensordecedor. Las retroexcavadoras se desplazan en un rugido que ahoga las voces. El calor derrite la tierra misma. La Carlita se mueve entre las máquinas con la destreza de una bailarina, realizando tareas dominadas desde siempre por lo masculino. Su presencia es un desafío a las normas establecidas, una afirmación de que el trabajo pesado no tiene género.

La mina es un lugar que parece haber sido forjado en el crisol de la tierra misma, un mundo que desafía las leyes de la naturaleza y las de la humanidad con igual intensidad. Aquí, en los confines de este oscuro y árido reino, la vida se manifiesta en su forma más cruda y elemental. El polvo, niebla traicionera, se eleva en nubes implacables que tiñen todo de gris. El calor se adentra en cada rincón de los túneles subterráneos, envolviendo a los trabajadores en un abrazo agobiante que nunca da tregua.

En el corazón de esta tierra despiadada, el trabajo se convierte en una lucha constante contra las adversidades. Las retroexcavadoras, monstruos metálicos de voracidad insaciable, avanzan en un estruendo brutal. Llegan hasta las entrañas de la tierra y desgarran su piel de barro y piedra con una furia que parece ancestral. El rugido de los motores, el estrépito de las cuchillas al desgarrar el suelo y el chirrido de los engranajes se funden en una sinfonía de fuerza y trabajo.

Su capacidad para enfrentar las adversidades, tanto físicas como emocionales, la convierte en una figura destacada en un entorno tradicionalmente masculino. En una cultura donde las expectativas sobre el rol de género están profundamente arraigadas, su decisión de adentrarse en el corazón de la mina representa una ruptura radical con el *statu quo*.

El panorama es irreal. Las sombras de los hombres que manejan las retroexcavadoras se proyectan en las paredes de los túneles. Estos hombres, robustos y curtidos por años de trabajo, son los encargados de extraer la tierra, de hacer que el suelo revele sus secretos. Ellos dominan las máquinas con una destreza adquirida con el sudor y el esfuerzo de generaciones.

En este escenario la Carlita emerge como una figura revolucionaria. Con imponencia y determinación feroz rompe el esquema. En un mundo donde las mujeres han sido relegadas a tareas auxiliares como barrer el polvo o cocinar para los trabajadores, la Carlita ha decidido desafiar lo establecido y adentrarse en el corazón mismo de la mina. Su decisión de no limitarse a las tareas secundarias, sino de enfrentarse a los mismos riesgos que sus compañeros, es una afirmación de valentía y fortaleza.

Al llegar, el calor y el polvo la reciben como viejos conocidos. La mina, un laberinto de túneles y cavernas, la desafía. Las paredes de tierra, que parecen estar siempre al borde del colapso, se levantan como guardianes silenciosos de los secretos enterrados en su interior. El sonido constante de las máquinas, el martilleo de las herramientas y el eco de los gritos de los trabajadores se mezclan en una cacofonía que nunca cesa.

Cada tarea que realiza la Carlita es un testimonio de su habilidad y determinación. Maneja las retroexcavadoras con maestría. Sus movimientos, precisos y decididos contrastan con el esfuerzo bruto y desordenado de otros trabajadores. La fuerza que emplea para manejar estas máquinas no solo es física, sino también mental. Cada operación requiere una concentración meticulosa, un control absoluto sobre la maquinaria que mueve con precisión de relojero.

La presencia de la Carlita en la mina no es solo un acto de valentía: es una declaración de independencia y fuerza personal. Su capacidad para enfrentar las adversidades, tanto físicas como emocionales, la convierte en una figura destacada en un entorno tradicionalmente masculino. En una cultura donde las expectativas sobre el rol de género están profundamente arraigadas, su decisión de adentrarse en el corazón de la mina representa una ruptura radical con el *statu quo*.

Cada día en la mina es una prueba de fortaleza y resistencia. La Carlita no solo enfrenta las condiciones implacables del trabajo, sino también el escepticismo y la resistencia de algunos compañeros. La mayoría de los hombres en la mina están acostumbrados a trabajar en un entorno que excluye a las mujeres y su presencia en el centro de la actividad minera desafía lo establecido. A pesar de las miradas críticas y los murmullos de desconfianza, la Carlita se mantiene firme. La mina, con su crudeza y su dureza, se convierte en el escenario de una lucha personal y colectiva por el reconocimiento y la igualdad.

En las noches, cuando el manto oscuro de la selva envuelve San José de Guare, la Carlita se reúne con sus amigos alrededor de un pequeño fuego. Las llamas, danzando en la oscuridad, proyectan sombras en sus rostros y el calor del fuego contrasta con el frío de la noche. En este momento de calma, la Carlita comparte sus sueños.

Habla de su deseo de ser reconocida, de su anhelo de fama y de la esperanza de que su voz sea escuchada más allá de la mina. Sus amigos a veces muestran escepticismo. La fama, para la Carlita, es una manera de afirmar su identidad, de mostrar al mundo que su existencia es valiosa y digna.

En las conversaciones nocturnas, sus amigos ofrecen consejos y apoyo, sabiendo que la Carlita enfrenta barreras significativas: no cuenta con una educación formal y es iletrada. Sin embargo, en las redes sociales hay muestra de su ingenio. Allí, la Carlita ha

encontrado un espacio para expresarse. Graba videos y publica fotos que cuentan su historia, su vida en la mina y sus aspiraciones. Cada publicación es un acto de resistencia ante un mundo que a menudo la margina.

Ha encontrado una audiencia que la apoya y la celebra. Se ha convertido en una figura de inspiración para quienes buscan un modelo, aunque a veces enfrenta críticas y comentarios negativos. Su presencia es testimonio del poder de las redes sociales para amplificar voces marginadas y promover la diversidad. Entre adversidades y expectativas, la Carlita ilumina el camino para quienes luchan por un lugar en el mundo. Su vida es un poderoso recordatorio de que la transformación nace del coraje de ser uno mismo y del compromiso de desafiar las sombras. Su legado, forjado en el polvo de la mina y la luz de la visibilidad de lo digital, seguirá inspirando a aquellos que buscan su voz en el mundo. Aunque a menudo no la escuchen.



El litoral orfebre

¿Cómo ha incidido el oro en la economía y la sociedad del litoral Pacífico?

Un recorrido por el patrimonio cultural orfebre que da cuenta del significado del oro y la joyería en sus comunidades.

El maestro joyero José Ramón Ferrín tiene en su mesa de trabajo un frasco de vidrio a medio llenar con piecitas de oro que sus clientas han recogido en los ríos cercanos a Barbacoas. Son dijecitos, narigueras, ofrendas y cuentas de collar hechos por los pueblos prehispánicos que habitaron el territorio selvático en el sur de Nariño, rescatados entre las arenas por mujeres mineras que playean los ríos con sus bateas. A veces las mineras le piden al maestro que las monte en un collar, a veces le piden que las funda para hacer una joya nueva, pero Ferrín se niega a fundirlas, le encanta mirar estas piecitas, le parecen de una factura prodigiosa, dice que traen una historia que hay que guardar y que mejor las vende al guaquero. Las mujeres negras que playan la arena oscura de los ríos repiten la relación ininterrumpida que ha tenido la gente en la región de Barbacoas con el oro y la joyería: los antiguos tumacos, y después los sindaguas y los barbacoas, transformaron el oro en exquisitas piezas de orfebrería, al igual que lo hacen ahora los joyeros descendientes de esclavizados africanos de la minería. El oro ha marcado la vida de todos aquellos que han habitado el litoral Pacífico.

Para llegar a Barbacoas hay que tomar un *jeep* en el cruce de Junín, sobre la vía que comunica a Pasto con Tumaco. La carretera se descuelga hacia el abismo verde oscuro de la selva de donde viene el calor húmedo, en el horizonte se ve la raya del océano Pacífico, y al final de este camino cenagoso y abrupto está Barbacoas, la mítica ciudad del oro, de oscuro cemento hecho con la arena negra de sus ríos.

Hoy en día es más difícil leer a Barbacoas en clave de oro. Se ha convertido en un centro bullicioso que se disputan todos los actores de las economías ilícitas y mafiosas, pero en 2012 era fácil seguir en sus calles las huellas del oro y la joyería. Un par de joyeros martillaban el metal sobre el tronco de trabajo que habían sacado del taller a la calle principal, más abajo,

llegando al puerto sobre el río Telembí, los negocios exhibían una pequeña vitrina con una balanza para pesar y comprar el oro que a diario venden mineros artesanales. Una hilera de compradores informales de oro solía apostarse los sábados frente a las carnicerías y en la misma esquina funcionan todavía dos prósperos negocios de compraventa de joyería. A la salida de la misa de doce del domingo, mujeres y hombres, adornados con sus joyas de oro, suelen conversar un poquito antes de volver a casa. En el Pacífico colombiano hay una cadena de valor del oro cuya última expresión es la joyería, magnífica y deslumbrante, cargada de significados, resultado de una tradición de oficios, creencias y ritos.

Aquel primer viaje apresurado a Barbacoas dejó en mí una fascinación nueva por la belleza escueta de la joyería que usa la gente negra en las selvas del Pacífico, terminada con el color mate del oro de la mina, ajena a las tendencias de la moda global.

El oro es libertad

Las comunidades afrodescendientes que habitan el Pacífico tienen un vínculo ancestral muy poderoso con el oro. Muchas de las personas que conocimos en el Chocó y en Nariño hicieron referencia a los sofisticados conocimientos de la minería que trajeron sus ancestros y al esplendor de los reinos de donde venían. Los historiadores que han rastreado el origen de los esclavizados llegados a Colombia encontraron que muchos conocían la minería porque venían de los reinos del oro de África occidental, los descendientes de los fanti y los ashanti, donde reinó Sundiata Keita, el gran emperador malí. La resistencia y la lucha por la libertad de los esclavizados de la minería dio lugar al cimarronaje y a los primeros caseríos de los libres y, junto con la compra de la libertad personal y de los familiares, con la abolición de la esclavitud en 1851, las gentes negras se dispersaron por el territorio selvático del litoral Pacífico, conviviendo y aprendiendo de los indígenas. El pasado de esclavitud y el oro forman parte de la gran saga de las comunidades negras.

Poco a poco, a espaldas del país andino, convulsionado por las guerras civiles, las comunidades negras del Pacífico fueron construyendo una forma de habitar la geografía de la selva, arañándole terrenos para los policultivos, practicando la caza y la pesca en territorios de propiedad colectiva, y haciendo lo que saben hacer, la minería. Las familias extendidas que se diseminaron por el territorio de selva y ríos son un campesinado verdaderamente libre, sin patronos, sin salarios, sin conflicto por la tierra. «Por el oro vinimos, por el oro nos quedamos, por el oro hemos sido libres», dice el maestro joyero Elpidio Mosquera, de Andagoya. Florece en la selva una cultura de libertad en la que el oro es el fundamento y la joyería su expresión más sofisticada y bella. La gente negra del Pacífico se adorna con sus magníficas alhajas en un

gesto que reitera su pertenencia a una historia heroica y a la vez trágica.

Pero la vida en este territorio es dura. El relato de la libertad está enmarcado en una vida de carencias, el trabajo en la mina es agotador y los mineros aspiran a liberar a sus hijos de esa exigencia física, que estudien y hagan una vida lejos de la mina, como dice Cruz Neyla Murillo, barequera de Andagoya.

El cofrecito que me regaló la abuela: el circuito económico y cultural del oro y la joyería

Las personas negras que viven en las regiones mineras del Pacífico trabajan la mina familiar algunos días de la semana. Una parte del oro recogido se vende en los centros urbanos para comprar los complementos de la vida en la ribera: arroz, aceite, herramientas y manufacturas necesarias; otra parte se va guardando hasta tener lo suficiente para encargar una alhaja al joyero del pueblo. Las joyas que los mineros mandan a hacer le agregan valor al oro que han recogido con sus bateas, se convierten en el ahorro resultante del trabajo en la mina, son el patrimonio económico de la familia. Y también son el más importante y valorado patrimonio cultural, son una herencia cargada de afectos y significados que hay que tratar de conservar para los hijos.

En Condoto, el grupo de alabaos del pueblo es solicitado para cantar en un velorio. Está conformado por mujeres que se han dedicado desde niñas al oficio del barequeo, como casi todas las mujeres de las zonas mineras. Al embarcadero del pueblo frente al mercado llega la familia del difunto para comprar la comida y el trago para los parientes y amigos que van al velorio, las telas para vestir el altar, los cigarrillos, el café y las velas. Para ello, muchas veces empeñan las joyas familiares en la compraventa. Las joyas sacan de apuros como este a las familias, son un *tarjetazo*, la manera tradicional de acceder al dinero en especie y al crédito. La gente no quiere perder las joyas. Son un lazo que les ata a su historia personal y a sus ancestros. A veces se pagan intereses por encima del valor de la prenda, para no perderla, porque el valor espiritual y afectivo que tiene la pieza es enorme.

Las joyas conforman, por tanto, un circuito económico y monetario fundamental en la vida cotidiana de las personas que viven en las regiones mineras del litoral Pacífico. La sociedad no está interesada en la bancarización, no ve las ventajas del endeudamiento financiero frente a la práctica tradicional de acceder al crédito mediante un contrato de compraventa de sus joyas en una casa de empeño; entregar las joyas como prenda para recibir un préstamo, recuperarlas con la disciplina y el prestigio del «buena paga», es una práctica cultural basada en la confianza, una manera de guardar fidelidad a las tradiciones.

En el taller del maestro William Mena Palacios, en Quibdó, siempre hay gente de visita, clientes o amigos que comentan las cosas del día. Se habla de

política, del futuro, del precio del oro; los transeúntes pasan saludando, las puertas están abiertas a la calle, es un lugar de encuentro. Es aquí, en el taller del joyero, donde se elaboran las hermosas joyas de filigrana y chapa que la gente negra del Pacífico guarda en sus cofrecitos personales, las joyas del bautizo, las joyas de protección, las de los quince años, las que se heredan de los ancestros, las que se encargan para eventos especiales. O porque sí, por el placer de lucirlas y tenerlas. El joyero de los pueblos mineros transforma el oro que le traen sus clientes en un objeto precioso, es un artista que sabe interpretar sus deseos, es el depositario de una de las tradiciones más valoradas en la tierra de la selva y el oro; ha heredado los saberes del oficio de los maestros más viejos como aprendiz en sus talleres, se ha ganado el derecho a conocer los secretos del oro.

Pero el oficio está en riesgo: las compraventas desplazan al joyero local con sus talleres de segundo piso, dominan la venta y compra de la joyería con vitrinas atiborradas de joyas, apoyadas en grandes capitales y alianzas que les permiten tomarse el mercado. Llegaron casi al tiempo con las máquinas de la minería informal, detrás de la cual llegaron también las mafias transnacionales del lavado, de la extracción ilegal de oro y del narcotráfico. Todos ellos han cooptado los territorios mineros tradicionales, han contaminado los ríos, han destruido la naturaleza, han desplazado la minería tradicional de almocafre y batea y han desplazado a los actores locales de la cadena de valor de la joyería.

Salir embambao. Usos y significados de la joyería

Temprano en las mañanas, las mujeres de los pueblos mineros salen a comprar en las tiendas locales las provisiones, adornadas con sus magníficas joyas de filigrana. Su uso es un acto natural y cotidiano, es algo

que la cultura obliga, como dice la señora Ana Gilma Ayala, escritora quibdosesa. Usar la joyería de oro es un gesto que reitera y reproduce los valores culturales tejidos alrededor del oro.

En las selvas del Pacífico la orfebrería es una rica expresión artística que, al paso de los siglos, ha modelado un estilo propio, sofisticado y exquisito, de uso exclusivo local. El anillo colepató o los aretes de chuchas del Chocó, el cordón barbacoano con sus campanas colgantes, el anillo de espigas de Tumaco, los collares de filigrana repujada, son unos pocos ejemplos en los que aprecio la depuración de un estilo muy sofisticado y la maestría artesanal de los orfebres locales.

No hay duda de que los usos y significados que la gente otorga a sus joyas llevan huellas de africanía. Antes de nacer, los niños ya han recibido una joya regalada por sus padrinos para que tengan una vida sin privaciones. Se les regala también algún dije que se manda a curar —un rezo o bendición que se les hace a los objetos— para que los proteja. Los adultos usan anillos de oro que absorben las malas energías, y otras veces las cadenas y los anillos sirven para llamar la buena fortuna y para festejar acontecimientos importantes de la vida. Todavía se le encarga al joyero la confección de las mandas, objetos votivos y de agradecimiento, para pagar favores al santo Ecce Homo de Raspadura o a san Francisco. Son muchos los usos rituales y supersticiosos de la joyería, pero lo más importante de las joyas es lucirlas. Como dice Henri Valoyes, joyero de Quibdó, al negro le gusta salir *embambao* a la calle, le gusta *echar percha*, lucir sus cadenas, anillos y aretes de oro amarillo mate sobre su piel morena; le gusta que se note que no están hechas en el oro desperdiciado de dieciocho kilates, sino que guardan el color intenso del oro que se recoge en la batea.

p. 82 Un boga se acerca a la zona donde opera una dragueta. En este sistema de extracción de oro, un buzo se sumerge en el río y rompe manualmente las paredes de la ribera. El material que se desprende es absorbido por la dragueta, operada por otro minero. En la superficie, lo extraído será procesado con mercurio. Es frecuente que los propietarios de estas máquinas provengan de regiones distantes al Chocó. Foto de Jairo Escobar.

Las joyas conforman un circuito económico y monetario fundamental en la vida cotidiana de las personas. La sociedad no está interesada en la bancarización, no ve las ventajas del endeudamiento financiero frente a la práctica tradicional de acceder al crédito mediante un contrato de compraventa de sus joyas en una casa de empeño.

«El Brujo»: secretos de un joyero

La producción de joyas, la música y un profundo amor por su tierra hicieron de este chocoano un verdadero ícono que alcanzó «secretos de joyería que no los sabe nadie en el país». Murió con ellos.

Alfonso Córdoba Mosquera fue, entre todos los cantantes, compositores, cuenteros, disfraceros y orfebres, el más representativo del Chocó en el siglo pasado. Su gesta fue suficiente para que lo llamaran «el Da Vinci negro», pero su condición de juglar popular definió que lo asimilaran a un *griot* en el Atrato por su sabiduría y sus embrujos.

Nació en Quibdó cerca de los Bataclanes, espacios de liberalidad danzaria, donde entendió todos los mundos musicales a través de las vitrolas y los navegantes de vapores que surcaban el río que comunica al Caribe, y el del poder del metal en los caballeros de burdel con su singular forma de caminar y vestir, pantalón con hebilla, leontina, anillos y prendedores de oro macizo. Quizás esta fue su primera impresión de la joyería tradicional, testimonio de una cultura y una historia que marcarían su vida.

A sus dieciocho años emprendió un viaje por la región del Baudó y descubrió «los secretos del monte profundo», de los ríos y de la selva. Obtuvo la sabiduría para enfrentarse a una sociedad en la que la ciencia y el arte no le fueron ajenos, y adquirió el diseño de la propia naturaleza. Regresó al Atrato y se dio cuenta de que las narraciones de los pueblos sobre el oro están subordinadas a las desventuras y penas mantenidas por siglos: una nación cultural construida con manifestaciones y prácticas de minería, herencias de la Colonia, que dieron sentido a las joyas como patrimonio económico y cultural, dejando huellas de africanía en relatos místicos de convivencia con otros seres, y de esclavizados que compraban su libertad con oro calculado en el pesaje de su cuerpo.

La tradición de la minería procede de los grandes reinos del África occidental traída por antepasados que moldearon un vínculo con el oro que encontramos al desentrañar la maestría y las faenas artísticas de el Brujo. En el documental *Rapsodia negra* (2009), dedicado a la vida de Alfonso Córdoba, Lucas

Silva muestra cómo «gran parte de su vida la ha consagrado al arte de la joyería [...] pasando las tardes trabajando el oro, haciendo bellos collares que parecen salidos de un taller de orfebrería en Ghana o Senegal. Muchos esclavos provenientes de la “Costa de Oro” llegaron a las tierras del Chocó, entre ellos los ashanti, expertos en el trabajo del oro y los metales. Ellos trajeron el saber ancestral desarrollando las técnicas de la orfebrería».

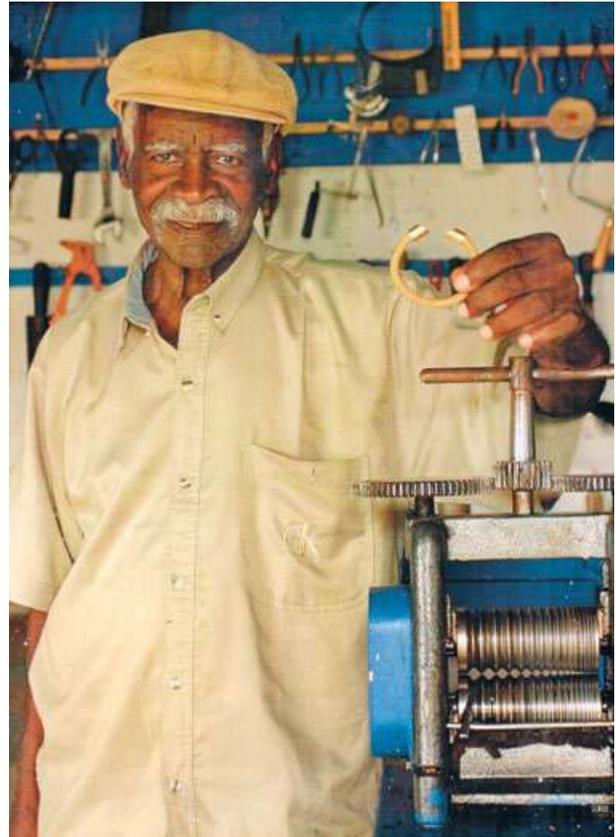
En 1946 el Brujo viajó a Barranquilla, donde embebió motivos que enriquecieron su diseño y conoció los enigmas de la alquimia. Más tarde hizo unas pasantías técnicas en Mompox, donde aprendió las habilidades del artesano fundidor de metales. «En la década del cincuenta, al igual de fructífero en las composiciones musicales, fueron mis trabajos como orfebre educado por expertos italianos en las técnicas de la filigrana en la colonial ciudad de Mompox, pasando a Barranquilla a laborar en las joyerías San Martín, de Carlos Olivares Diar; El Tesoro, de Carlos Duque; Enrique Serrano, de don Enrique Serrano; y Gufran Hermanos», contó el Brujo.

Esa facilidad para producir encantos con el uso de sus secretos la contaba solo a quienes cortejaron su espíritu. Una de esas personas fue Ana Gilma Ayala, quien relató en el libro *Somos hijos del oro*, de Juana Méndez Uribe, que «el Brujo se instaló en Barranquilla [...] y regresó al Chocó trayendo las nuevas tecnologías del oficio: el laminador, el soplete de fuelle, las hileras para estirar el alambre de las filigranas. Adaptó y recreó algunas herramientas y aparatos para la fundición, el dorado, la soldadura y la cadenería».

Como un anacoreta, cual monje que vive retirado en su morada, volvió los pasos a su tierra en 1964 y, con un claro sentido de apoyo a los joyeros nativos, Córdoba ayudó a modernizar los precarios talleres del Chocó. Una vez en Quibdó se unió a maestros reconocidos como Julio Mina, Antonio Sánchez y Salomón Rengifo. A ellos les amplía las nociones del bosquejo y grafica con detalles la floritura de las joyas, facilitadas en el taller del maestro Juvenal Buendía, artista clásico de la joyería chochoana: «Sin egoísmos, me enseñó los secretos de ese oficio. Aprendí no solo la técnica, sino cómo planeaba sus diseños, cómo los superaba de una colección a otra. Él era enemigo de la producción en serie. Las doñas, su principal clientela, se enorgullecían de sus exclusividades», le dijo el Brujo a Perea Chalá refiriéndose al maestro.

Su huella en el río San Juan y el canto de Kilele

En las siguientes décadas, el Brujo revoluciona la música y la joyería creando la agrupación musical Los Negritos del Ritmo, que marcó la vida de cientos de intérpretes y compositores y consagró al oro la región del San Juan, en el sur del departamento. Allí reconocen su aporte al trabajo junto a don Pedro Ibargüen en la joyería de Condoto, territorio del platino,



Alfonso Córdoba, «el Brujo», al culminar una de sus piezas: un pulso o aro en oro matado con terminal en casquillo. Se encuentra en su taller de orfebrería en el barrio El Jardín de Quibdó. Foto de **Andrea Moreno**.

reconocida por las extracciones de metales preciosos a cargo de la compañía minera Chocó Pacífico. En Condoto ensaya con la plata para liberar su mente. Diseña la miniescultura *Boga Remá* y de paso conoce la cuna de célebres canciones de laboreo, los kileles, convertidas en memoria de ancestrías, irrumpiendo los ritmos musicales al recrear el San Juan de Bambazú.

Cumplida la experiencia espiritual en estos pueblos de agua, la aureola de diseñador define su conocimiento y habilidad. Exhibe alhajas frente a colegas en diversas ciudades y logra el segundo lugar del Premio Nacional de Joyería de Artesanías de Colombia por la obra costumbrista *El mercader chochoano* en 1972.

Cargado de fama en su andar, se motivó por estudiar el destino que lo acercaba a la «historia de vejámenes y maltratos en las selvas del río Atrato, como pago a [la] labor» de sus semejantes, llenando de conocimientos las construcciones del disfraz tradicional de su barrio natal, La Yesquita, en la fiesta anual de San Pacho: *Los baúles macabros*, *El bagaje de riquezas*, *La draga* y *Los cuernos de la abundancia* con mensajes políticos y sociales.

La experiencia de Bogotá:

Grupo Niche y reconocimientos

Sus créditos en el canto hacen que en 1978 Jairo Varela lo convoque a la capital, mas no llega a ser parte del Grupo Niche. Termina ocupándose de un taller

particular de joyería desde donde comienza a moverse entre los círculos culturales. Lo halagan, pero la rumba no salda la ausencia de sus hijos, su pueblo y las manifestaciones festivas a las que estaba acostumbrado. Cansado, regresa a su morada en 1984, pero lo llaman de Discos Fuentes. Viaja a Medellín y de allí nace *Los Brujos del Son* (1989).

De regreso decide agremiarse y dedicarse a producir el diseño de misteriosas formas del metal en un espacio artístico en su casa. Lo llamó Joyería Lion Dior. Más adelante compartiría con Omar Mosquera y Ariel Sánchez Garcés en la joyería Buenos Orfebres.

Desde allí, recibe como reconocimiento la Medalla de la Maestría Artesanal, al inicio del nuevo milenio, de parte del Ministerio de Desarrollo Económico y Artesanías de Colombia; dicta un taller organizado por el Programa Nacional de Joyería, en el que enseña la técnica de la filigrana chocoana, y atiende la invitación a compartir las enseñanzas de los maestros de la Scuola d'Arte e Mestieri di Vicenza, Italia, que vinieron a actualizar a los joyeros en materia de tecnología.

Un renacimiento cultural para soñar con la «Escuela de joyería»

La gratitud de su pueblo le permite un renacimiento cultural, además de sentirse estimulado y reconocido por su gremio, pero sus setenta y ocho años y su vida agitada quebrantan su salud y su corazón empieza a debilitarse, lo que le obliga a una intervención quirúrgica y al encierro para guardar reposo. Es el momento de recoger la cosecha. En 2005, la Alcaldía de Bogotá lo invita al Homenaje a los Grandes Maestros y, al siguiente periodo, la condoteña Esperanza Biohó lo lleva al Octavo Encuentro Internacional de Expresión Negra, donde recibe el Guachupé de Oro.

Regresa al Chocó y trata de hacer realidad el sueño que lo desvela: crear una escuela de joyería para las nuevas generaciones. «Para mí era muy importante regresar al Chocó porque toca muy hondo las fibras de mi corazón. Necesito del golpeteo de la lluvia en el techo de mi casa para saber de mi existencia. El Chocó es mi espacio vital, el espacio que me engrandece el alma. En la distancia es difícil guardar el contacto de los aromas y sabores de la tierra, de los amigos y muchachos que me buscan para un consejo, para que atienda sus creaciones», dice el Brujo.

En 2008, a sus ochenta y dos años y con poca fuerza, el Brujo es reconocido como uno de los diez mejores exponentes de la cultura colombiana en la convocatoria organizada por el periódico *El Tiempo*.

Ese mismo año el Ministerio de las Culturas le entrega la Orden al Mérito Cultural. Ese día hizo públicos sus deseos: «Este homenaje como artista es un reconocimiento a tanta cosita que uno ha hecho. Mis sueños son crear una escuela de joyería para los jóvenes más pobres con la ayuda del Sena; y estoy recopilando la memoria musical del Chocó, para que quede grabada a disposición de todos los colombianos [...] Si Dios me da dos o tres años más de vida, quiero coger un grupo de jóvenes y enseñarles, porque yo sé secretos de joyería que no los sabe nadie en el país». El 26 de junio del año siguiente muere en Quibdó, luego de una afección al corazón que lo mantuvo hospitalizado dos meses.

Los secretos del arte orfebre

Quienes los conocimos sabemos que, en el fondo, era agorero y pagano, que poco hablaba del conocimiento de secretos y que sabía por qué lo llamaban «el Brujo»: por su profundo conocimiento sobre las artes. Sin embargo, aceptaba que en las prácticas de orfebre se acompañaba de recursos que le entregó la naturaleza, solo comparable a la experiencia misteriosa de un *griot* africano en espacios geográficos del oro, del cual no se ha recogido su sabiduría para fundir metales.

Liliana Reyes Osma, en una investigación para el Museo del Oro, describió al Brujo como «uno de los pocos orfebres que tiene el secreto de fundir el platino —a mil ochocientos grados— artesanalmente. Aquí los secretos cuentan para el futuro de la supervivencia individual. Por ejemplo, existe la tradición de los orfebres del Chocó, que utilizan una planta que hace que los metales sean más maleables. Me dediqué a indagar, pero nadie me reveló el secreto porque hace parte de su historia y la historia les pertenece. Historia que está en sus manos y en sus pensamientos».

Ana Gilma Ayala cierra sus recuerdos sobre Córdoba en *Somos hijos del oro* recogiendo la historia de Reyes Osma: «Puso sus conocimientos en la mesa de los joyeros con enorme generosidad, pero a nadie le enseñó el truco de la fundición del platino. [...] De todas maneras el truco es una alucinante invención técnica que solo al Brujo se le podía ocurrir».

Si algún día se quisiera recuperar la memoria de la cultura del oro y la orfebrería en el Pacífico colombiano habría que dedicarle un capítulo especial a este hombre sabio, Alfonso Córdoba Mosquera, quien dejó narrado en la canción *El negrito contento* la bendición de haber nacido en una «tierra prodigiosa que / bajo su manto de selva / encierra celoso el oro y el platino / mi tesoro nativo».

Brillante objeto de deseo

Preguntarnos por la relación del oro con su entorno nos revela cómo se ha transformado la geografía nacional según las cualidades físicas y metafóricas de un metal que ha influido en nuestra cultura.

El oro es una sustancia única: posee todo lo que la imaginación anhela en algo tangible. Su brillo y color es el mismo del sol, crea la ilusión de contener la luz en su chispa. No es solo una figura poética. El oro, como todos los elementos más pesados que el hierro, se crea entre estallidos de supernovas. Llegó a la Tierra desde el espacio exterior, ya como polvo de estrellas o en asteroides. La presencia de este metal en el mundo recuerda, como quizá ninguna otra, nuestro origen estelar.

El oro tiende a la independencia, se presenta bastante solo en la naturaleza. Es lo que los mineralogistas llaman un metal nativo o, los químicos, un elemento libre. Esto no es común, pues los metales suelen venir mezclados unos con otros. De ahí que sea posible encontrar pepitas de oro sueltas entre las arenas de un río, perfectamente visibles al ojo desnudo. No es raro que el oro fuera el primer metal que atrajo la atención del ser humano. Los sumerios lo atesoraron hace más de cinco mil años y en adelante lo hicieron todas las principales culturas a lo largo de la historia.

La densidad del oro lo hace pesado, mucho más que el plomo, que tiene su fama bien ganada. Sostenerlo en cierta cantidad da la sensación de abrigar algo potente entre las manos. Sin embargo, se deja tratar con herramientas sencillas. Es tan maleable que una sola pepita puede extenderse, por golpes de martillo o bajo la presión de rodillos, hasta obtener una lámina del tamaño de un póster. Estas finísimas hojas son conocidas como «pan de oro» y se usan desde la antigüedad para recubrir obras de arte y figuras religiosas. Ahora protegen, además, a los astronautas del efecto de los rayos ultravioleta. De nuevo en el espacio, el oro cuida al ser humano.

Por su ductilidad, con el oro se puede formar un hilo muy delgado, una propiedad que aprovechan los orfebres que trabajan la filigrana. Los españoles trajeron esta técnica a América. Es bien conocido el oficio centenario de los artesanos de Mompox, donde

entorchan por pares las finas hebras de oro y luego las aplanan con un martillo o un laminador. El torzal dorado que se dobla para dar forma y volumen a la joyería de esa ciudad histórica recuerda el sinuoso trazado del río Magdalena.

El oro es uno de esos metales conocidos como nobles, que suelen reaccionar poco o nada ante la adversidad de la química. Nunca se oxida ni se corroe. Los alquimistas estaban fascinados con esa cualidad y probaron con obsesiva insistencia hasta encontrar una sustancia que fuera capaz de disolverlo. La encontraron en el agua regia, que es la mezcla de dos tipos de ácido. Uno de ellos, el nítrico, es el que aún se usa para hacerle la «prueba del ácido» a una joya y saber si está hecha de oro. Los orfebres frotan la pieza sobre su piedra de toque o contra una lima, y aplican un poco de ácido sobre la raspadura. De acuerdo con la reacción, separan la «fantasía» del oro. Determinan si lo que se tiene entre manos es oropel o simplemente mineral de pirita, el «oro de los tontos».

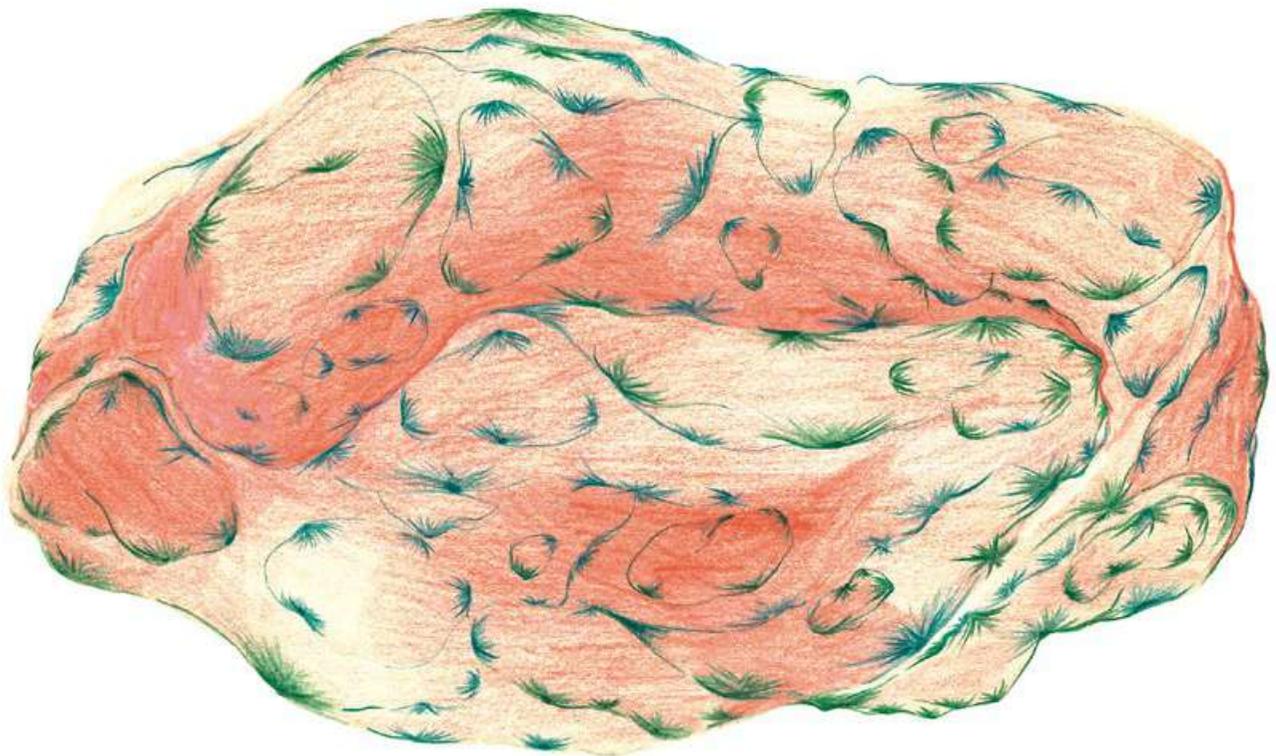
El oro, sin embargo, no se fía de una pureza total al pasar a las manos del orfebre. Elige compañías que mejoran sus propiedades. Le gustan el cobre y la plata, amigos desde su formación natural en las rocas. Los ancestros indígenas usaban la tumbaga, una aleación con cobre, que cargaba estos metales de simbolismo en su relación con la naturaleza. Actualmente se usan esta y otras combinaciones como opciones comerciales. Un poco más de cobre le da al oro un tono rosado, y un poco más de plata, una claridad verdosa. Mientras tanto, algo de paladio lo pone más blanco. Belleza y eternidad.

A todas las cualidades del oro hay que sumar su escasez.

Porque, como sabemos, el oro no se encuentra fácilmente. Una manera de obtenerlo es quitárselo a otro. Pero, saqueos aparte, hay que tomarlo de la tierra. Si es del tipo de oro que se encuentra en las rocas de las montañas, hay que hacer socavones a lo largo de las vetas. Si es del que se encuentra en las playas de los ríos —de aluvión—, basta con lavar las arenas de las orillas para quedarse con él. Si estos dos tipos de minería se hacen entre unas pocas personas y artesanalmente, o con el cuidado de empresas y estados responsables, el daño ambiental es poco. Pero, una vez se encuentra un lugar donde abunda el oro, las personas acuden en caótica multitud.

Estas fiebres del oro transforman los paisajes y alteran las relaciones sociales del lugar. Algunas de ellas han sido famosas, como la de Johannesburgo en Suráfrica y la del Oeste en los Estados Unidos durante el siglo XIX. En Colombia ocurren en muchas localidades, tanto en las minas de aluvión como de veta. En las primeras, los grupos de mineros no llegan solo con bateas, sino con dragas que permiten remover las riberas arenosas en grandes cantidades, que no solo dejan el paisaje irreconocible sino que enturbian el agua a niveles que afectan a los peces y otros seres vivos. Los ríos Cauca, Nechí y Dagua son solo tres ejemplos de los cientos que son destruidos en Colombia por medio de la minería furtiva.

En las minas de veta, los mineros ilegales agujerean la montaña en anómalos laberintos, a menudo peleando a sangre y fuego con las empresas establecidas.



Así es en Buritica, Antioquia, zona minera desde la época de la Colonia. Los grupos ilegales controlan toda una maquinaria que empuja a mineros a invadir bajo su propio riesgo los túneles autorizados. Entre unos y otros, estos socavones van formando una verdadera telaraña dentro de la montaña. Aquellos construidos por compañías legales cuentan con sistema de aireación, iluminación y transporte motorizado; pero cuando son clandestinos suelen ser agujeros precarios en los que apenas cabe el minero.

Aparte de estos personajes, hay dos que quiero reseñar y que hacen parte del problema ambiental en la minería de oro en el mundo: el mercurio y el cianuro. Ambos son importantes porque permiten recuperar el oro recién sacado de las minas. Tanto el de roca como el de aluvión suele estar mezclado con óxidos de poco valor, de modo que es necesario separarlo para la venta. Y, para ello, hay que usar alguna de estas tóxicas sustancias.

El mercurio es la técnica más usada en la minería artesanal. Este metal líquido tiene afinidad con el oro y se adhiere a él de forma única. Ambos forman unas pesadas masas que hacen fácil identificar y apartar minerales de poco valor. Luego, basta con evaporar el mercurio con un soplete para dejar el oro puro y listo para la venta. En condiciones ideales, el mercurio se condensa y reutiliza, pero esto casi nunca ocurre. Las personas terminan inhalando vapores tóxicos, mientras otra parte cae a las corrientes de agua. Allí pasa de los peces pequeños a los grandes a medida que unos se comen a los otros. Al final, los bagres y otros peces de río llevan consigo cantidades de mercurio que llegan al ser humano. La dieta basada en pescado, rica y sana por naturaleza, se convierte en la más dañina en las regiones de influencia minera.

Ante la prohibición del mercurio, la cianuración es el método más usado por las empresas mineras. Es costoso y exige un montaje más complejo, pero les permite trabajar con volúmenes mayores. El material ya molido de las minas pasa a unos tanques con solución de cianuro que disuelve las finas partículas de oro. Al igual que con el mercurio, el problema viene cuando esa solución con cianuro no se maneja bien y termina en las fuentes de agua y las contaminas. La falta de control del Estado motiva a que las compañías mineras se esfuercen poco en encargarse de sus desechos.

De cualquier manera, cada vez se produce más oro, el apetito por él es único. Se mantiene vigente y en aumento. China es el mayor productor, seguido de Rusia y Australia. Suráfrica fue el más grande del siglo XX, ahora su producción viene decayendo. De los países que hablan español, México y Perú están entre

los diez primeros, y Colombia los sigue un poco más abajo. De alguna manera, el tesoro de El Dorado se mantiene vigente.

De cada diez gramos de oro que se sacan en las minas, cinco van para joyería, cuatro son comprados como inversión o van a los bancos centrales, y uno va para uso industrial. Los tres renglones van en alza. El símbolo del oro como alianza y adorno del cuerpo sigue teniendo adeptos en el mundo entero, especialmente en los países en crecimiento. Las naciones que hacen competencia a los Estados Unidos buscan respaldar sus monedas con la compra de oro. Y, como novedad, el oro es ideal para fabricar conectores eléctricos en teléfonos celulares y todo tipo de artículos computarizados. La alta demanda de lado y lado eleva los precios, lo cual permite que yacimientos relativamente pobres sean económicamente explotables.

Actualmente, hay un poco más de doscientas mil toneladas de oro sobre la superficie de la Tierra. Es decir, el equivalente a un edificio de unos siete pisos de alto y veinte metros de frente —hecho de oro, por supuesto—. Aparte de lo que se recicla, cada año se le agregan unas tres mil quinientas toneladas nuevas, lo que es algo así como una piscina mediana. Colombia produce el 2 % de ese total anual, lo cual equivale más o menos a un cubo de oro de metro y medio de lado. No parece tanto, la verdad, para todo lo que representa en problemas sociales, ecológicos y gasto de energía de todo tipo. Esto es lo que significa ser el objeto de deseo del ser humano.

Hacia un futuro más lejano, cuando nos lancemos a la conquista del espacio interplanetario, el oro será aún más importante. La mejor manera de proteger a las personas y las naves espaciales de los dañinos rayos ultravioleta es, como lo mencionábamos, recubrir sus trajes y naves con finas láminas de oro. De esa manera, más allá de lo humano, el oro volverá al lugar de donde vino, el espacio exterior.

Actualmente, hay un poco más de doscientas mil toneladas de oro sobre la superficie de la Tierra. [...] Colombia produce el 2 % de ese total anual, lo cual equivale más o menos a un cubo de oro de metro y medio de lado. No parece tanto, la verdad, para todo lo que representa en problemas sociales, ecológicos y gasto de energía de todo tipo.

¿Quién tiene derecho a un armadillo de oro?

Arnoldo Palacios se desplaza a la infancia y relata con una voz que se ubica con su cuerpo en el suelo. Tiene seis años y desde allí evoca su relación con el polio que sufrió a los dos años, preguntándose, a veces con miedo, sobre el mundo que lo rodea y en el que observa a los adultos. No hay muchas referencias temporales, solo la experiencia de la campaña política de su padre por Enrique Olaya Herrera.

Este relato está marcado por el asombro, la duda y la inexperiencia. Nacido en Cértegui, en 1924, y fallecido en Bogotá, en 2015, escribió *Buscando mi madredeíós*. No es un relato autobiográfico: su mirada recuerda a *mimadredeíós*: «Buscar su madredeíós, sumadrediosita, es una expresión empleada diariamente por nosotros, los negros del Chocó. Significa consagrar sus energías y toda su santa paciencia a conseguir el pan cotidiano, andar alguien en pos de la buena suerte».

Buscar la madredeíós traza un horizonte: tener paciencia, ponerse de pie y andar. Andar como un objetivo posible para cuando sea adulto. La paciencia y la suerte recorren muchas páginas de historias breves, fragmentarias, que a veces son instantes o estampas. La madredeíós también la buscan la familia, los primos, los compañeros de escuela y los adultos. En un constante ir y venir entre Tadó y Cértegui, Arnoldo vive entre el reconocimiento del territorio en el que habita y las actividades que hacen posible su existencia, en ciertas ocasiones difícil. Vive con sus padres y parientes, reconoce cada uno de los rincones de sus casas y los retos para llegar a ellas. Identifica las diferencias de sus formas de vida entre lo doméstico, el comercio de la tienda y el trabajo artesanal: la carpintería, la joyería, la modistería.

En su crecimiento se desplaza también por los ríos, al borde de la selva, que casi siempre ve al otro lado, marcada por lo sorprendente, lo inexplicable y el peligro. Le dedicará varios momentos del

relato a su encuentro con los indios. Pero hay otro lugar al que el niño no va porque es un lugar abstracto: la mina. Ve a los tíos y tías ir y regresar de la mina, el lugar de lo inexplicable, que exige abruptamente modificar las palabras y las costumbres: «De pronto se oyó un ruido pavoroso. Pisadas en tropel por la playa e, incluso, algo como lamentos. La familia se precipitó hacia el corredor. Efectivamente una romería iba gritando: “¡Mi gente, se taparon!”. Más adelante, luego de constatar la noticia, frente a un anisado se produce la reflexión: “Nosotros los mineros salimos con nuestros propios pies de la casa y no sabemos cómo volvemos a entrar, ni si cuando volvemos a salir es con los pies para adelante. Y no más por buscar la madredeíós, el grano de oro o la tapa de platino... Cuñado Venancio: sírvase dos aguardientes dobles, hágame el favor”».

La presencia de la mina no es conflictiva, aparentemente, con la comercialización del metal a pequeña escala por parte de los conocidos y parientes en la tienda de su padre. Menos aún con el trabajo del oro que es una práctica, casi doméstica, en la que los niños descubren el aprendizaje y los afectos, y los adultos la posibilidad del sustento. En este caso se trata de un lugar concreto cuando se va «a trabajar la mina». Así lo hacen las personas que tiene cerca: «El canalón de mamá Fride era largo como de la casa a la boca de Agualimpia; el lecho bordeado por dos muros de cascajo amontonado cuidadosamente desde hacía muchos, muchos años, pues el finado Tomás había trabajado allí. Ese canalón era una herencia, decía mi mamá Fride».

Los niños acompañan el duro trabajo de esta mujer cuya figurita parecía que se esfumaba, que no estuviera allí sino en otra parte. «Los niños quieren ganá su platanito que se come». Arnoldo recuerda:

Una vez el ritmo adquirido, yo los contemplaba ejecutar una danza, acompañada por el murmullo de la Quebradita, la batería de cachos, barra y descargue de las piedras contra la pared

del canalón. Observaba yo ese espectáculo, desde lo alto. Mi ser ardía, deseoso de participar en la faena.

Batea va, batea viene, batea va, Evelio dele que dele a la barra, aviente barra, aviente barra, sale cascajo, chispea barro, batea, va, batea viene.

Arrastrándome, de nalgas, me deslizo hasta el borde del canalón. Permanezco contemplando de cerca, sí, tal vez yo puedo también trabajar mina, yo puedo ayudar; puedo llenar de cascajo la batea; o mejor echo barra con Evelio.

Otro lugar, que no es ni abstracto ni concreto, se construye con palabras. No solo las de Palacios, también las que rescata a partir de múltiples relatos en una vida que está bordeada por el misterio, la oración, el secreto, las gracias, la piedra de ara y las hojas de yerbabuena. A la tía Venancia, partera, el armadillo de oro se le escapa de las manos, «baboso», y ante el grito a Santa Helena (la santa de los hallazgos de las reliquias y la arqueología) lo pierde definitivamente. «Bueno, cuando ella dio el grito la oyeron; acudieron varias personas de la familia. En el momento preciso que ellos llegaron el armadillo de oro se le zafó de los brazos a tía Venancia, que lo tenía bien apachado; comenzó a covar barro rápido, rápido y ¡adiós paloma!». ¿Por qué se le escapó?, pregunta el narrador: «Porque cada cual tiene su suerte y cuando se le aparece es a él únicamente. O tal vez alguno de la familia tenía mal corazón».

La vitalidad del relato refleja el valor de la subsistencia o su expresión demoníaca frente a la avaricia. El mal corazón y el carácter esquivo del oro muestran el territorio como un espacio que tiene su propio equilibrio, sus propios valores y sus tradiciones. «Hombre, este charco tiene mucha historia. Aquí se hundió la draga. Varias canoas han fracasado aquí también. La draga fue en milnovecientos». En *Orovivo*, cuyo nombre se explica en este fragmento:

Dicen que en ese momento el oro caminaba como si tuviera patas, como hormigas se escondía. Viendo que el metal vivo no daba tregua de que lo echaran en la batea, las personas se arrastraban con los brazos abiertos de par en par, para atajarlo empunñándolo en las manos. Y hasta así se les escurría, por entre los dedos apretados. Algunos abrían la boca, los oídos, las narices [...] El oro tiene vida. Y en *Orovivo*, lo que pasó fue que con el genio, con semejante descontrol vino gente de mal corazón; y esa es otra cosa que el oro no puede ver..., el mal corazón... Lo que usted cuenta es positivo, Venancio; yo me recuerdo...

Hay muchos territorios en el relato de Palacios. Los que he señalado se refieren al oro como algo dinamizador: la mina, su producción, el cansancio, el peligro, la muerte; la producción atada a los lazos indestructibles de la solidaridad y los vínculos generacionales que mantienen a la comunidad; el oro vivo como la posibilidad de tener ganancias de manera avariciosa en tensión con el oro que se entrega a los habitantes del territorio para su sustento.

La infancia tiene la belleza de la sencillez; lo que desde la ingenuidad encuentra, incluso en la dificultad, un rastro de felicidad. Surgen entonces las preguntas sobre qué es lo que incomoda, por qué la necesidad de su padre de arengar y consolidar una política liberal contra los conservadores que se han mantenido políticamente en sus tierras, por qué la necesidad de cambiar lo establecido y por qué las dificultades para mantener la poca estabilidad, por qué la necesidad de narrar un relato sobre el pasado.

Es necesario detenerse y escuchar lo que quieren decirnos las palabras de un relato sobre el recuerdo y la infancia en las historias nocturnas de los cuentos de Justiniano y del más allá, de las mil y unas noches, del grito de la partera invocando a Santa Helena, del nombre dado a un pequeño territorio ubicado en Chocó, *Orovivo*, de un fragmento que estimula los sentidos y hace posible que la palabra viva en el presente.

Como le dice Carlos a don Cirio en la sastrería, las palabras tienen su misterio —un misterio que ya ha desarrollado Palacios en su novela *Las estrellas son negras*—. En *Buscando mimadredediós* le da otra vuelta de tuerca y le hace un homenaje sutil a la poesía:

Como queriendo ya mascar lo que las tripas le están reclamando.

Sí, oiga HAM-BRE, HAM-BRRRRRE,

¡HAAAMMMBRRRRREEEE!

Pues en mi humilde criterio, el que inventó las palabras, a Hambre ha debido ponerle Azucena y a Azucena ha debido bautizarla Hambre.

Porque así, el hambre no sería tan infame.

Los hijos no atormentarían a su padre diciéndole:

«Papá, tengo HAAAMMM-BRRRRREEEE»,

Sino que dirían:

«Papá, tengo Azucena».

La vida sería más llevadera, ¿no es cierto?

Metales pesados

A Liberman Arango

Barequeó en los ríos para escudriñar el oro
arisco
con su familia
 para sobrevivir,
era un niño.
Después en la mina de la montaña
cuando era un hombrecito,
 rebuscando oro, como todos en el pueblo,
con el mercurio en la nevera de su casa
 lo limpiaba
para que luciera brillante, brillante.

Trabajó con las manos
los metales pesados.

Por un problema que no sale a la luz
se fue del pueblo
 a la ciudad.

Y cayó a la calle
*A mí me gustaba robar carros
bien pepo.
Robar carros a lo película
meter el cambio y volarse de las sirenas.*

Ahora, dice, ya no le gusta robar
vive entre una carreta que le sirve de casa,
al lado de la estación Prado del Metro,
junto a una fila de otras carretas
ubicadas en caravana para cuidarse
de la maldad del pavimento y del clima.
Y recicla lo que encuentra en sus recorridos
por la urbe.
Limpia relojes y joyas hallados en muladares
con una aguja diminuta
para dejar las piezas brillantes, brillantes.
*Ahora me gusta estar tranquilo
solo mariguanita
para evitarme los problemas de
la calle.*

Con las manos ocupadas
en las alhajas relucientes,
y los ojos entornados,
mira las chispas metálicas
que refulgen en los objetos cuando
les da de lleno el sol.

CORREOS DE COLOMBIA

DEPARTAMENTO DE NARIÑO



30

MINAS DE ORO

CENTAVOS

30

THOMAS DE LA RUE & CO. LTD.

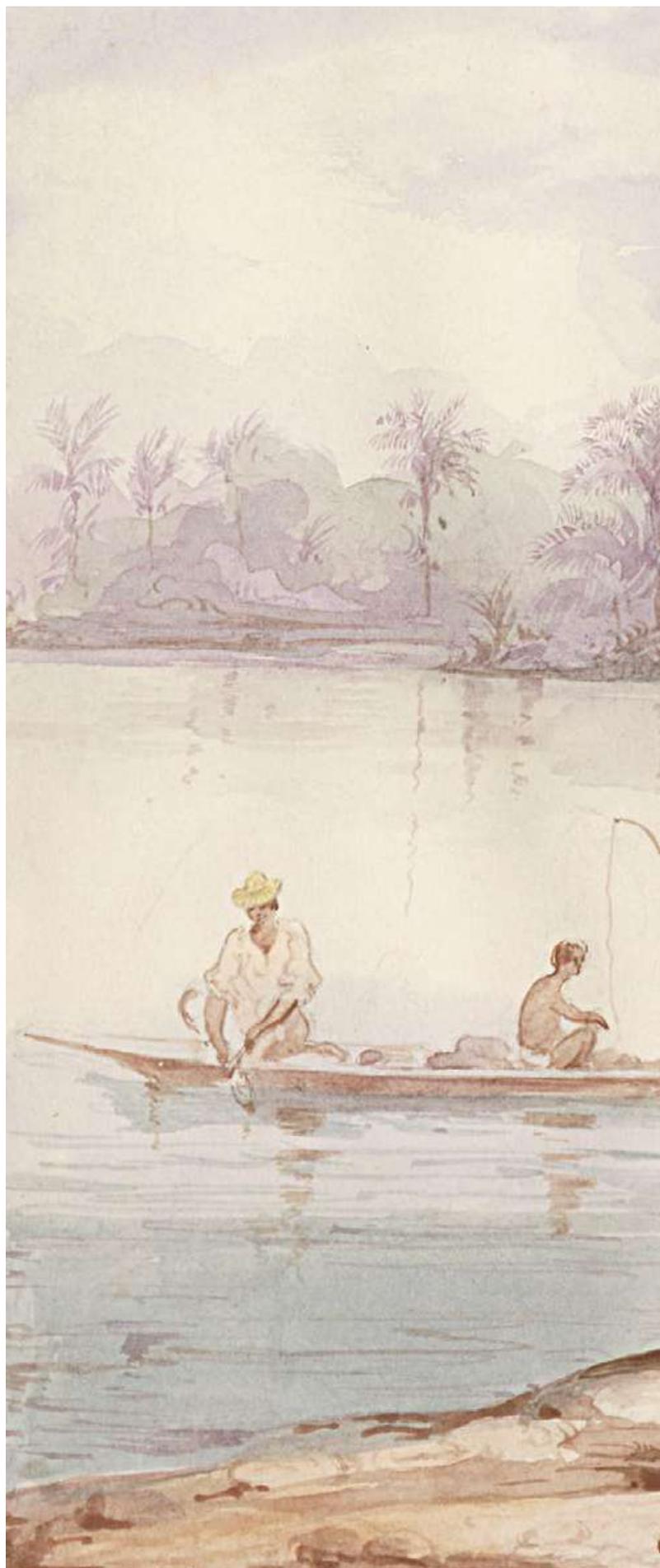
Orofagia

Hace cincuenta o setenta o ciento veinte años vivió un hombre llamado Benito, que era negro o zambo o tal vez mestizo, y vivió en el corazón de un pueblo llamado Barbacoas, que antes se llamó Santa María del Puerto de las Barbacoas cuando lo fundó un español hace más de cuatrocientos años a orillas del traicionero río Telembí, y que fue de todos aquellos pueblos del Pacífico, durante muchos años, el más resplandeciente, pues tanto oro había entre sus tierras y sus aguas que en las bocas de los peces que nadaban por sus ríos encontraban granos de oro los afortunados pescadores, y en las huellas que en sus selvas dejaban los jaguares quedaban rastros de oro que descubrían los cazadores, y había oro también bajo las plantas y las piedras, y en la lluvia que caía y en el viento que soplaba, e incluso se decía que bajo un frondoso árbol de flores amarillas, un árbol formidable al que llamaban «pacoa», brotaba y brotaba el oro, y se decía que los mineros antiguos, que todo lo sabían, ahí donde cavaban, con sus palas y almocafres, que son como cucharas a una pica fusionadas, ahí donde cavaban sacaban cualquier cantidad de oro, es por esto que se entiende que los primeros cronistas, recién arribados del reino español, que escribían páginas y páginas, en endecasílabos rimados, hablaran con sumo respeto de la orfebrería del Pacífico, decían que era la más exquisita de todas las que había, y se sorprendían con las filigranas y alhajas y zarcillos y collares de canutillos finos y deslumbrantes ajuares con que iban embambadas las mujeres telembías, y fue por todo ese oro que años adelante, en el siglo XVIII, vivieron aquellas tierras su momento de esplendor, Barbacoas se convirtió en una ciudad muy florida, pues los poderosos que allí moraban tanto se habían enriquecido gracias al sudor de los esclavos negros que de sol a sol trabajaban en las minas, que en sus casas era común encontrar muebles de bronce dorados y tapices de cachemira y porcelanas de Sèvres y esterillas del Japón, y contaban aquellas casonas con dos escaleras, una para los amos y otra para los esclavos, y se dice que era como un Potosí, pero fuera de Potosí, y aunque ya hoy de eso muy poco queda, fue en esas tierras también que vivió don Benito, que de apellido era Cortés, pero a quien la gente llamaba con el nombre de Benito Pierna, y nadie sabe bien por qué, o todos saben por qué, pero el porqué difiere según el que hable, hay quienes afirman que se debía a que era renco de una pierna, pero otros sostienen que en sus piernas ningún defecto tenía, e insinúan que la razón de semejante sobrenombre se debía, en realidad, a esa otra pierna, que entre las dos a los hombres les cuelga, y

que estaba don Benito de aquella bien dotado, bien cargado, y que por eso respondía cuando Pierna lo llamaban, pues nada en ese nombre le agradaba, «las dos para caminar y la de la mitad para tu mamá», pero no todo hay que creerlo, ya se sabe de sobra que la gente mucho habla, y dice, por ejemplo, que el oro solo se le aparece a quien tiene el corazón limpio, y que así como el oro da, el oro también quita, y dicen otras cosas aún más extravagantes, como que ni a mujer menstruante, ni a aquella que horas antes practicó el coito, se les manifiesta el oro, aunque esto muchos tampoco creen, en lo que sí coinciden todos es que el oro es vivo, es misterioso y es esquivo, y también coinciden en que de ese oro don Benito tenía mucho, pues le había caído en suerte que las tierras que adquirió, por un monto más que exiguo, estuvieran por completo colmadas de topes de aquel metal, del metal que siempre brilla y recién salido de la tierra es de un amarillo intenso, y no requiere, como los otros metales, ni ser brillado ni ser purificado, y fue por tan buena suerte, la de tener su tierra sobre una mina de oro, que don Benito se convirtió en gran señor de la región, en respetado magnate, y así amasó tal fortuna que cuentan que guardaba su oro en cuanto lugar pensaba, en potes de mermelada, y en botellas de vino forradas con damajuanas, y debajo de la cama, y en el fondo del armario, pero la mayor parte de su oro, y lo hacía para despistar, lo guardaba envuelto entre hojas de unas plantas muy grandes, de más de cien centímetros, que antes se usaban para guardar la sal, que también era valiosa, aunque no tanto como el oro, y cuentan que don Benito ya no sabía qué más hacer con todo el que tenía, hasta que llegó un buen día en que brilló su inteligencia con idea muy inusual, idea en verdad insólita, incluso para una tierra como la de Barbacoas, que alguna vez nombraron la «Perla del Telembí», y en donde se han visto, a lo largo de los tiempos, las más variadas rarezas, como aquella de un marqués llamado de Miraflores, que ofrecía suntuosos banquetes servidos en vajillas de oro coruscante, y atendidos por esclavas semidesnudas, que lucían corpiños tejidos con la filigrana más fina, o aquella otra del robo de la Virgen de Atocha, que ejercía de patrona de toda la región, y a la que los barbacoanos, del primero hasta el último, en algún momento de sus vidas, le donaban alguna alhaja para que les cumpliera un milagrito, mas ninguna extravagancia iguala en grado a la de don Benito, quien ese día de iluminación empezó una extraña costumbre que durante años repitió, y era que se levantaba, bien temprano en la mañana, y le ordenaba a su criado, el más fiel de todos los que en su casa había, que la comida preparara, y corría el criado fiel para a don Benito no disgustar, y en su plato le servía un queso y una bala, que aunque violento nombre tiene, no es sino plátano maduro y machacado, y de bebida tomaba invariablemente un café, que muy negro le gustaba, para la buena digestión, y abría el señor sus frascos de mermelada, y de ellos polvo de oro sacaba, el mismo del cual decían los indígenas que era el sudor del sol, y entonces tomaba el polvo, que no solo guardaba cual si fuera mermelada, sino que asimismo lo comía, y le rociaba a su porción de bala un poco de polvo encima, y así se la engullía, con un soberbio placer, y después de unos minutos, el estómago lo apuraba, que el café y la bala, y el queso y el oro, alquimia intestinal causaban, y no había ya más tiempo que perder, por lo que debía este aurívoro interrumpir la labor que lo ocupaba, y dirigirse directamente a su baño, en donde se sentaba en un excusado, fabricado con madera muy fina, madera de guayacán, y cagaba don Benito a través de un hueco al fondo del excusado, y todo caía pabajo, y caía varios metros, pues su casa era grande, grandísima, de más de cuatro claros de un lado para el otro, y flotaba como en el aire, sobre unos palafitos, y su mierda caía, y en el pueblo era noticia, pues llegaban las

mujeres que traían sus bateas, y apuradas las llenaban con la mierda del magnate, y batían y batían y batían otra vez, y de entre la mierda hallaban el oro que no se oxida siquiera entre la mierda del más rico, y es por ello que no sorprende que el pueblo no se contentara, y empezaran a llegar grupos grandes de gentes ávidas, que con sus almocafres raspaban la tierra húmeda, ahí cerca de la base de donde nacían los palafitos, y raspaban con vigor en busca de más oro, hasta que don Benito los mandó a expulsar pues si no la casa le iban a tumbar, y es por tal razón que algunos no lo querían, decían que era egoísta, arrogante y altanero, pero otros muchos en cambio lo querían como a nadie, decían que aunque rico como el más sencillito vestía, y también, no se puede negar, porque en medio de la parranda derrochaba y a todos complacía repartiéndoles billetes y comprándoles licores, y era por eso que cada vez que a Barbacoas volvía, tras muchos de sus viajes por toda la región, viajes ineludibles para hacer rendir sus negocios, a don Benito lo recibiera el pueblo con güisqui y con orquesta, y con toda la fiesta, y hay quienes aseguran que tal era su fortuna que cuando ganas le entraban de defecar, y se encontraba fuera de casa, paseando por Barbacoas, tenía que recurrir a algún inodoro público, y que ahí se limpiaba el culo con el papel de sus billetes, y que la gente que lo seguía, que pocos nunca eran, pues los ricos una corte siempre llevan detrás, iba a recuperar los billetes, y a limpiarlos para gastarlos, pero aunque estos sucesos algunos tienen por leyenda, lo que sí parece cierto, más allá de toda duda, es que, de tanto comerlo, el oro se le subió a la cabeza, y empezó a decir don Benito, sin asomo de bochorno, que quería comprarle a Dios un pedacito de cielo, y que lo iba a acomodar para poner allá a su mujer, para que nadie se la viera y nadie se la tocara, y por tener ideas como esta, de comprarle al mismísimo Dios, al inventor de todos los cielos, al padre de todos los seres, una casa en el aire tan solo para su mujer, es que dice más de uno que don Benito fue castigado, y que su riqueza se esfumó así como había llegado, sucedió un nefasto día en que al pueblo arribaron unos mercaderes de tierras muy lejanas, y a la casa de don Benito fueron directo a tocar, y cuentan que al criado le preguntaron dónde guardaba el oro su patrón, y a cambio de la información una parte del botín le ofrecieron, y el criado, que era el más fiel, pronto dejó de ser fiel, pues el oro a todos corrompe, a todos encandila y hace alucinar, y les reveló a los comerciantes el astuto escondite, que eran las hojas grandes de más de cien centímetros, y en un santiamén cambiaron el oro que había dentro por muchas libras de sal, y partieron de la casa y del pueblo y de la región, y cuando a la mañana siguiente fue don Benito a desayunar, se encontró con el engaño, y entonces gritó y gritó para llamar a su criado, pero este ya lejos andaba con el oro prometido, y cuentan que fue tal la tristeza de don Benito, que además de pobre resultó muy enfermo, le brotaron ampollas por todo el cuerpo, y terminó vagabundeando de aquí para allá, como el mendigo más pobre, y dicen que cuando murió, aquellos que lo querían y que antes le echaban vivas, que ahora se contaban con los dedos de las manos, colecta tuvieron que hacer para pagarle su entierro, y dicen los que más saben, que son siempre los más ancianos, que cuando alguien bota palabras, como las botó don Benito, y desafía al gran creador, entonces muere maldito, pues Dios no perdona ni al soberbio ni al altivo, y es así que se cuenta la historia de don Benito Cortés, que quizás no quiso sino librarse de las energías dañinas, pues dicen las malas lenguas que el oro es gran protección, que limpia de todo lo pérfido, de todo lo que es del diablo, y quizás sea por eso mismo que no se oxida jamás, y que don Benito lo comía como dorada mermelada, o quizás no fuera sino otro más de los delirios de grandeza, de aquellos que tanto tienen los hombres de cualquier

época, que llevó a este singular magnate a querer asemejarse a un cacique de los de antes, como aquellos que se cubrían el cuerpo todo de oro, para apropiarse de las fuerzas del astro que nos da vida, y en verdad que la Historia es juguetona y burlona, y que une el pasado al presente y el presente al futuro, de formas que no anticipa ni el más circunspecto, y es así que el final de este ilustre barbacoano en algo recuerda al de Pedro de Valdivia, primer capitán general del largo Reino de Chile, a quien los bravos mapuches le curaron la sed de oro, de la que sufrían todos los españoles, trayéndole una olla ardiente y diciéndole en el acto, pues tan amigo eres del oro, hártate ahora de él, para que lo tengas bien guardado, abre la boca y bebe de este que viene fundido, y como los mapuches hicieron lo que dijeron, hasta ahí llegó de Valdivia, que murió bebiendo oro bien fundido y bien caliente, que no es una mala muerte, si a mí me lo preguntan, que morir bebiendo oro es como morir bebiendo el sol, aunque quizás todo esto no sea sino una gran enseñanza, y la verdad sea la más sencilla en que se pueda pensar, aquella según la cual el oro no debe ser fuente de riquezas ni origen de ambiciones, pues hay cosas en el mundo que jamás deben ser tocadas por el hambre de la codicia.



p. 96 Estampilla de correos de Colombia. Departamento de Nariño, sin fecha. Colección privada.

→ Manuel María Paz. *Modo de labar oro: provincia de Barbacoas [sic]*, 1853. Acuarela sobre papel. Colección de la Comisión Corográfica. Biblioteca Nacional de Colombia.



A través del proyecto de investigación «Análisis participativo sobre la minería de subsistencia y los conceptos de ancestralidad, tradición y trabajo artesanal en Colombia» que realizaron en 2023 el ICANH y el Ministerio de Minas y Energía, nos preguntamos: ¿qué es el oro y cómo nos significa?

Bajo Cauca y nordeste antioqueño

Aramis Echeverri

Líder Asociación Agrominera de Puerto Claver

En el municipio de El Bagre ya lo superficial está trabajado, así que nos toca con la ayuda de la retroexcavadora [...] El minero hace un hueco en las partes planas donde ubican material. Hay unos huecos que tienen un valor de veintisiete, treinta y cinco, hasta setenta y dos millones de pesos. Pero el oro no es una cadena, el oro viene por partes. El oro se formó aquí en nuestra región en aluviones arrastrados por ríos, por eso llamamos «minas de aluviones» a estas tierras. Como llegó en la grava arrastrada por los ríos, las corrientes dejan el oro [...] Allí es donde el minero hace un hueco profundo [...] Cuando llegamos a la parte aurífera que está sobre un nivel que los mineros llamamos «la peña», los aluviones llegan hasta ese límite. Hasta ahí baja la máquina. Cuando la retroexcavadora bota toda esa capa de tierra inservible, aparece el pueblo, que empieza a competir con la máquina.

A veces hay accidentes.

Teresa Jaramillo

Lideresa de la Asociación agroambiental y comunidad afro de Puerto Claver

El oro es el metal de reyes, el metal al que menos infecciones se le pegan, el que más fácil se limpia, uno que no se acaba pero se transforma [...] Mientras más fuego se le da, más se purifica. El oro es de la tierra, son los minerales que fue dejando para el ser humano: hay que buscarlo.

Marmato, Supía y Riosucio, Caldas

Papa Pumba

Guamal, Supía

En el tiempo de mi mamita, el oro que había era mucho, pero la máquina lo agotó. Tuve un tío que trabajó cuando la draga acabó con el oro de Supía. Él me decía: «Venga yo le muestro en dónde hay oro y usted verá cómo lo saca». Al pie de Quebrada Grande había un

oral el berraco y no le paré bolas. Al tiempo, fue un señor que se llamaba Joaquín. Revolcó el río y sacó el oro ese con cuatro motobombas. Las cosas han cambiado y el barequeo ha dado paso a la minería de cúbicos.

Medio Atrato chocoano

Yhonny Moreno

Asociación de Mineros de Bebará

Ahorita que el oro se profundizó, que hay que utilizar maquinaria, ahí sí hay miedo: el Estado colombiano lo persigue a uno como minero ilegal. Uno está al borde de que en cualquier momento bajen a la mina, lo recojan y lo lleven como detenido. O también le quemen su maquinita, su sustento.

Claudio Quijada Mena

Asociación de Mineros de Bebaramá

Sabemos cuándo hay y cuándo no hay. Nosotros no trabajamos con estudios para saber dónde está el oro: el estudio es la vista, los conocimientos espirituales, los conocimientos técnicos que tenemos.

Norte del Tolima

Aixen Hawuer Motta

Minero de subsistencia, Chaparral

En el paisaje sagrado de los pijaos sobresalen cumbres tutelares donde habitan las riquezas y los espíritus que las cuidan. Entre estas cumbres, como son el cerro de Pacandé en Natagaima, La Picota en Alvarado o los Abechucos en Ortega, son sagrados. El día que esas vetas sean trozadas, el mundo dará la vuelta y se hundirá porque ya no se soportará de la misma forma en que lo ha hecho hasta ahora. Por eso, los mineros indígenas preferimos buscar el oro por ramas, en las chispas que se desprenden de las peñas y ruedan en los aguaceros. Por eso barequeamos. Para vivir de esos pedacitos de oro que se desprenden de la montaña y que se van por las quebradas.

Andrés Mauricio Robayo

Minero de subsistencia, Cajamarca

El minero artesanal interactúa con las montañas, los ríos, los lechos y las correntías, el clima, el suelo y el subsuelo. El minero conoce los flujos del agua y de la tierra de acuerdo con lo que logra percibir en el canto de las aves, en la aparición de los insectos, en la ubicación de los reptiles y mamíferos que lo rodean.

John Henry Ángel

Minero de subsistencia, Venadillo

En las quebradas donde barequeamos a veces se encuentra un oro bueno, de pepitas grandes que son

las más apetecidas. Pero desaparecen como si fueran un pez que regresa al agua. Lo mismo pasa con los sitios donde el oro está saliendo. De repente, donde salía oro, ya no sale nada, y donde no estaba saliendo, ahí sí aparece. Cuando el oro se porta así es porque sabe que los mineros están pensando en venderlo. El oro entiende que si piensan venderlo no debe salir y por esto su cuidadero no lo entrega y engaña al que lo busca.

Sur de Bolívar

Jeison Mosquera

Líder étnico del consejo comunitario afrodescendiente de Guamocó

El nacimiento de este pueblo se da a través de unos esclavos. María Ortiz, más conocida como «la Marquesa», trajo la esclavitud a la región a través de San Martín de Loba. Esta señora compró a unos personajes para esclavizarlos en el trabajo de la minería. De esta historia nacen los nombres de las minas. Por ejemplo, la mina La libertad. Su nombre es asociado a los esclavos en la región de Guamocó.

Paula Grimaldis

Representante de la asociación de mineros de artesanía del barrio Santa Rosa, Arenal

Los barqueros que trabajan tras las retroexcavadoras tienen que pedir permiso al dueño de la tierra para que les deje barequear utilizando bateas, baldes y una cajonera para filtrar la arenilla que contiene el oro. En ocasiones solo nos permiten sacar 2, 3 y 4 baldados de tierra para lavar. Cuando el dueño de la mina de aluvión se da cuenta de que una barequera obtuvo más de un gramo de oro en el día, le tiran piedras y tapan el espacio para que no trabaje más.

Guainía

Julio Silva

Líder de la comunidad de Guadalupe, río Guainía

Una balsa tiene tubería, mangueras, maracas, caracol y un tame. El agua cae al tame y luego va a unas rejillas. Se agrega el azogue [mercurio] en las rejillas y el oro fino que cae de ese azogue se recoge. Luego se quema. Se hace un hueco y con mangueras se echa agua y se lava la tierra. Por el lado de Venezuela yo he visto que en los barequeos utilizan azogue para recoger el oro. Eso es lo que más utilizan ahorita. Las balsas lavan el oro en el mismo río. Yo quemé el azogue y lo lavábamos con la mano, por eso teníamos que lavarnos bien.

Colaboradores

Carmen Elisa Acosta Peñaloza

Profesional en Estudios Literarios de la Universidad Javeriana, con maestría en Literatura Hispanoamericana del Instituto Caro y Cuervo y en Historia de la Universidad Nacional de Colombia. Tiene un doctorado en Filología Hispánica de la UNED en Madrid, España. Su trabajo incluye varios libros sobre literatura colombiana y latinoamericana del siglo XIX. Actualmente es directora del Instituto Caro y Cuervo.

Andrea Aldana

Periodista colombiana conocida por su trabajo en la investigación de corrupción y violaciones de derechos humanos. Su carrera ha estado marcada por la violencia y las amenazas, lo que la ha llevado al exilio en más de una ocasión. Desde 2021 reside en España bajo el estatus de refugiada donde continúa su labor periodística.

J. Blanco Bautista

Escritor, entrevistador, periodista y crítico jericano. Su poesía explora la introspección y el autoconocimiento. Sus temas son la moda, la defensa del territorio, la historia y la cultura. Participó en el colectivo Ake-Narre. Actualmente dirige, edita y escribe para la revista juvenil *Hoxígeno con H*, enfocada en la juventud de Jericó, Antioquia.

Carlos Benavides Díaz

Nació en Pasto (Nariño), estudió artes plásticas en la Universidad de Nariño y es magíster en Comunicación Educativa de la Universidad Tecnológica de Pereira. Entre otros, Benavides Díaz ganó el Premio Nacional al Mejor Reportaje Fotográfico otorgado por el Ministerio de Cultura (2015).

Juan Brenner

Fotógrafo guatemalteco. Su primera monografía, *Tonatiuh*, fue preseleccionada en 2019 para el premio First PhotoBook de la fundación Paris Photo-Aperture. Por el mismo proyecto ganó un premio LensCulture's 2019 Emerging Talent. Es miembro fundador de la galería de arte Proyectos Ultravioleta en Ciudad de Guatemala.

Alhena Caicedo

Magíster y doctora en Antropología Social de la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales (EHESS por sus siglas en francés) y magíster en Cine Etnográfico y Documental de la Universidad de París x Nanterre (Francia), se ha desempeñado en los últimos años como docente en la Universidad de los Andes, la Universidad Icesi y la Universidad del Magdalena. Actualmente es directora del ICANH.

David Consuegra

Diseñador gráfico, editor e ilustrador colombiano con maestría en Artes de la universidad de Yale, EE. UU. Reconocido por crear marcas como Inravisión, Artesanías de Colombia y el Museo de Arte Moderno de Bogotá. Fue profesor emérito de la Universidad Nacional de Colombia y profesor invitado en la Virginia Commonwealth University, VCU, EE. UU. y la Universidad de Barcelona.

Douglas Cujar

Arquitecto y gestor cultural. Creador de la Fundación Beteguma, que valora áreas urbanas como el Malecón y el Teatro César Conto de Quibdó. Ha publicado textos sobre memoria urbana y músicas del Pacífico, y dos libros sobre las Fiestas de San Pacho. Coordina la Mesa de Cultura del Comité Cívico del Chocó.

Jairo Escobar

Fotógrafo y realizador de documentales históricos, experto en investigación de archivos fílmicos y fotográficos. Iniciador del rescate del archivo de Inravisión, lo que dio nacimiento a los programas y videoclips llamados *Telegyer*, que impulsaron la importancia de este archivo. Produjo la serie *Remedio para la memoria* con RTVC.

Estudio Agite

Equipo de diseño comprometido con proyectos que apoyan la cultura, la educación, el arte y la sostenibilidad. Se especializan en la comunicación creativa, realizando dirección de arte, ilustración, animación, diseño editorial, infografía, museografía y *craft*. Trabajan bajo una sólida conceptualización para crear piezas emocionales y atemporales.

David Fayad

Periodista, historiador y fotógrafo. Es autor de *DiaRio*, un fotolibro sobre sus viajes por ríos de la Amazonía y el Pacífico colombiano que documenta historias de campesinos, indígenas y personas del pueblo negro. Produce RadioFoto Podcast junto a Santiago Escobar Jaramillo y Federico Ríos.

Stephen Ferry

Reportero gráfico independiente enfocado en Colombia. Estudió en la Universidad de Brown y trabajó con la agencia Gamma en Nueva York y París. Desde 1984 es fotógrafo independiente y corresponsal de la Casa Blanca. Ha colaborado con *National Geographic*, *Time* y *The New York Times*, y ha ganado premios como el *World Press Photo*.

Giselle Figueroa de la Ossa

Antropóloga colombiana, Magíster y candidata a doctorado en Antropología del *London School of Economics*. Investiga la purificación moral del valor del oro desde las minas hasta los mercados financieros. Con más de ocho años de experiencia en investigación social, dirige desde 2018 el Laboratorio de Antropología Abierta en Colombia.

Víctor Galeano

Artista documental, cofundador y director de Baudó Agencia Pública, un medio de cobertura e innovación periodística que trata temas de derechos humanos. Trabaja la imagen como herramienta de comunicación personal y colectiva.

Alfonso Hamburger

Cronista y comunicador social de la Universidad Autónoma del Caribe, con maestría en multimedia del instituto Intech de Barcelona. Ganó el Premio Nacional de Literatura Manuel Zapata Olivella en novela (2012) y dos premios a la mejor crónica del carnaval de Barranquilla, además de nueve premios Mariscal Sucre.

Juan José Hoyos

Periodista y escritor de la Universidad de Antioquia. Fue corresponsal y enviado especial del periódico *El Tiempo*, director y editor de la *Revista Universidad de Antioquia* y es columnista de *El Colombiano*. Fue profesor de Periodismo en la Facultad de Comunicaciones de la Universidad de Antioquia y editor en la colección de periodismo de la editorial de la misma universidad.

Carl Henrik Langebaek

Antropólogo de la Universidad de los Andes, con Ph. D. y Maestría en Antropología de la Universidad de Pittsburgh, en Pensilvania, Estados Unidos. Desde muy temprano en su carrera académica se vinculó con la administración educativa, ocupando cargos de liderazgo, tanto en investigación como en docencia y gestión universitaria.

Contraalmirante Hermann León

Oficial con más de treinta años de servicio en la Armada Nacional. Profesional en Ciencias Navales y Oceanografía Física, especialista en Estudios Políticos; Política y Estrategia Marítima; Seguridad y Defensa Nacional; Patrimonio Cultural Sumergido con énfasis en Evaluación y Gestión del Patrimonio Cultural Sumergido; magíster en Administración; magíster en Gobierno y Políticas Públicas.

Pilar Madrid

Escritora, narradora tradicional, poeta y comunicadora social nacida en Guapi, Cauca. Su historia la ha llevado a colaborar en la construcción de luchas y sueños con comunidades étnicas, abordando diversos enfoques organizativos.

Jeremy McDermott

Codirector y cofundador de InSight Crime. Fue corresponsal de guerra en Bosnia y Beirut antes de instalarse en Colombia, desde donde viaja a diferentes lugares de Latinoamérica. Trabajó como corresponsal de la BBC de Londres en Colombia, así como corresponsal de Latinoamérica para el *Daily Telegraph* y *Jane's Intelligence Review*, con especialidad en narcotráfico, crimen organizado y el conflicto armado interno de Colombia.

Juana Méndez Uribe

Economista de la Universidad de los Andes. Trabajó en el Centro de Estudios sobre Desarrollo Económico de la misma universidad y desde 1988 se dedica al oficio de la joyería, actividad influenciada por tradiciones populares andinas.

Muntú Bantú

Fundación Social Afrocolombiana y Centro de Memoria Afrodiaspórica con sede en Quibdó, Chocó. Fundado por el historiador chocoano Sergio Antonio Mosquera Mosquera, Muntú Bantú hace investigación y busca la reconstrucción de la historia y de la memoria afrodiaspórica de la mano de María Fernanda Parra Ramírez.

María Lucía Peña

Artista bogotana. Participa en procesos colaborativos con niños y adultos, explorando nuevas formas de registro de espacios. Es maestra en Artes de la Universidad de los Andes y tiene un magíster en Educación Artística para la Inclusión Social y otro en Artes y Profesiones Artísticas de la Escuela Sur en Madrid.

Ignacio Piedrahíta

Geólogo, narrador, ensayista y poeta. Autor de *La caligrafía del basilisco*, *Al oído de la cordillera*, *El velo que cubre la piedra*, *Grávido río* y *La verdad de los ríos*. Su novela *Un mar* fue finalista del Premio Nacional de Novela Inédita (2005).

Simón Posada

Periodista y escritor. Premio Simón Bolívar a mejor crónica (2015) y periodista de *Los informantes* de Caracol Televisión. Ha trabajado para *The New York Times*, CNN, BBC News, Univisión y otros medios. Es autor de *Las Barbies también sueñan con muertos* (Norma), *Días de porno* (Planeta) y *La tierra de los tesoros tristes* (Aguilar).

Santiago Rodas

Estudió Publicidad, Filosofía y Letras. Es autor de *Gestual* (2014), *Trampas Tropicales* (2015), *Plantas de sombra* (2018) y *Érase una vez un poeta* (2022). Editor en Atarraya y asistente editorial en Universo Centro. Participó en exposiciones como «Futuro Perfecto» y «Amor por Medellín».

Miguel Ángel Rojas

Artista colombiano. Su obra combina el dibujo, la pintura, la fotografía, las instalaciones y el video y trata de asuntos relacionados con la sexualidad, la cultura ancestral, la violencia y la problemática relacionada con el consumo y la producción de drogas.

Santiago Rueda

Curador e investigador de arte contemporáneo. Se formó en Artes Plásticas en la Universidad Nacional de Colombia y realizó un posgrado en Diseño y Artes Mediáticas en la Universidad de Westminster. Doctor en Teoría, Historia y Crítica de las Artes de la Universidad de Barcelona. Autor del libro *Plata y plomo. Una historia del arte y de las sustancias (i)lícitas en Colombia*.

Tania Tapia Jáuregui

Periodista y artista de profesión. Especialista en agendas de género y en movilización y protesta. Ha sido periodista en *Vice Colombia*, en *iPacifista!* y en *Cerosetenta*, donde también fue editora. Allí se concentró en el análisis de material de fuente abierta sobre eventos de violencia policial.

Simón Uprimny Añez

Actualmente es editor de textos en el Equipo de Publicaciones del Ministerio de las Culturas, las Artes y los Saberes.

Gabriela Wiener

Autora peruana. Fue redactora en jefe de la revista *Marie Claire* en España y colabora con *El Diario*, *Vice* y *The New York Times*. Ganó el Premio Nacional de Periodismo por un reportaje sobre violencia de género. Su último libro es *Huaco retrato*.



Culturas



Temas difíciles donde podemos encontrarnos



conversación **PENDIENTE**

Escúchanos en Youtube y Spotify

mincultura.gov.co



MinisteriodeCultura



@Minculturas



@mincultura



@mincultura



@mincultura



@mincultura

VIDAS EN CAMPAÑA

ASCENSOS Y AUSENCIAS EN
LA INDEPENDENCIA (1810-1824)

Hasta el 13 de octubre de 2024

Gabinete de Adquisiciones Recientes,
segundo piso del Museo Nacional de Colombia



CENTRO DE DOCUMENTACIÓN MUSICAL - BNC



25.000

PARTITURAS

13.000

MATERIALES AUDIOVISUALES

10.000

PROGRAMAS DE MANO

1.600

HOJAS DE VIDA

Visite el CDM, la colección patrimonial de música escrita y grabada más grande del país, en la Biblioteca Nacional de Colombia o acceda a través de bibliotecanacional.gov.co.

Xilografía de Nancy Friedemann-Sánchez
para *Un acordeón tras la reja*,
de Manuel Zapata Olivella (2020)


Culturas

 **Biblioteca
Nacional de
Colombia**

ARCHIVOS MEMORIA Y REPARACIÓN HISTÓRICA

Un programa para reconstruir las memorias de las luchas contra el racismo y la discriminación.



Archivo General
de la Nación



Imagen: Armando Matiz. Sección: Archivos Privados, Fondo: Armando Matiz, Catálogo de inventarios 1, Caja 23, Sobre 3005

HAYLLI * JALLALLA
◻ ◻ QHAPAQ ÑAN * QHAPAQ ÑAN ◻ ◻
SHINENI KUTAGÍTERI
◻ ◻ ◻ ◻ ◻ QHAPAQ ÑAN ◻ ◻ ◻ ◻ ◻
¡VIVA * TEYTEQUIGUE
QHAPAQ ÑAN
EL QHAPAQ ÑAN !



Celebramos los **10 años de la inscripción de Qhapaq Ñan Sistema Vial Andino a la lista del Patrimonio Mundial de la Unesco.**

El placer del paisaje

PINTURA Y POESÍA EN COLOMBIA 1840-1940

Soy un grávido río, y a la luz meridiana ruedo bajo los ámbitos reflejando el paisaje; y en el hondo murmullo de mi audaz oleaje se oye la voz solemne de la selva lejana.

• José Eustasio Rivera Salas
• (Rivera, 1888 - Nueva York, 1928)
• "Soneto"
• 1921

• Giovanni Ferroni Candelari
• (1853 - 1898)
• *Río Grande de la Magdalena*
• Ca. 1894
• Comodato Minculturas e ICC

• Calle 10 n.º 4 - 69 | BOGOTÁ
• ENTRADA GRATUITA
• LUNES A VIERNES 9: 00 A. M. A 4: 30 P. M.
• museos@caroycuervo.gov.co



Culturas



caroycuervo.gov.co



Cuando el hombre corrompió al oro	Carl Henrik Langebaek	11
Tumbas de soledad	Andrea Aldana	16
Contra la mina	J. Blanco Bautista	23
Tesoro enfermo	Alfonso Hamburger	26
El oro y la sangre	Juan José Hoyos	35
Nóvita: país del oro	Muntú Bantú	39
El fin de la minería artesanal	Entrevista a Jeremy McDermott	43
Oro y codicia	Giselle Figueroa de la Ossa	49
Un país <i>shiaoshí</i>	Tania Tapia Jáuregui	52
El alma de los objetos	Simón Posada - Alhena Caicedo - Contraalmirante Hermann León	58
El derecho al oro	Gabriela Wiener	67
Bajo la tierra como un rayo petrificado	Santiago Rueda	72
La Carlita y el eco de la mina	Pilar Madrid	79
El litoral orfebre	Juana Méndez Uribe	83
«El Brujo»: secretos de un joyero	Douglas M. Cujar Cañadas	86
Brillante objeto de deseo	Ignacio Piedrahíta	89
¿Quién tiene derecho a un armadillo de oro?	Carmen Elisa Acosta Peñaloza	92
Metales pesados	Santiago Rodas	94
Orofagia	Simón Uprimny Añez	97

Ante la pregunta sobre cómo el **ORO** se ha apoderado de la imaginación y ha alimentado nuestro delirio, **GACETA** ofrece una mirada sobre sus efectos y afectos: nuestras ansias de riqueza, quienes lo cuidan y arriesgan su vida por conseguirlo y el incierto futuro de la minería artesanal en el país.

Editorial	7
Oro	102
Colaboradores	104